

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

008(83)(05)

SUMARIO

Dr. A. Scheucher.	<i>El espíritu del bolchevismo.</i>
J. Lagos Lisboa.	<i>Una tarde de Otoño.</i>
Carlos Seura Salvo.	<i>Chilenismos.</i>
Henri Barbusse.	<i>El pacifismo moral.</i>
Mariano Latorre.	<i>... Y un filón de rojo raulí.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Germán Luco.	<i>Definiciones.</i>
Aarón Joel.	<i>La colonización fenicia en la Península Ibérica.</i>
Carlos Acuña.	<i>Comentario a Mann.</i>
Arturo Torres Rioseco.	<i>La Obra de Genaro Estrada.</i>
Abel Valdés A.	<i>Valparaíso y Joaquín Edwards Bello.</i>
Alberto Hidalgo.	<i>Porvenir de la poesía.</i>

LOS LIBROS.—PINTURA.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

★ ★

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811
MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176
Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

**ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES**

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo
Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Diciembre de 1931

Núm. 82

Dr. A. Scheucher.

EL ESPIRITU DEL BOLCHEVISMO (1)

LA revolución rusa no es sólo un fenómeno de naturaleza política y económica, sino también espiritual y moral. Pero justamente la faz espiritual y moral del experimento comunista ruso es la que menos se comprende en los países de occidente. Tal comprensión no se advierte ni en el odio irreconciliable contra la Rusia soviética ni en la simpatía superficial que hacia ella se muestra. Aquellos europeos occidentales que emprenden un viaje al «nuevo país», por lo común ven sólo la faz externa de la vida en la Rusia soviética y no perciben su atmósfera interna, moral y espiritual, ni tampoco la idea y el pensamiento en que esa vida se inspira. Sin embargo, es necesario estudiar no sólo la estructura política y el sistema económico del país soviético, sino también la ideología soviética.

(1) El Dr. Scheucher es un distinguido profesor austriaco de la Universidad de Gratz, que se encuentra actualmente en Santiago, en donde ha desarrollado un interesante curso de conferencias sobre el problema sexual. Posee una vasta cultura y un gran conocimiento en materias sociales y literarias. Nos ha entregado este trabajo que constituye un valioso aporte en el estudio del bolchevismo que el profesor Scheucher aborda con un criterio enteramente original. Estuvo en Rusia y pudo, por tanto conocer de cerca, la experiencia social que hoy apasiona al mundo. (N. de la R.)

Es creencia general que la ideología marxista ha triunfado en la revolución rusa. Pero, para comprender verdaderamente los acontecimientos ¿deberemos exigir el conocimiento del marxismo? El partido socialista de los países de occidente lo conoce muy bien, pero la utilidad que extrae de ese conocimiento es muy escasa. Ahora la mayor paradoja imaginable es que en Rusia haya tenido lugar una revolución según las doctrinas de Marx! Lo extraordinario es que en este país agrario y de campesinos, con una industria poco desarrollada y una clase trabajadora numéricamente insuficiente, se haya producido una revolución proletaria, inspirada por el simbolismo de la misión universal del proletariado. Esto sólo prueba cuán grande es en la historia, el papel de la idea, del mito. La revolución rusa «marxista» no es otra cosa que una contradicción viva y experimental de la teoría del materialismo económico. El comunismo ruso es una creación mítica de grande dimensiones, en la cual las ficciones ideales crean realidades, modifican la estructura de la vida económica. La tesis fundamental del marxismo no se despliega aquí, el ser no condiciona la conciencia, sino «la conciencia condiciona el ser». La conciencia proletaria comunista puede producir milagros, aun careciendo de una base económica y aun sin que exista casi el proletariado. El comunismo ruso, fanático en su creencia materialista, es en extremo idealista y abstractamente espiritual; por eso, pues, violenta tanto la vida. Surge la pregunta. ¿Qué relación de intercambio existe entre el marxismo occidental y el comunismo ruso oriental? ¿Podría Marx reconocerse en la faz de la revolución rusa? Los socialistas rusos, los mencheviqui, se consideran, y no sin fundamento, como marxistas más consecuentes que los bolchevikis, siendo como son más fieles al materialismo económico. Pero ellos no desempeñan casi ningún papel en la revolución rusa; su marxismo no inspira a

nadie; a éste le falta la creación mítica y el pathos de la idea mesiánica, es incapaz de poner una «teocracia», patas arriba, es irremediablemente la negación de lo ruso. Ya el mismo marxismo clásico reunía en sí la forma extrema del racionalismo, la transposición del panlogismo de Hegel en procesos materiales, la creencia en la posibilidad de una completa racionalización de la vida, revelando en la historia una lucha ensañada de los poderes demoníacos irracionales.

El comunismo ruso se apropia la idea de Marx de la completa racionalización y regulación de la vida social, pero el marxismo se deforma en él y degenera bajo la influencia del elemento ruso irracional. El marxismo, conocido muy mal por la gran masa de los comunistas, fué elegido como símbolo de lucha de la revolución rusa, como bandera del ejército victorioso. De él se toma únicamente lo indispensable y lo que es necesario a la concentración de las fuerzas comunistas.

Los comunistas rusos no tomaron del marxismo nada de sus elementos objetivos-científicos, como tampoco de sus práctico-activos, sino, ante todo, sus partes mesiánicas, transformándolo en una religión, mientras el marxismo tuvo que perder más y más su carácter revolucionario-mesiánico quedando en él sólo su faz científica y práctica, activa. El comunismo ruso transformó al marxismo definitivamente en una teología y doctrina de la revelación. Es digno de notar que justamente por esta razón se demostró eficaz y empezó prácticamente a realizarse. El marxismo más mesurado y más razonable de los mencheviki se demostró por el contrario ineficaz e impracticable. El marxismo nunca ni en ninguna parte fué tan endiosado como en la revolución comunista rusa, y no obstante, la diferencia entre el comunismo ruso y el marxismo clásico es muy grande. Ante todo, entre los comunistas rusos, la economía, la política, no forman de ningún

modo el factor predominante y determinante, la base. Creen que el gobierno puede a voluntad, por medio de decretos, cambiar la vida económica y encauzarla también en una dirección deseada. El comunismo ruso es imperialista. El poder político es para él todopoderoso y no depende casi en nada de la economía sino ésta de aquél. La industrialización depende para él completamente del poder del gobierno. Esto lo vemos en el plan quinquenal. Claro que esto contradice por completo la teoría del materialismo económico, pero corresponde a la otra faz del marxismo que está dirigida al futuro. El marxismo cree en el salto del «reino de la necesidad» al reino de la libertad. Este reino de la libertad comienza tan pronto como la razón social colectiva domine las fuerzas irracionales elementales de la sociedad. Tal «reino de la libertad» ha alboreado ya para el partido comunista vencedor. Sólo en el reino de la necesidad la economía condiciona todo, mientras en el reino de la libertad la economía es condicionada por el poder colectivo. En esto consiste para la juventud la mayor fuerza fascinadora del comunismo. El mundo recibe plasticidad, pudiéndosele modelar a voluntad, modificar a voluntad, y se abren ilimitadas perspectivas de transformación social. En la Europa liberal democrática aun las más pequeñas reformas sociales se realizan con los más grandes esfuerzos; existe la traba no sólo de las tradiciones, del pasado histórico, sino también el peso de la «libertad». En Francia, especialmente, ha llegado a ser la libertad un principio conservador. Los franceses dan a la libertad tan alto valor que mediante su ejercicio no son capaces de reformar la sociedad. El reino de la libertad de los comunistas es totalmente de otra naturaleza. La «libertad» comunista no retrocede de espanto ante ninguna especie de medidas de violencia, cuando se trata de modelar un nuevo mundo. En ello hay una gran ficción y auto-ilusión,

un actuar desganado, pero atrayente y engañoso. El experimento comunista deja al descubierto la contradicción esencial del marxismo—la incompatibilidad de su materialismo y economismo irracionales con su racionalismo y panlogismo. El comunismo ruso se representa también el advenimiento del socialismo de otra manera que como se lo representa el marxismo clásico. El marxismo se imaginó el advenimiento del socialismo como un resultado dialécticamente necesario del crecimiento de las fuerzas productivas, es decir, para él, el socialismo tiene que ser la consecuencia del bienestar. El comunismo ruso no sólo concibe, sino que también realiza el socialismo como resultado de la pobreza y no del bienestar. La evolución, sin embargo, de las fuerzas productivas, quiere conseguir el bienestar estatalmente, por medio de la creación forzosa del capitalismo del estado. Y aquí se revela la absoluta supremacía del poder político sobre la economía. Marx desarrolló relativamente poco la teoría del período de transición (de la sociedad capitalista a la comunista), y se figuró muy deficientemente el cómo se verificaría la victoria del proletariado. Y por esta razón sigue siendo su relación con el estado, en este período de transición, obscura y ambigua, pudiendo considerársele anárquica. Lenin, por el contrario, ha cavilado mucho más allá de eso, preparándose a ello desde largo tiempo y construyendo en esta dirección una teoría original.

Según la teoría de Marx, el estado es un arma de la lucha de clases y era hasta ahora un instrumento en manos de las clases dominantes explotadoras. La victoria del proletariado debe conducir al desaparecimiento de las clases y dar término a la explotación de los trabajadores. Esto, empero, significará la muerte del estado ya superfluo y su definitivo reemplazo por la sociedad. Marx habla del momento de la dictadura del proletariado, pero Lenin da a esta idea un

contenido concreto. Bosqueja éste el plan del período de transición durante el cual el estado sigue subsistiendo, y aún llega a ganar en poder como instrumento de dominación de clases, pero ya como instrumento de dominación del proletariado, que, aunque victorioso, no ha llegado aún al triunfo final. Durante este período de transición de la dictadura se ha suprimido la sociedad, pero no el estado. Todo sucede por medio del estado, con lo cual se explica el que en la revolución rusa se mantuvieran victoriosos los bolcheviki. El partido bolchevista era el único partido revolucionario que aspiraba al poder del gobierno y preparaba el plan de una organización gubernativa; en su espíritu era imperialista.

Los otros partidos revolucionarios rusos, como por ejemplo los social-revolucionarios, heredando la tradición del populismo ruso del siglo XIX no desearon ningún poder en el gobierno y más bien le temían porque éste es siempre malo e impuro; ellos no sabían que debían hacer con él. El viejo socialismo revolucionario ruso era, por su psicología, pasivo y estaba dispuesto al sacrificio. El comunismo, por el contrario, se mostró victorioso desde el primer instante, poseído por el deseo del poder y del dominio. Su espíritu es una psicología de la fuerza. En tal sentido fué concebida la idea marxista del mesianismo del proletariado. Esta idea mesiánica se armonizó con el sentimiento del alto mensaje del pueblo ruso, sentimiento que estaba latente en la subconsciencia de las masas. De ahí que en el comunismo ruso esté entrelazado íntimamente el elemento internacional con el nacional. El internacionalismo se mostró como el mensaje nacional ruso: «La luz de Oriente, la luz de la revolución comunista rusa, alumbrará las tinieblas burguesas de Occidente». Los motivos del populismo revolucionario, del viejo nihilismo, del anarquismo de Bakunin y aun del eslavofilismo, penetraron como componen-

tes en el comunismo y fueron aprovechados por él junto al marxismo.

Lenin triunfó en la revolución, porque reunió, en la práctica, el maximalismo de la idea y la fidelidad fanática, con el oportunismo y la ductilidad. No trepidó en incurrir en contradicción con la doctrina comunista; ésta dependió de él, y no él de ella. Los bolchevistas fueron considerados, en general, como utopistas, pero su «utopía» se mostró más realizable que la política realista de los otros partidos. Las utopías son en general, más realizables de lo que se cree comúnmente. Los bolchevistas justamente, se mostraron como los realistas más grandes,—supieron sacar provecho de la psicología del pueblo ruso y de las viejas costumbres y tradiciones de su gobierno. Mucho más utópicos se mostraron los partidos como el constitucional-democrático y social-revolucionario, que, por su espíritu, son humanitaristas. Querer infundirle al pueblo ruso, en el apogeo de la revolución, los principios democráticos, la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano—sería una utopía mayor que el intento de realizar el comunismo. Los liberales no juegan nunca un papel en las revoluciones y la democracia es una forma que sólo vale para la vida en paz. Los comunistas encontraron en sí mismos una resistencia mental insignificante, porque no se dejaron llevar como lo hicieron los mencheviki, a una situación confusa, por medio de consideraciones meramente doctrinarias. Una ventaja del comunismo está en que no es sólo política, sino también «weltanschauung», es decir, concepción del hombre y del universo; es como la respuesta a todas las preguntas; más aun, una nueva religión, y justamente por esta razón, persigue a las demás religiones. De ahí es que a él no se le pueda contraponer políticamente sólo direcciones liberal-democráticas. Sería una locura opinar que el comunismo pudiese ser vencido por una

concentración de fuerzas burguesas capitalistas, pues no encarna sólo un problema social, sino también espiritual.

El comunismo es una advertencia para todo el mundo. Pone a la vista el problema apocalíptico de una nueva organización de la vida humana. Y para penetrar en él, a plena conciencia, hay que tomar como punto de partida los fundamentos espirituales de la nueva sociedad.

J. Lagos Lisboa.

UNA TARDE DE OTOÑO

*Aquí en mi frágil corazón me escondo
para mirar tus ojos, la fontana
donde abrego mi sed. En ellos veo
caer sedante y parecer dormida
la luz alegre sobre el agua triste
que va a la eternidad.*

*Tu mirada lejana
se disuelve en mi sed. Cuando me muera
he de seguir en éxtasis mirándola.
Desde una estrella bajará a la tierra
y mis cenizas se alzarán temblando.*

*Todos los sueños míos
florearán en una adelfa triste
ocultamente entre las zarzas. Tenue
ficción azul parecerán tus ojos
en el albor de las constelaciones.*

*Una tarde de otoño
ha de venir cantando una hija tuya.
Verá una adelfa triste...
Frívola, indiferente
se detendrá a la orilla del camino
para mirarla florecer.*

Cantando

*se alejará... La blanca muselina
de su vestido ondulará en el viento...*

*Cuando ella pase se arquearán los álamos
y caerán las hojas amarillas
sobre su cabellera.*

*De su visión se borrará el encanto
tras los cañaverales. Un reflejo
de sus cabellos fulgirá un instante
y en el oro del sol se ira apagando.*

*Un viento amigo pasará. Mis sueños
se arrastrarán con él por el camino
sin que puedan gritar.*

*Verdes cañaverales donde un día
un viento amigo y un rumor de sedas
me harán de nuevo despertar...! Celeste
soledad, que, a su paso,
de su recuerdo quedará florida!
¡Oh! soledad, celeste,
donde el aroma de una adelfa triste
ha de desvanecerse inútilmente!*

LA CASA EN QUE VIVO

*Júbilo del viento,
quíébrame el sollozo.
Mi sollozo
tiene adentro sol.*

¡Canta en la varilla ceñida de rosas!
—rosas, viento, sol.—
La casa en que vivo
está bien al fondo de mi corazón!

¡Fuera lindo el verso
del viento y del sol!

Avido del mundo
eché tres palomas a volar...
Transida
volvió a mis aleros la paloma gris.

Avido del mundo no aprendí a vivirlo.
la casa en que vivo
está bien adentro de mí.

¡Fuera lindo el verso
del viento y del sol!

VENIAS CON LA NOCHE CANTANDO...

Mi corazón soñaba, mi corazón plañía...
Apagué mi linterna sonámbula y salí
a la ventana. La noche resplandecía.
Venías con la noche cantando y no te oí.

Mi espíritu, romero nostálgico, perdido
por caminos distantes, no te sintió llegar!
Mas cuando vió en los árboles tu corazón florido,
se transfundió en el aire para poderte hablar.

Y fué un celeste hechizo, celeste primavera,
mirarse en el idioma sin palabras, oír
el verbo con que dice sus fugas la quimera,
y ondular con el viento, con el agua fluir.

*Adentrarse en las ramas con un nuevo sentido,
somniaugar por ellas con asombro infantil
y amanecer un día maravilloso, henchido,
de tus savias fragantes en el brote sutil.*

*Sentirse un alma loca, presa de blandos nudos,
y al deshacer los nudos, una flor y otra flor...
Ser un millón de vidas y un sólo tronco rudo
y alzar cuarenta brazos embriagados de sol.*

*Rota ya el ansia inútil de los «cinco sentidos»,
fundirse en la armonía total. Ser la Unidad
absorta. Iluminada. Desnuda. Poseído
de Dios,—sin alma triste—palparse en la verdad,*

.....
*Hijo de Dios, hermano
árbol, dime tu ciencia para acallar mis vanos,
impulsos. Y en la tierra, tal como tú, esperar.
¡Que cuando alce los brazos me florezcan las manos
y mire así las horas y los vientos pasar!*

(Del libro próximo a aparecer «Alegrías sin Sol».)

Carlos Seura Salvo.

CHILENISMOS

¿Qué son chilenismos? Complejidad de este concepto

NO se puede dar una definición exacta y completa del vasto significado de chilenismos. Los autores que han estudiado esta materia la han tratado en diversos aspectos, pero todos ellos unilaterales y aunque se tomen en conjunto siempre restará mucho qué decir y agregar a la significación conceptual de chilenismos. Por lo tanto, las definiciones corrientes, al parecer, satisfactorias solamente son de síntesis vaga.

DIVERSAS ACEPCIONES DE CHILENISMOS

Ordinariamente se cree que chilenismos son voces o palabras originarias de Chile. Es decir, aquellas palabras creadas o formadas por la idiosincrasia de nuestra raza para expresión de sus ideas y sentimientos. Palabras típicas que llevan envueltas en sus pliegues jirones del alma nacional; quinta esencia del espíritu racial que nos distingue del resto de los pueblos de habla humana. Así parecen entenderlo autores como ECHEVERRÍA Y REYES quien en el prólogo de su obra *Voces Usadas en Chile*, página XVI, dice: «Chilenismos son voces que se usan pura y exclusivamente en este país».

En este mismo sentido los Diccionarios de la Real Academia y de Espasa definen los chilenismos diciendo, el primero, «vocablo, giro o modo de hablar propio de los chilenos»; y el segundo, «frases o modismos propios del lenguaje de los chilenos».

Es indudable que no puede adoptarse un criterio tan restringido del significado de chilenismos como el que expresan las definiciones anotadas. Desde luego, hay muchos estudios sobre esta materia a quienes nadie les ha negado su carácter nacional y que no consideran el aspecto contemplado en las definiciones a que se ha hecho referencia. Don MANUEL ANTONIO ROMÁN en el prólogo pág. VIII de su *Diccionario de Chilenismos*, dice: «Chilenismos que merecen defenderse son algunos que aunque tuvieron al principio un equivalente castizo, con el uso se han ido restringiendo a una acepción especial. Así por ejemplo, en quichua, la palabra huincha, significa cinta, pero todo chileno distingue entre ambos vocablos: huincha, es faja ordinaria como la de la montura de animales y cinta es la tela fina utilizada para adornos. China, en quichua, significa hembra, criada; para el chileno sobre todo para las empleadas es el mayor insulto que se les puede dirigir, pues, como se sabe aquí se le da la significación de mujer postiza o mujer de sucursal como diría Gorki.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI en su obra *Mis pasatiempos*, protestando contra la promiscuidad de significaciones que se dan a las palabras y que ocasionan no pocas veces confusiones poco gratas, anota como chilenismos las diversas significaciones que tienen entre nosotros palabras que figuran en el diccionario con sentido completamente distinto.

A propósito de esto, recuerdo un incidente casero del que fuí testigo presencial. Elogiando un español, que hacía poco había llegado de su país, la buena comida servida en una fiesta de familia le dijo a la dueña

de casa: debo, señora confirmar en Ud. lo que se me ha dicho de las chilenas que son muy «*mañosas*» para las comidas. Hubo necesidad de intervenir para calmar las agresividades de la señora que reveló ser de «malas pulgas», usando de un chilenismo. Como es sabido entre nosotros la palabra «mañoso» significa o ladrón o glotón cuando se trata de comestibles.

El diccionario trae este significado: diestro, hábil, el mismo que el flamante español quiso darle en su cumplimiento mal interpretado por la diversidad de sentido que tienen las palabras de un pueblo a otro. Muy curioso es también el caso que cita Amunátegui Reyes en la obra antes nombrada, pág. 5; un señor escribió a un amigo suyo desde Roma, refiriéndole que había besado la «*mula de Su Santidad*». La noticia pareció algo extraña, y dió origen a picantes comentarios, pues los que leyeron la carta con malicia o sin ella no se fijaron en el sentido que también da el diccionario a la palabra mula, calzado del Papa, sino en el exclusivo sentido que tiene en Chile, de animal híbrido.

A la palabra «carretilla» se le da aquí el significado de «mandíbula» como en este caso usado con mucha frecuencia: el dentista le sacó la muela con un pedazo de carretilla. El diccionario da sólo estas dos significaciones: instrumento de madera para enseñar a andar a los niños y carro pequeño de mano con una rueda en la parte anterior y dos varas atrás. Estos dos sentidos también los conoce nuestro pueblo y tanto, que quien los oiga, por una especie de asociación de ideas, recordará el rancho de una pobre familia donde la abuelita con el grupo de nietecitos celebran las gracias del nene que hace sus primeros ensayos en la carretilla, mientras pende sobre su cabeza como una espada de Damocles, ese cajón elevado sostenido con cordeles de una viga del techo, la cuna de los niños pobres; recordará también a nuestro obre-

ro con una cota de saco y pantalones arremangados hasta las rodillas o acarreando piedras para levantar una pirca o acarreando tierra para la corta de adobes,

La palabra «ñato» significa entre nosotros una persona de narices cortas, aplastadas como la montura antigua de nuestros antiguos pacos; esta palabra tiene su correspondiente en el diccionario en la palabra «chato» que como es sabido en Chile se dice de la persona de porte pequeño, de estatura mezquina. El Duque de Rivas en el Romance X, pág. 387, del Moro Expósito y Juan Valera en *Pasarse de Listo*, cap. 16, emplean la palabra chato por ñato en Chile.

El poeta chileno don José A. Torres en la poesía epigramática *Para ella y para mí*, trae estos versos:

Cierto es que soy narigón
y hay muchos así felices:
Nadie ama con las narices
sino con el corazón.
Mas tú eres mi bien, ñatita;
lo que te hace más preciosa,
si a la mía se le quita
la tuya no necesita
para hacer igual la cosa.

Cabe aquí hacer una pregunta: ¿son o no chilenismos palabras que siendo comunes en sonidos, tanto para el diccionario académico como para el uso en Chile, pero que, sin embargo, difieren en el significado? Por ejemplo en la palabra «boche» tenemos un caso práctico. Aquí se le da en el sentido de «pelea» y en el diccionario figurando la misma palabra apocopada de bochinche, aparece con estos tres significados: carnicero, siendo por lo tanto «boche» un galicismo de «boucher»; el otro significado es de repulsa, desaire, y, por fin, hoyo pequeño y redondo semejante al que hacen los niños cuando juegan a los «tres hoyitos».

Fácil sería responder conciliadoramente a esta pregunta con lo que don José T. Medina dice en el prólogo de su obra «Chilenismos» (Apuntes lexicográficos): «No dudamos por un momento que para los iniciados en el conocimiento de nuestro vocabulario nacional, habrá en él mucho que falte y también mucho que sobre: es cuestión esta que depende *«del cristal con que se mire»*.

Parece que así también lo han entendido los escritores de chilenismos, pues, hay opiniones encontradas respecto a esta cuestión. Don Manuel A. Román en su Diccionario de Chilenismos tiende a uniformar con un sentido puritano las significaciones de las palabras comunes del idioma rechazando implícitamente con esto el matiz chileno que pudieran tener o dárselas a las palabras en estudio; igual criterio tiene Amunátegui Reyes, reflejado en sus dos obras «Mis Pasatiempos», y «Observaciones y enmiendas a un diccionario, aplicables también a otros». En esta última publicación páginas 64 y 65, se niega carta de ciudadanía a la palabra «boche», porque en su forma completa, bochinche, la han usado clásicos de la lengua como Pereda en la novela «Al primer vuelo», entre otros.

De aquí Amunátegui saca partido para decir que Ortúzar inserta en su Diccionario muchas voces que no siéndolo aparecen patentadas de chilenismos. El Dr. Lenz tampoco considera como chilenismos las palabras en cuestión, porque según su opinión son chilenismos todas las palabras que aunque usadas en otros países de la América española, no figuran en el diccionario de la Academia.

Contra estas opiniones podría citarse la de Medina quien estima que las peculiaridades del lenguaje chileno en cuanto a significación responden a una necesidad de vida racial.

A mi entender, las palabras que cambian aquí de significado son chilenismos, porque precisamente ellas

llevan esa modalidad, ese sello característico que les pone el alma nacional, unas veces de cierta picardía maliciosa, otras, como en el caso de la palabra «boche» un término adecuado para reflejar ese espíritu bélico, araucano, que es el distintivo inconfundible de nuestra raza fuerte y poderosa, como lo dijo Ercilla.

Superfluo sería continuar trayendo a cuestras muchas otras palabras que como la anterior constituyen un *casus belli* para los autores. Muy cuerda parece la observación que el Dr. Lenz hace en su «Diccionario Etimológico» censurando a los escritores que por hacer obra de crítica y puritana ahogan la savia chilena repartida en tantas palabras que por su diferencia de significado las estiman como malezas del lenguaje. Lenz dice así:

La mayor parte de los tratados sobre provincialismos de América no explican sino critican. Sus autores parten de la base de corregir el lenguaje de sus connacionales en conformidad con lo que creen «el castellano castizo». En la mayor parte de ellos prevalece la charla literaria y algunos de esos tratados son verdaderas caricaturas filológicas.

Pretender la pureza del lenguaje en el sentido que desean Román y Amunátegui, sacrificando aún nuestro propio dialecto, es un imposible. La variedad de los provincialismos, los distintos usos y costumbres de cada nación, la escasez de comunicaciones en tiempos de la colonia, la abundancia de iletrados, la carestía de los libros y otros factores que explican la formación de nuestros chilenismos no pueden desaparecer «así no más» y estériles son las protestas de los escritores que con frases enérgicas pretenden la uniformidad absoluta de la lengua española. Amunátegui Reyes dice en «Borriones gramaticales», página 20:

los chilenos tenemos la fama infame como diría Lope de Vega, de estar en pugna abierta con la pureza del lenguaje.

Es de advertir que esta última razón es uno de los motivos con que se trata de justificar la campaña purista a que se ha hecho referencia. Textualmente dice el autor recién citado en sus «Observaciones a un diccionario»:

Como no quiero que se nos tache injustamente de noveleros o corruptores del idioma, voy a llamar la atención, a medida que les llega su turno, sobre algunas de esas palabras malamente calificadas. Conviene defenderse de cargos infundados, sobre todo teniendo en cuenta que Chile no goza de muy buena fama en lo tocante a la pureza del lenguaje.

EN EL TERRENO DE LA REALIDAD

Más que las discusiones de los autores que muchas veces fabrican chilenismos en sus mesas de trabajo la observación en el terreno de la realidad nos dirá lo que son chilenismos. Medina en sus «Apuntes Lexicográficos» dice:

La configuración del territorio de Chile que se extiende por tantos y tantos grados de latitud, diferenciándolos climas y juntamente las ocupaciones de los que lo habitan, vienen a constituir de hecho tales variedades en el modo de expresarse y en las materias que llenan aquéllas, que tomadas aisladamente asumen el carácter de verdaderos provincialismos. Baste considerar que en la parte norte del país todo gira alrededor de la industria salitrera y por la inversa, en el extremo sur, los que habitan las islas del Archipiélago de Chiloé, sus actividades como decimos en Chile se desarrollan con la pesca, la navegación, la corta de madera y otras ajenas a las del resto del país.

Las peculiaridades del lenguaje chileno tienen por base dos fuentes de muy diversa índole. En primer término, las voces de origen indígena, ya sean de procedencia quichua, aimará, y en mucho mayor abundancia del araucano. En segundo término, forman su acervo voces propiamente españolas, ya por algunas que continúan aquí en uso y que aparecen del todo olvidadas en la Península—circunstancia no difícil de explicar cuando se sabe el aislamiento en que esta apartada colonia vivió durante siglos del resto del mundo, encerrada entre el mar y la cordillera de los Andes, ya por la formación de vocablos que

responden a las necesidades de su pueblo en el trabajo del campo, en sus trajes, y, en su modo habitual de pasar la vida, constituyendo de ese modo particularidades que le son propias y que se manifiestan en su idioma.

«*Voces usadas en la industria salitrera*»

Chupe—(Comida).

Cateo—(exploración minera).

Guagua—(martillo chico que se usa en la barrenadura mecánica, por medio del aire comprimido).

Sopaipilla—(el acarreo de caliche).

Yapa—(caliche nuevo y de alta ley).

Mata sapos (los niños que deshacen los terrones y rompen las cristalizaciones que estorban la ensacadura del salitre).

Fonda—(casa de huéspedes, pero no la casa de remolienda que es llamada así en el resto del país).

Chalala—(alpargata).

Cota—(chaquetón de sacos harineros, abrochado en los hombros y usado por los pampinos).

Camal—(matadero).

Achillarse—(apurarse, moverse rápidamente).

Arrelingarse—(acicalarse) (1).

Es curioso observar lo que sucede, tanto en el norte como en el sur, en cuanto a la formación de nuevos chilenismos a base de palabras extranjeras. En el norte, por ejemplo, se dice «jaibón» por lo que aquí entienden «palo grueso». Jaibón no tiene que ver nada con una jaiba grande como pudiera creerse, sino que esta palabra se formó de «high y born» y como nuestro pueblo tiene un sentido muy desarrollado para dar plasticidad a las cosas, inventó el término jaibón. Otro caso bastante ingenioso es el que tiene la palabra «lejera»; se llama así a la persona que

(1) Aníbal Echeverría Reyes. — «*Voces usadas en la industria salitrera*».—1929.

desde lejos se ve bien y de cerca es un adefesio o un mamarracho. La idea de distancia está perfectamente expresada en el término netamente chileno «lejera».

En el norte usan también la palabra «Huaipe» con el significado de trapo para limpiar máquinas o herramientas. Esta palabra se ha formado del verbo «to wipe». Siendo el inglés el idioma dominante en el norte, zona casi totalmente industrial, no es raro que la nueva dotación de chilenismos esté influenciada por aquel idioma.

Otro tanto ocurre en el sur con la lengua alemana.

Como referencia diré que entre los escritores costumbristas que dan a conocer ese ambiente de zona que tiene el lenguaje nortino, figura Jotabeche con sus artículos periodísticos «Un chasco», «El provinciano en Santiago», «Jotabeche de visita», etc. El lenguaje popular del norte podemos leerlo en el periódico de Antofagasta «El pollo Tejada», que ya no se publica.

El libro que nos da a conocer algunas particularidades del idioma en la región austral, es el de don Francisco Cavada, sacerdote, en cuya obra el Dr. Lenz encontró mucha miga para escribir su Diccionario Etimológico.

Hablando con más precisión, el libro del señor Cavada se refiere, como su título lo dice, a la región de Chiloé. La obra completa en lo que atañe a la región austral, ya que se habla de ella, es el Diccionario Etimológico. Con el respeto que es preciso guardar al viejo maestro Dr. Lenz quien con sus numerosas obras trae el recuerdo de aquel otro maestro que pinta Rodó en «Ariel», he podido ver que a muchas palabras consultadas en el Diccionario en referencia, podrían agregarse las distintas significaciones que se les da en las provincias del Norte y que no aparecen mencionadas por la falta de convivencia en aquellas

regiones, pues, creo, que el medio más eficaz para hacer un estudio completo y real de nuestro lenguaje es, ante todo vivirlo.

A manera de muestrario de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas y aun de África y Oceanía, entresacamos unas pocas de las 1,657 palabras que estudia el Dr. Lenz en su *Diccionario Etimológico*».

Palabras quechuas o quichuas

añañuca, flor roja de los campos parecida al copihue. Es flor nortina.

cacharpas, prendas de poco valor.

cancho, propina por un pequeño servicio.

caracha, sarna.

copao, fruto de una clase de quiscos.

coronta, corazón de la mazorca de maíz o choclo desgranado.

coto, enfermedad, papera, hipertrofia de la glándula tiroidea.

curco, jorobado.

cheuto, el que tiene el labio superior partido.

chingana, taberna de gente baja.

chingarse, fracasar.

locro, guiso popular.

nana, lastimadura insignificante de los niños chicos.

pique, piojo blanco. Existe también el giro «ponerle pique», ponerle empeño, entusiasmo y hasta un poco de picardía a lo que se dice.

Palabras mapuches

canco, botija en forma de cono truncado. En el norte tiene el sentido de «muslo».

concho, residuos de las fiestas sobre todo de comestibles.

contri, molleja de las aves.

copucha, vejiga de buey o cordero.

charquicán, guiso de charqui.

ñongo, tonto, perezoso.

Voces indígenas no americanas, naturalmente no son tan abundantes como las que son propiamente americanas, sin embargo, no son escasas.

Para nuestro caso valga literalmente lo del adagio: un botón para muestra: *canaca*, palabra de Oceanía que con un sentido despectivo se aplica a los chinos de burdeles o restaurant de mala clase; *macurca*, del aimará y significa, dolor, muscular; *mandinga*, palabra africana que significa negro y en el pueblo es corriente aplicar esta palabra al diablo o demonio.

Tal vez no sea del todo inútil una digresión. En la enumeración de palabras he creído que bastarían sólo unas pocas que sugieran una especie de ambiente de la materia que se trata comprobar con ellas; un recargo de enumeración se me imagina una tienda de turco recargada de mercaderías en realización.

No emplean un mismo lenguaje, dice Echeverría y Reyes en «Voces usadas en Chile», página 24, todos los individuos que hablan un idioma común: no habla lo mismo el labriego que el individuo de sociedad, ni expresa de igual manera sus ideas el hombre que ha recibido escasa instrucción que el que la ha recibido sólida y completa. Por esto, al hablar de chilenismos o particularidades, de nuestro lenguaje, tenemos que distinguir aquellos que podríamos llamar chilenismos cultos y que usa corrientemente en la escritura y en la conversación la gente educada de aquellos que debemos llamar «vulgarismos», porque son propios del bajo pueblo. Otra categoría de chilenismos la constituyen las ultra-correcciones y que comprenden las voces que emplean las personas medio instruídas que forman la clase social conocida con el nombre de gente de medio o tercio-pelo. Los individuos de esta clase pretendiendo alejarse del lenguaje del bajo pueblo imitan el de la clase culta, pero, como no tienen instrucción suficiente la imitan mal.

De los chilenismos de zonas geográficas, pasamos a los chilenismos de clases sociales, culta y popular.

Al decir clase social culta no se quiere expresar el lenguaje que habla la gente de sangre azul o aristócrata sino el que emplea todo el conglomerado social educado. En este sentido entran, por lo tanto, profesionales, industriales, periodistas, estudiantes y comerciantes. En cada uno de estos grupos de la vida social hay un mundo de palabras, giros, locuciones y frases que son característicamente chilenas. La prensa, por ejemplo, tiene términos que se consideran como oficiales en el deporte: *gualetear* (golpear con brazo abierto); *coletó*, *combo* o *chopazo*; *puntete*, golpear la pelota con la punta del pie; *estar mote*, estar aturdido; *pegar en la estantería*, pegar en la cara; *puntear*, boxear marcando puntos desde larga distancia; *embalar*, en ciclismo significa correr a toda velocidad; *barra*, público que hace claqué; *chancacazo*, golpe fuerte; *cachaña*, en el juego de pelota, significa enredar, sacar lance al adversario.

Pero, donde realmente viven los chilenismos, donde tienen su mayor fuerza, donde se encuentran con ese sabor criollo, libre de los artificios, que crea el lenguaje el refinamiento de la vida actual, es en la clase popular, en la masa anónima que constituye la gente del bajo pueblo. La jerga popular, rica en barbarismos fonéticos, nos hace imaginar encontrarnos en medio de inquilinos de fundos o entre los trabajadores de aldea para quienes la corrección del lenguaje es una ociosidad de la vida humana.

Deo (*dedo*); *na* (*nada*); *almuá* (*almohada*); *aijua* (*aguja*); *quer* (*caer*); *requeida* (*recaída*); *jutre* (*futre*); *aijuna* (*una interjección*); *pei* (*país*); *permisio* (*permiso*); e infinitos más.

En las fiestas de familia, en la celebración del onomástico de alguien de la casa, abundan los «*cogollos*», piropos con que el cantor remata las tonadas.

Que viva misiá Juanita
cogollito de limón
candadito de mi pecho
llave de otro corazón.

Don Antonio Orrego Barros en su obra «La Marejá» que nos hace disfrutar de cuadros folklóricos admirables, en páginas 52 y 53, dice:

Doña Luisa interroga a ña Prudencia por su salud quien dice:

Ya me ve muy mal
que me dió un aire ayer tarde
que d'este ojo no veo ná
tengo las piernas de llullo
qui andan pa ilante y pa trá,
una punzá en los sentíos
y otra punzá por acá (señalando el costado)
y una tos que no me eja.
ya casi ni respirar.

Sí stoy muy mal, muy enferma
güena ya pal ospital.

Ña Prudencia sacando la suerte:

Salió el caballo d'espá.....
pronto vais a hacer un viaje
con toa feliciá
y por unas cuestas verdes
que están pegá a un volcán
va a aparecerte el diablo
la Virgen te va a librar.

Luciano el sorteado dice:

Santa mairecita, éjele ñora!
No me iga más,
me li ha puesto la carne e gallina
sólo del pensar.

En el periódico «El pollo Tejada» editado en Antofagasta se refiere el siguiente relato de un sobreviviente de la *Esmeralda*:

Tábamos recién sentándolos pal rancho cuando oímos al pincho Zoilo que se descolgaba pol el portalón gritando como un condenao: ¡El Guascar, El Guascar! La remolina jué paire; toítos los levantamos pa salir disparaos a cubierta. Nuera mieo; la pura curiosía no más. Era que noabíamos visto nunca al tal mentao «Menitor». En l'escala arriba nos topamos con mi teniente Oribe. ¡Por diosito que venía enojao mi teniente! A toito pulmón nos mandó que los golviéramos pal rancho y como si ná pasara pidió el charqui y se sentó a comer con nosotros. Es pues nos hicieron formar a todos los niños sobre cubierta; cuando estábamos con toda la oficialiá daba gusto ver a mi capitán Pra tan engallao y vestido de pará. Al poquito rato los cholos dieron el primer guaracazo; un güen rato anduvimos pallá y pacá. El Menitor no hacía más que gomitarnos andaná tras andaná y de la costa nos seguía fusilando por la epalda a bala y cañonazo. Nootro contestábamos como poíamos; pa más recacha, la máquina de la «Vieja» andaba má patrá que pai-lante que si no hubiera sio esa fataliá más diuna les habría jugao a los cholos mi capitán quera harto baquiano pá la niáutica.

Es interesante conocer el lenguaje convencional que usan los delincuentes y del cual nos da noticias don Julio Vicuña Cifuentes en su obra «Coa o Jerga de los delincuentes chilenos». Las jergas se refieren más a alteraciones en la significación usual de las palabras que a la formación e introducción de nuevos vocablos.

Andar con reló (andar con grilletes).

Aguantarse en las vigas (negar obstinadamente).

Doña María Ibarra (cepo, del chilenismo barra).

Guagua (maleta de mano, por la facilidad de traslado como los niños).

Acordión (camisa).

Camarón negro (ladrón de carbón de piedra).

Canario (reloj de oro).

Dar betún (herir).

Dorado a fuego (tonto).

Muca (síncopa de música).

Chale (apócope de chaleco).

Echar al hombro (asesinar).

Se lo llevó el coche largo (se lo llevó el río).

La complejidad de la vida actual que repercute también en el lenguaje, ha dado origen a multitud de chilenismos en todo orden de actividades. Estas novedades de nuestro idioma popular sólo se conocen viviéndolas, porque muy poco o nada se ha escrito aun de ellas. De chilenismos hay mucho escrito, pero de épocas ya pasadas y muy lejanas y en todos los autores se observa un mutuo préstamo de estas modalidades del lenguaje español; se conoce que la mayor parte de ellos no han palpado, por decirlo así, lo que escriben; de ahí la frecuente repetición en que se incurrir.

BIBLIOGRAFIA

- I.—ZOROBABEL RODRÍGUEZ: *Diccionario de Chilenismos*. Edición 1875.
- II.—CAMILO ORTÚZAR: *Diccionario Manual de locuciones viciosas y de correcciones de lenguaje*. Ed. 1893.
- III.—ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES: *Voces usadas en Chile*. Edic. 1900.
- IV.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *Mis Pasatiempos*. Edición 1905.
- V.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *En la puerta de la Iglesia*.
- VI.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *Observaciones y enmiendas a un Diccionario, aplicables también a otros*, Edición 1924.
- VII.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES: *Borriones gramaticales*, 1894.
- VIII.—JULIO VICUÑA CIFUENTES: *Coa, jerga de los delincuentes chilenos*, Edición 1910.
- IX.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Nuevos chilenismos*, 1927.
- X.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Voces de los reinos animal y vegetal*, 1917.
- XI.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Chilenismos*. Apuntes Lexicográficos. 1928
- XII.—JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Voces chilenas y chilenismos*, 1925.
- XIII.—FRANCISCO CAVADA: *J. Chiloé y los Chilotes*, 1914.
- XIV.—RODOLFO LENZ: *Diccionario Etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*.
- XV.—MANUEL ANTONIO ROMÁN: *Diccionario de Chilenismos*.
- XVI.—ANTONIO ORREGO BARROS: *La Marejía*, 1910.
- XVII.—ALBERTO BLEST GANA: *Durante la Reconquista*.
- XVIII.—ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES: *Voces usadas en la industria salitrera*, 1929.

Henri Barbusse.

EL PACIFISMO MORAL

ES un hecho evidente que una de las características de la post-guerra ha sido la intensificación en el mundo entero del movimiento pacifista. La palabra misma nació unos diez años antes de la guerra. Asistía a una sesión del Comité de la «Sociedad Francesa para el Arbitraje de las Naciones», fundada por Federico Passy y Carlos Richet, cuando éste último, por primera vez creo yo, puso en circulación la palabra *pacifismo*.

Este movimiento que vemos desarrollarse de una manera innegable en la opinión pública toma dos formas diferentes: la racional y la sentimental.

Las campañas, obras e instituciones en las que se manifiesta el movimiento pacifista, tienen, en consecuencia, dos aspectos bien marcados: están basados en la idea de organización o en la moral. El pacifismo que se refiere a la primera categoría persigue principalmente las *causas* de la guerra (que son en definitiva el régimen social contemporáneo), tales son las organizaciones internacionales revolucionarias. El otro aspecto del pacifismo tiene que ver con las *consecuencias* de la guerra. Comprende a los que creen sinceramente, a los impugnadores y a todos los moralistas que comulgan con las convicciones o creencias religiosas o filosóficas. Tiene una forma íntegramente *individualista*, en tanto que la otra es esencialmente *colectiva*.

Se que no hay que hacer clasificaciones rigurosamente absolutas ni catalogar de una manera demasiado abstracta los grandes movimientos ideológicos que notamos en la realidad actual.

En la declaración que está escrita como subtítulo a la cabeza de la «Internacional de Impugnadores a la Guerra» (I. R. G.) se dice que esta Internacional, resuelta a no ayudar a ninguna especie de guerra—este crimen contra la humanidad—pretende también «luchar por la abolición de todas las causas». Pero este artículo de su profesión de fe no corresponde sino de una manera parcial y superficial a la realidad. Para ellos no se trata de las causas concretas originales sino de causas concretas inmediatas. Los que creen conscientemente son cristianos o simplemente honradas gentes que rehusan prestar su concurso personal para el oficio que consiste en matar a su prójimo y hacer uso de armas mortíferas.

Esta forma mística del movimiento pacifista toma en la actualidad, como lo hago notar al principio, un desarrollo considerable. Ha dado lugar a la creación de múltiples organizaciones que tienen a menudo entre ellas lazos federativos que representan un conjunto internacional.

No puedo citar aquí la lista completa de estas ligas. Eso desbordaría el marco de este artículo. Menciono solamente el «Joint Peace Council» al cual están afiliadas las siguientes organizaciones pacifistas: «The friend's International Service Council» (Londres), la «Oficina Internacional Antimilitarista» (La Haya), La «Gilde Internationale de Coopératrices» (Londres), la «Reconciliación» (Viena), «La Unión de Pastores Antimilitaristas» (Ammerstol), «Comité de la Paz de la Sociedad de Amigos» (Londres), «La Internacional de Impugnadores a la guerra» (Enfield) y la Liga Internacional de Mujeres para la Paz y la Libertad (Ginebra). Todos los matices de opiniones

y de creencias son admitidos en el seno de estas asociaciones. Este último punto constituye un progreso característico sobre lo que sucedía antes. Recuerdo que en los primeros años de 1900, cuando yo era un pacifista sentimental, entrevisté al Cardenal Richard, el célebre arzobispo de París sobre si quería ser miembro de honor de la Sociedad para el Arbitraje, y me rehusó horrorizado porque algunos de los miembros de esta sociedad eran franc-masones.

Está fuera de duda que una noble convicción moral, acallando los imperativos de la conciencia y ciertas obligaciones impuestas por las leyes, da lugar a magníficos actos de heroísmo. Los ejemplos no han faltado: muchos apóstoles ideológicos han sacrificado sus vidas, o su libertad, o su fe inflexible en aras de su ideal inquebrantable. Yo mismo, después de la guerra, he rendido homenaje público por la belleza y la seguridad de ese gesto, especialmente en el Congreso Internacional de Ex-Combatientes de Ginebra, donde fundamos en 1920 la Internacional de ex-combatientes revolucionarios.

Hemos apartado, sin embargo, más y más claramente, tales medios de acción, a pesar de reconocer que tienen cierto valor de agitación y de ejemplo, porque nos han parecido ineficaces en definitiva contra la guerra. En el mecanismo formidable de una movilización, o aún del servicio militar en tiempos de paz, el sacrificio heroico de algunas personas no puede influir en la marcha de las cosas. Los poderes públicos no divulgan los hechos que pudieran influir sobre las muchedumbres. Jamás se ha sabido el número considerable de oscuros mártires que fueron fusilados durante la guerra por orden de los tribunales militares por haber querido ser consecuentes con sus bellas ideas. Hubo verdaderas hecatombes, principalmente en los países centrales. Se puede decir que esos hombres han cometido un verdadero suicidio que no bene-

fició a la causa humana, y que no podía beneficiarla, porque la conciencia desnuda y aislada es siempre vencida por el mecanismo de los hechos.

En primer lugar, los héroes de la resistencia a la guerra y del negarse a cargar las armas se apoyan sobre principios religiosos o casi religiosos cuya cultura y desarrollo es nefasto, por otra parte, pues esos principios predicán la resignación y la esclavitud y han sido en gran parte sembrados entre los hombres para mantenerse un prestigio espiritual, la explotación y la opresión del hombre por el hombre.

En segundo lugar, la actitud que observan y que preconizan los que creen en conciencia y los impugnadores, reposa en un error capital: el saber que se puede eliminar la guerra de la vida universal dejando, por otra parte, a ésta su organización, y su estructura social y política presentes. No es exacto que la guerra pueda desaparecer del mundo si estas causas permanentes,—basadas en el estado de lucha entre individuos y entre naciones, que hace el fondo mismo de la estructura social y política, que se impone en la actualidad en todas partes menos en Rusia,—no se modifica radicalmente. Las mismas causas producen los mismos efectos: los sacrificios individuales no modifican esta fatalidad científica.

Para aquellos que creen en conciencia que pueden realmente detener la guerra es preciso que formen la unanimidad o la casi unanimidad de los hombres, y esto es absolutamente imposible en el estado actual de la humanidad. Y si así fuera, este formidable consenso sobrepasaría la cuestión de la guerra y crearía un orden nuevo perfecto: si estuviéramos de acuerdo, sería en realidad criminal no utilizar esa omnipotencia que haría marchar el progreso humano por una sola y maravillosa ruta.

Lo que vuelve delicada la cuestión es que el principio individualista que se pone en el tapete se opone

al principio de la organización colectiva, la paraliza y no se puede hacer marchar en un mismo frente a las dos propagandas, porque están en disparidad. Aunque infinitamente simpáticos y magníficamente valerosos, los sentimentales y los moralistas son siempre los enemigos de los organizadores. En fin, la convicción moral puede variar gradualmente los impulsos imprevistos y terminar a veces en actos de locura común muy peligrosos.

Es por lo que insistimos en pensar que el progreso social debe ser únicamente organizado sobre bases prácticas y positivas. Los impulsos personales y el misticismo son fuerzas preciosas, pero que deben *seguir y servir* y no *preceder y orientar* esta organización positiva.

Por lo demás, aparece de una manera muy clara que aquellos que dirigen los movimientos basados en la fe y la obediencia a ciertos principios morales y sobrenaturales están empujados por la fuerza de las cosas a emplear en seguida otros métodos que se asemejan a los de los organizadores. El movimiento místico de la no-violencia en la India señala una prueba histórica notable, por confesión misma de mi eminente amigo y compañero de lucha Jawarharlal Nehru. Otro de mis eminentes amigos, Fenner Brockway, lo reconoce implícitamente. Para hacer presión sobre los gobiernos de tiranía hay que emplear los medios colectivos revolucionarios. Se comprende que por los métodos individuales no se obtendrá nada de los poderosos del día; y cuando leo en el gran Manifiesto contra el Reclutamiento y la Preparación Militar de la Juventud (que se lanzó al mundo entero), que es preciso «denegar a los Gobiernos el derecho de imponer el Reclutamiento», pregunto sencillamente a los eminentes firmantes, a muchos de los cuales admiro y estimo, por qué medios reales, por qué medios que no sean un cebo, pretenden ellos imponer este

punto de vista a los gobiernos y levantar esta colosal corriente de fuerza?

Para no citar sino un ejemplo, ¿puede alguien pensar que las repúblicas americanas habrían podido independizarse del yugo español únicamente por la dulzura y la persuasión?

(Exclusivo y especial para ATENEA)—Miramar, Francia, 1931.—Traductor: B. Flores Williams.

Mariano Latorre.

... Y UN FILON DE ROJO RAULI

LA SELVA

EN el vivo cristal del aire, que enmarcan tupidas murallas de coigües, resuenan acompasados golpes de hacha. En tal forma atruenan la salvaje soledad, repetidos por las umbrías, que todos los ruidos enmudecen. Más que brazos humanos parecen gigantes ocultos en la espesura los que hachan los centenarios raulíes de frente verde clara. A los pocos minutos se acallan los golpes. Con una suavidad de vuelo que termina, el silencio llega otra vez.

Oyense, ahora, broncas imprecaciones que la selva multiplica en mil ecos endiablados.

—¡Coipo! ¡Cordillera! ruge el boyero, ¡Cordillera! ¡Coipo!

Y en el faldeo, un maderero desplaza el enorme tronco de raulí. Aun se abriga el rojo corazón del árbol en su milenaria envoltura de doradas cortezas. Clavados en ellas, los diablos o garfios de fierro lo hacen resbalar, poco a poco, hacia el plan.

Agita el boyero la garrocha sobre los cuernos de la yunta.

—¡Coipo, teza!

El maderero aprieta aún más la palanca, apoyando sus piernas en el tronco. Los dientes de los diablos penetran en la aromosa carne del raulí, descascarillando las cortezas. El trozo gira sobre sí mismo, y avanza, hasta asentarse pesadamente en la escotadura del yuguillo de la carreta trozadora. Acomodado en el triángulo de pellín de la cama, semeja un monstruoso mortero de guerra.

—¡Coipo, Cordillera!

Y los geniecillos juguetones del bosque se paran, entrelazan, enredan las duras voces de los hombres en una locura de sonidos.

Con su preciosa carga, avanza la carreta por entre los coigües, hacia el aserradero.

Siempre dócil, el silencio torna a su lugar.

Y ahora es una descarga violenta la que estremece la selva entera, propagándose como un trueno por entre los árboles. Los caballos, inquietos, tiran de sus riendas. Ladran los perros en las ranchas de tablas. Luego, crepitan en prolongada fusilería las astillas rotas.

Otro raulí y ya son miles, atropellando arbustos y coliguales, se ha desplomado para siempre.

Vuelan los pájaros con precipitado batir de alas. Miles de abejas dispérsanse asustadas. por los claros de la selva.

Pero la calma se restablece de nuevo. Recobra la selva su sonora respiración. Las torcazas retornan a los lingues y las bestezuelas anónimas del bosque a sus correrías habituales.

JUAN AZÓCAR, EL CONTRATISTA

—¿Cómo diablos se te desastó ese buey Golondrina? ¡Un baqueano como tú, Troncoso! ¡Ya no se puede uno fiar de nadie! ¡Y con la escasez de bueyes que hay! ¡Pero no creas que esto va a quedar así!

Con impaciencia colérica soltó Juan Azócar, contratista del aserradero, estas frases de reconvención.

El maderero, un hombre alto, de negras barbas y vestido de parchados harapos, como la mayoría de los hombres de la selva, se excusó calmadamente.

—Pura fataliá, no más patrón. E corrió el trozo en la loma y cualquiera lo sujeta. Cuando fletaba el año pasado y se me esgració el Clavel, qu'era buey mío, na que reclamé.

Nada replicó Azócar al oír estas palabras. Pareció súbitamente calmado y variando el tono de la voz, como si diera al olvido su cólera, preguntó:

—¿Dónde quedó el buey?

—Ei tá, etrás esos coigües, dijo el hombre, sin volver la cabeza, aun resentido por lo que creía una injusticia del patrón.

Caminaron un corto trecho, orillando una colina baja. En el pasto que brotaba lujurioso entre los árboles, estaba echado el enorme buey. La pulpa viva y sangrienta, sin su estuche córneo, goteaba aún gruesos coágulos de sangre a lo largo de las orejas caídas. No exteriorizaba sufrimiento alguno. El no moverse cuando los hombres se acercaron fué quizá la única demostración de su dolorosa fatiga. Tenía, más bien, una acti-

tud de descanso, inmóvil la testa resignada, indiferentes sus redondas pupilas, que parecían hechas de una materia pétreo, sin vida, pero de luciente negror.

■ Azócar lo miró unos segundos y ordenó en seguida:

—Lleva ese buey al aserradero. Allá está el Pampa, en el potrero del bajo. Tráelo ahora mismo. Hay que apurar el acarreo de trozos lo más que se pueda.

—Bien, patrón, asintió el maderero.

Azócar fué en busca de su caballo. Atado al gajo de un tronco muerto, estaba el mulato que trajo con él del Norte, al hacerse cargo del aserradero. Buen caballo chileno, de alzada poco común, de vivos ojos y ágiles remos. Azócar quería como a un ser humano. Mucho más, al librarlo, recién llegado, de los venenosos renuevos del lingue, mortales para casi todos los caballos traídos del norte. Desde entonces, el mulato fué una prolongación de su vida, casi un camarada en el destierro. Para los camperos, el patrón mismo.

Juan Azócar, contratista del aserradero de Huiscapi, socio del verdadero dueño, un senador santiaguino, había llegado al Sur hacía dos años. Nadie lo conocía en la región y a nadie había contado nada de su vida.

Moreno, de ojos pequeños y duros, de baja estatura, pero de recias espaldas, era un típico chileno del valle central. Diferenciábase grandemente de los hombres del sur, aindiados y humildes. Daba la impresión de un perfecto dominio de sí mismo. Ademanes rápidos, decididos. Incansable en la fiscalización de los trabajos del aserradero.

Subió al caballo y sin despedirse de sus trabajadores, se perdió entre los árboles. Tomó una de las paralelas, formadas por las carretas en su constante acarreo de trozos de la selva al aserradero. Caracoleaba la huella por entre inmensos coigües, cuyos troncos elevábanse rectamente hacia lo alto: en el extremo del simétrico fuste, el penacho verdinegro de su copa, recortada y graciosa como un arbusto de jardín.

La selva llenaba la atmósfera con sus rumores cotidianos: murmullo de hojas, sordina de abejas, gorgoritear de aguas ocultas. Un chucao, a ratos, reía entre las quilas y al paso del caballo, los huíos daban silbidos de alerta.

A través de los ramajes, la luz del sol rayaba el camino con franjas de oro, temblantes como aguas dormidas al menor hábito de aire.

Juan Azócar detuvo el caballo para liar un cigarrillo. Mojó con deleite el cuadrado blanco y voluptuosamente dió la primera chupada. Soltó las riendas de nuevo. Halagadoras ideas

alivianaban su cerebro. El buey desastado en la colina era un contratiempo sin importancia. La suerte le sonreía por primera vez. Se desterró voluntariamente junto al banco aserrador de Huiscaپی (el pueblo más cercano, Coyanco, estaba a seis leguas de malos caminos) y en esta soledad sentíase bien. Castillos de magníficas tablas y listones de raulí amontonábanse a cinco metros de las barracas. Mañana y tarde, la sierra devoraba las cortezas de la valiosa madera y las carretas fletadoras crujían, tarde y mañana, por los caminos en declive con su preciosa carga rojiza. No era agradable la vida bárbara de la selva, pero la idea de volver a Santiago, una vez entregadas a la Sociedad «Buques y Maderas» las cien mil pulgadas del contrato, tenía para Azócar una halagüeña perspectiva. Su vida, que un envión de la suerte, estuvo a punto de malograr, volvería a rehacerse. En el aislamiento de la selva, el recuerdo de su pasado se iba borrando poco a poco, y él mismo se había convencido de que nada sucedió nunca. Y sabía, además, que si llegaba a oídos de sus hombres, los que hachaban raulíes, aserraban trozos o cantoneaban tablas, algo de su existencia anterior, nada debía temer. Tras las barbas hirsutas o bajo los ponchos raídos de esos hombres, ocultábanse caídas y delitos que debía ignorar la policía de Coyanco. Este enigma de sus vidas era, en la montaña, un poderoso eslabón de solidaridad.

Cinco carretas fleteras, ya cargadas de rojos gavillones de raulí, lo esperaban para seguir su peregrinación, en primitivas balsas fluviales, desde la ribera del Toltén a la apartada línea férrea.

Contó Azócar las tablas y firmó las guías.

Crujiente, pesado, el convoy se puso en movimiento entre los ásperos gritos de los carreteros.

Jadeaba ruidosamente el motor y la sierra, al hincar sus dientes agudos en la madera virgen, cantaba con sibilantes zumbidos o se apagaba en sordas estridulaciones, como fluir de subterráneas corrientes, si hallaba resistencia en los macizos troncos. Y entre el chirrido de las palancas o el rodar amortiguado de las poleas, movíase un grupo de hombres sudorosos, ajenos a la idílica serenidad de la selva que los rodeaba. Como un rocío de sangre, saltaba el aserrín de los dientes de la sierra para cuajarse, húmedo aun de rojas savias, en los salientes del maderamen y en las cejas y barbas de los hombres; y esparcirse, hecho polvo, al menor soplo del aire, desplazado por los trajines de los hombres o las poleas en movimiento.

Al ver a Azócar, un niño salió corriendo del galpón. Le alargó un paquete de cartas y de diarios. Facturas, sobre todo. Azó-

car había roto con el mundo que viaja en los nocturnos y que no se aventura, a lomo de caballo, por las cordilleras, vestidas de selva.

Bajó del caballo, entregando las riendas al niño. Sentado en una ruma de tablas, empezó a revisar la correspondencia. De pronto, se puso de pie alarmado. Sus dedos estrujaron nerviosos una carta que volvió a leer una y otra vez.

El contador del consignatario de las maderas del aserradero en Loncoche, amigo suyo, le avisaba que José Henríquez, de Temuco, creíase con derecho a los raulíes de Huiscaپی.

Su intención era la de ocupar los terrenos fiscales contiguos a la hijuela, porque había desembarcado en Loncoche un banco y un motor y un tal Mera, conocido matón del sur, reclutaba fogoneros y cantoneadores para dirigirse a la montaña.

No revisó Azócar el resto de la correspondencia. Este incidente trastornaba de raíz todos sus proyectos. Lógicamente se precisaron en su memoria los hechos anteriores a su aceptación como socio de la firma que hoy llevaba su nombre: Azócar y Cía. Su patrón lo había puesto, entonces, sobre aviso. Las maderas que explotaba hacía un año pertenecían a las reservas fiscales, pues la hijuela comprada al primer ocupante lindaba con el arroyuelo donde eran arrojados el aserrín y las tapas de los trozos. El raulí de esas hectáreas había terminado en los primeros meses de la explotación; y las hachas, poco a poco, iban abriendo brecha en la selva virgen, tras la veta de raulíes que, muy cerca del volcán Coyanco, rumoreaba con sus millones de hojas en la nueva primavera. Azócar lo sabía muy bien. En esto era solidario del ricacho santiaguino que compró las mejoras al colono. Había que defender la posesión a toda costa. Impedir la llegada a la selva del rival de Temuco, no resignado a dejar que otro aprovecharse el filón de rojo raulí. Era preciso inquirir noticias, prepararse para una lucha en caso necesario.

Metióse las cartas y diarios en el bolsillo y entró a los galpones. Gritó desde allí, sobre el traqueteo de motores y palancas.

—Me voy a Coyanco, Gutiérrez. Vuelvo mañana.

Dirigíase al palanquero, pero éste no alcanzó a oírle. Detuvo solícito el motor y todo aquel desconcierto de escapes de vapor y de poleas zumbadoras, se fué acallando. Gutiérrez se aproximó. Era un hombre moreno, de cabellos y barba negra, abundantes, a las que el aserrín daba momentáneamente un tono rojo.

—Que me voy a Coyanco. Vuelvo mañana, para el pago.

El palanquero asintió con la cabeza. Tuvo Azócar la inten-

ción de comunicarle a su hombre de confianza la dificultad que inesperadamente le salía al paso, pero no lo hizo. Era más cuerdo callarlo por el momento. Los comentarios entre los obreros podrían ser perjudiciales en caso de un choque con la policía. No dudaba de su lealtad, pues los unía un mismo interés. El paro del motor traería la miseria para ellos y para los madereros y dueños de carretas fleteras.

La mayoría de los obreros que trabajaban en Huis capi eran descendientes de antiguos colonos de la región. Las hijuelas, limpias hacía años, apenas daban para comer hipotecadas en las tiendas de Coyanco. Sin el repentino auge del raulí esos viejos colonos y sus hijos habrían abandonado las tierras, para volver al inquilinaje de donde emigraron llenos de fe en el porvenir, embriagados por la repentina posesión de un pedazo de selva.

Al montar Azócar a caballo para encaminarse a Coyanco, se le acercó el boca sierra. Era un muchacho rubio, quizás algún extraviado descendiente de colonos alemanes ya arraigados a orilla del Trancura. Quería diez pesos a cuenta.

Azócar arrugó el entrecejo y respondió con sequedad:

—Ya sabes que las cuentas se arreglan los Sábados.

—Sí, patrón, pero el Domingo hay carreras en Coyanco y usted no ha de volver.

Estuvo a punto de retar al muchacho por lo que considerara una insolencia, pero se contuvo. Recordó de improviso una discusión entre hacendados, un día Domingo, en el hotel de Coyanco, sobre los méritos del caballo chileno y de las carreras concertadas para probar la velocidad y resistencia de los caballos que criaban en sus fundos.

Sonrió condescendiente y le contestó al muchacho:

—Yo vuelvo mañana, a las doce. No tengas cuidado.

Y la perspectiva de la fiesta regional, que había olvidado por completo, estimuló sus nervios. Era chileno y el primitivo deporte, con sus interminables discusiones y falsas partidas, lo excitaba con amables ideas optimistas.

Galopó algunos minutos por el camino plano que partía la antigua selva en dos grandes masas de árboles, que las quilas habían hecho inaccesibles. Algunos pellines, aun con enormes lacras de carbón, crispábanse en agónicos estertores sobre la esponjada red verde clara del quilantar. Muchos troncos podíanse sobre la verdura de los pastos, como cadáveres insepultos.

Azócar seguía cavilando sobre la eventualidad que bruscamente cerraba el camino a su fortuna. A fuerza de insistir en

las mismas ideas y de hablar con los mismos hombres, habíase trazado una línea de conducta y no se desviaba de ella. Su actitud fué siempre defensiva en la montaña. Anticipaba los hechos, el que pega primero pega dos veces, pensaba, y los medios para detener ese motor que rodaría con sus pesadas llantas de fierro por los baches del camino de Loncoche presentábanse claros y precisos a su imaginación. Su plan podía modificarse, después de hablar con Jabalquinto, proveedor del aserradero o con Ramos, oficial civil de Coyanco y astuto pleiteador en las complicadas disputas de deslindes de la frontera, con el cual pensaba visitar al Comandante de Policía de Coyanco para prevenirlo de la inminencia del choque. Por ningún motivo, dejaría el campo que ya ocupaba el banco aserrador.

Unas tranquilas le interceptaron la pasada. Bajóse y corrió los tramos. Los volvió a encajar cuidadosamente. Era la costumbre de todos los viajeros que atravesaban las hijuelas.

Al reanudar su camino, el interrumpido soliloquio volvió otra vez. Habíase acostumbrado a este monólogo interior que a veces era un diálogo en el que se personificaba el aspecto negativo de su temperamento. La soledad había dado forma a este interlocutor escéptico, que discutía sus impulsos y los neutralizaba.

¿Quién sería este Mera, al que confiaba Henríquez la suerte de su banco aserrador? ¿Tendría realmente la intención de ocupar los terrenos fiscales, cuando se acercaba tan decidido a Huis capi?

Súbitamente, tomó cuerpo la figura enorme, obesa, de un hombre de gesto áspero, cuya cara rayaban cicatrices de bermejo brillo. Lo había visto en el hotel de Loncoche por primera vez. Recordaba hasta su nombre: José María Mera. Su nombre y sus oficios. Maderero o agente electoral, agricultor y cuatrero si el caso se presentaba. Un típico producto de los pueblos del sur, especies de campamentos que aún vivían de los bosques próximos a sus arrabales.

—Es el mismo. No cabe duda, confirmó su escondido interlocutor.

Azócar desembocaba ahora al camino real que seguía la margen del lago Coyanco hasta el pueblo. Descansaron sus ojos y sus nervios en el ancho letargo azul de las aguas, después de recorrer las torcidas veredas de la selva, limitadas por el muro sombrío de los árboles. Una áurea ebullición rompía en el centro la pulida quietud de las aguas. Nubes blancas descansaban en el perfil de los cerros oscuros y todo espejábse invertido en su impecable inmovilidad.

JUAN DIABLO Y LOS HOMBRES DE LA SELVA

A las seis de la tarde caminaba Azócar hacia el aserradero. Las noticias recibidas de Loncoche se confirmaron en Coyanco. El motor había salido ya, tirado por tres yuntas de bueyes. En dos días más pasaría por el pueblo. Capitaneaba la pequeña expedición que venía a la conquista del raulí, de su raulí, José María Mera, el mismo que había conocido en el hotel de Loncoche hacía un año. Su memoria, agudizada por el ejercicio, suministrábale detalle tras detalle. Veía a Mera frente al mostrador de la cantina, tapando parte de la pequeña estantería con sus cuadradas espaldas de matón. Un grupo de aldeanos, de caras gastadas y opacas, celebraban con sonoras risas los chistes que Mera narraba con una voz llena, despótica. Los ojos grises brillaban, excitados por el alcohol, como dos pequeños monstruos voraces, en la redonda carnosidad de sus mejillas, que manchaban costurones sanguinolentos y hoyuelos de peste, semejantes a los agujeros de un cedazo gastado. Y el apodo con que se le conocía en los pueblos del sur, a causa de su corpulencia y de sus manchas rojizas, se precisó inesperadamente en su memoria.

—¡Claro! ¡El Toro Frutilla!

Pronunció las palabras en alta voz. Su contendor respondíale desde la sub-consciencia, como poniéndolo en guardia ante el porvenir, desconfiado esta vez como otras era amable y animador.

El gesto audaz, el cuello ancho y desbordado los ojos retadores y viles, le recordaron a uno de esos toros semisalvajés que vivían entre los árboles, señores de la selva y enemigos natos del hombre.

Este hombronazo sin escrúpulos, brazo derecho de Henríquez, que había agrandado sus tierras a expensas de las hijuelas de los colonos, contaba de seguro con la policía de Loncoche y con el beneplácito de los agrimensores de la Inspección de Tierras, a quienes alojaba en su fundo. Sabíalo, además, un activo agente electoral de la frontera. Y luego la vida de francachelas, la baraja en las lluviosas noches del sur, unen más que lazos de familia y el delito común hace brotar en los individuos más dispares, un hondo sentido de camaradería. Como un escalofrío el desánimo debilitó su energía. Un aletazo ciego de la suerte, él creía obrar conforme a la justicia, lo ponía otra vez al borde del abismo. Las cien mil pulgadas de raulí que a principios del Otoño debía entregar a «Buques y Maderas» se dispersaban

como balsas deshechas por la corriente. ¿Podría luchar con ese hombre ventajosamente? En el sur todo le era hostil. Sus mismos hombres lo abandonarían si la suerte no le era favorable. Cambiar de amo nada significaba para ellos si se les ofrecía trabajo y se les arrendaban sus yuntas y carretas. Además, para las gentes del sur, él era un futre, un santiaguino. Debían considerarlo un intruso, explotadores y explotados. Todos creíanse dueños de la tierra y cualquiera ocupación, por legal que fuese, mirábanla con recelo.

Vió repentinamente claro que el éxito dependía sólo de su propia iniciativa. En nadie podía confiar, ni aun en sus allegados de Coyanco, dóciles a cualquiera influencia, al menor indicio de su flaqueza. Su voluntad se rehizo de nuevo vigorosa. La acción despertábase en él lentamente, a pequeñas sacudidas, como en todo chileno de raza, pero una vez decidido ningún obstáculo lo detenía.

Se aproximaba a la orilla del lago. Puso al galope su caballo. La quietud dormida de las aguas era para él un beleño restaurador. Un hálito de frescura brotaba de las aguas azules y gemía, como una caricia, en sus oídos. Rumoreaban con rápidos lengüeteos las pequeñas olas en la playa obscura. El sol del atardecer, tamizado por el invisible cendal de los roces, teñía de un rojo de sangre los cerros bajos, negros de selva.

Al entrar a la playa, paró el galope.

—Cuerpo a cuerpo no podré luchar con ese hombre, se dijo, pero inmediatamente su otro yo le repuso:

—Pero tu carabina apuntará adonde dirijas la mira.

Y desfilaron por su memoria, claros y risueños, los meses en que hizo su servicio militar en el Buin. Conservaba aún su libreta de licenciamiento. Allí había una elogiosa recomendación por su puntería. Y los zorros y torcazas de la selva podían atestiguarlo ahora. El motor no debía llegar a Huiscaipi, sucediese lo que sucediese.

Su decisión se cristalizó, como era su costumbre, en una frase:

—No dispararé mientras no se me provoque.

El sol se había puesto cuando llegó al aserradero. El motor estaba ya apagado. Sombras mudas, los hombres fumaban sentados en el borde de los troncos o en rumas de tablas no clasificadas. En el cielo, tembloroso de estrellas, los coigües quemados retorcían sus ramajes desnudos en trágicas demandas de auxilio y el lomo de los cerros cortaba la claridad estrellada con un denso muro de sombra. Pasó de largo hacia la pequeña casa que él mismo hizo construir a media cuadra del aserradero.

Encendió, como todas las noches, la lamparilla de parafina y la puso en el mostrador de la pieza contigua al dormitorio, que hacía de despacho.

En un instante más, el palanquero y los demás operarios se acercarían pausadamente. La luz de la lamparilla servía de guía. A esa hora arreglaba todos los sábados las libretas de los hombres. Era, también, el momento propicio para comunicarles la proximidad del peligro.

Afuera oíanse voces. Carraspeos, toses, arrastre de ojotas en las escaleras y sobre el pequeño entarimado que equilibraba las piezas en el violento declive del cerro. Especie de terraza que dominaba el hondón, limpio de coigües en aquella parte.

Gutiérrez, como un capitán, se asomó a la puerta, precediendo al grupo de obreros que esperaba, desde afuera, una orden para entrar. Adelantóse hacia la luz. Su figura morena, en que la cara achicábase entre la espesa cabellera y la exuberante barba, se inmovilizó al borde de la mesa. Azócar lo miró unos segundos. Parsimoniosamente, el palanquero sacó del bolsillo de su chaqueta, tiesa de aceite, una libretita sucia. Los demás avanzaron un paso con timidez.

Su voz monótona comenzó a enumerar los días de trabajo de los obreros. Los dedos negros movían torpemente las hojas.

—José Rivas, seis días.

—Otto Kraus, seis días.

—Felipe Méndez, seis días.

—Pedro Quilquitripay, cinco días.

Azócar escribía los nombres en un libro grande; y daba la orden que servía de cheque para Jabalquinto, en Coyanco.

—Pedro Troncoso, seis días.

Azócar levantó la cabeza. Enorme, de salientes pómulos, de donde colgaba una prodigiosa barba obscura, el maderero esperaba sus palabras. En el tabique de pálidos listones de laurel, temblaba su sombra con vaguedad espectral como si fuese más bien el reflejo de su pobre ánimo atribulado. Prodióse un silencio de muerte. Nadie miraba al compañero, abandonándolo a su desgracia. Azócar habló, por fin, sin encono, pero con su habitual tono de mando:

—¿Y el buey Golondrina?

Carraspeó Troncoso.

—Ey tá, en la pesebrera.

—Sí, ya lo sé, remedó Azócar, ey tá.

El silencio los enlazó de nuevo, pesado, amenazante. Los obreros parecían haberse petrificado con sus harapos, llenos de

parches y sus caras gastadas y lustrosas, como ejes de viejas carretas.

Sólo Troncoso restregó sus manazas de gigante con un movimiento nervioso, casi delicado, increíble en su corpulencia. Musitó su disculpa, aminorando la falta.

—Tuavía se puee enyugar. Le quea un piazo e cacho. P'al arao sirve...

Una sonrisa condescendiente suavizó el rostro habitualmente severo de Azócar. Su mirada fría recorrió a los hombres, que la llama fluctuante desdibujaba en borrosas siluetas.

—Hay que tener cuidado con las yuntas. No podemos parar un momento el acarreo de trozos. Las cosechas están encima y necesitamos madera para un mes en el aserradero.

Troncoso, tranquilizado, daba razones sentimentales, casi enternecido:

—Ná me había pasado, On Juan, en los dos años que llevo acarreando trozos, dende que su mercé llegó a Huis capi.

—Ya lo sé, Troncoso. Por eso no te cobro daños.

El grupo de hombres tornó a la vida al oír estas palabras, como si las ligaduras del terror se hubiesen aflojado de improviso. Movíanse ahora. Algunos se comunicaron sus impresiones. Comenzaron a salir, de puntillas, para no restregar sus ojotas en las tablas.

Azócar permaneció largo rato con los ojos fijos en las ringleras de números de su libro de cuentas. Algo lo hizo levantar los ojos repentinamente: un leve estremecimiento del aire, casi el sople de una respiración.

Inmóvil,; los ojos brillantes y oscuros, como dos enormes granos de maqui, con un chispeo de zorruna malicia, sonreíale el chiquillo del aserradero. Una pelambre negra, de tiesas mechas, que había tomado en su abandono la forma de un bonete puntiagudo, cubría su cabeza zahareña. Y su cuerpecillo débil vibraba con no sé qué avizora gracia de quiltro. Su actitud era la del perro que espera un mendrugo o por lo menos una palabra cariñosa del amo.

Azócar dejó el libro y sonrió al niño. Se pasó el revés del brazo por la nariz, única muestra de su emoción y volvió de nuevo a su actitud primera.

Unía al patrón y al niño un curioso lazo de simpatía. Miráronse sin decir palabra, como si ambos quisieran prolongar unos segundos esta corriente de tibia camaradería. Siempre era así, si el azar los hallaba solos.

Azócar desarmábase ante el niño. Y cada vez que la casualidad los ponía frente a frente, sin testigos, recordaba como Juan

Diablo (así lo llamaban en el aserradero y en las hijuelas del contorno) apareció a sus ojos una mañana neblinosa del Otoño pasado.

Limpiaba el barro de sus botas en la escalerilla de su casa. Al volverse, vió la raída traza del niño frente a él, callado, inmóvil como ahora. Sus ojos oscuros chispeaban y sus manos renegridas restregábanse entre sí en un movimiento inconsciente. Temor y curiosidad había en él, al mismo tiempo. En tal forma, que Azócar temió la escapada del muchacho, hacia el monte, apenas le dirigiese la palabra, pero no fué así. Miráronse unos segundos y este primer encuentro grabóse entre ellos para siempre, como en una cariñosa y tácita complicidad.

Azócar le preguntó risueño:

—¿Y tú, de dónde sales?

Con cómica seriedad respondió el niño:

—Del mundo, patrón.

Azócar soltó la carcajada al oír esta frase sentenciosa en la boca de un niño:

—¿Y quién sos vos?

Juan Diablo, siempre grave:

—El hermano del otro.

El otro, bien lo sabía Azócar, era un muchacho que ayudaba desde hacía un año, a empujar tablas en los rolletes o echar leña al motor.

Así empezó Juan Diablo la primera etapa de su vida vagabunda. Aserrinero si el patrón no lo enviaba a Coyanco en busca de cartas o telegramas; campero de las vacas y caballos o pinche de cocina, en la mediagua donde la Brígida preparaba la comida del patrón. Por todas partes, veíase su figurilla morena, escurridiza, como un zorro, bajando a todo correr por los declives con un balde agua o saltando por encima de los enormes trozos de raulí, soñolientos como animales cansados a la entrada del aserradero.

Azócar habló por fin:

—Quédate, Juan Diablo.

Y detuvo deferentemente a su palanquero.

—¿Quiere llamar de nuevo a los hombres, Gutiérrez? Necesito hablarles.

Entraron algo cohibidos al despacho. No esperaban este llamado y en sus caras inexpresivas pintábase el temor. Juan Diablo se encaramó en un saco de trigo, cerca del mostrador.

Azócar quiso hablar solemnemente, para hacerles comprender la gravedad del instante. Así se dirigía a los conscriptos en el cuartel, pero este primer impulso se desvaneció en un atragan-

tamiento inadvertido y sus palabras fueron claras y familiares. Los unía, quizá, por primera vez, un interés común. El filón de rojo raulí les pertenecía, porque ellos lo descubrieron y ahora les daba para vivir.

—José Henríquez, el que le compró las mejoras a Anacleto Muñoz, ha declarado en Loncoche que nosotros le estamos aserrando en la raulizá de su hijuela y manda a un tal Mera, con un motor y un banco, para instalarse al otro lado del estero. Como ustedes saben, la única mancha de raulí que hay por estos lados, es la de Huis capi.

Troncoso, el maderero más viejo de la peonada, dió noticias de Mera, a quien conocía, feliz de congraciarse con el contratista.

—Ese es collollo conocido, esculpando la palabra. El Toro Frutilla lo mienta la gente pu'allá y es rechúcaro, su mercé. A balzaos anduvo quantu'ha en Huaipire, por una yunta e bueyes robaos.

Gutiérrez, nieto de colonos, nacido y criado en la selva, agregó un viejo refrán de la comarca, donde abundaban desde la guerra de la Araucanía los Astudillos y los Meras.

—Astudillos y Meras, el que nu'es olla es tapaera.

Troncoso le repuso como en un contra punto:

—Meras y Astudillos, el que nu'es honrao es pillo.

Los hombres rieron ingenuos la picardía de los refranes locales

El terreno mostrábase propicio. Bien lo notó Azócar. Y en sus palabras volvió a predominar el tono de mando que el servicio militar imprimió en él para siempre.

—A toda costa debemos atajar a Mera. Instalado aquí, no sólo explotaría las maderas sino que metería pleito a los hijueleros para quedarse con las tierras.

Prodújose entre los operarios un rezongo desaprobatorio. Lo que Azócar les anunciaba era la verdad. Había sucedido muchas veces en el sur. Sucedió aún. Los colonos viéronse arrojados de las tierras que ocupaban en numerosas circunstancias y los carabineros apoyaron al usurpador que traía de Santiago concesiones fabulosas de tierras fiscales.

Sólo el indio Quiltriquipay, vestido como un colono, permanecía indiferente, apartado del grupo, inconmovibles las salientes mejillas como si fueran de piedra. El palanquero aventuró una observación:

—Pero l'hijuela suya, on Juan, es linda en el estero.

—Ya lo sé y la de Henríquez llega al Correntoso. El terreno hasta el volcán es fiscal y nosotros lo tenemos ocupado. Por eso

hay que sujetar a Mera a la salida de la hijuela. Lo antes posible hay que sacar el terreno a remate, Mi socio lo arreglará todo en la Inspección de Tierras, para la toma de posesión. Esto es seguro.

Los obreros oían en silencio. Sólo carraspeos, movimientos imprecisos que eran otras tantas ideas no expresadas. Nada entendían de estos continuos e inesperados trastornos de la posesión, hijos de un vicioso sistema administrativo. La tierra pertenecía al que derribó los centenarios pellines y en los húmedos surcos arrojó las primeras semillas. Este concepto elemental no había variado de abuelos a nietos y era el justo por ser el más simple. Se acostumbraron a ser víctimas y a esperar resignados una justicia problemática, casi extraterrena. No oponían resistencia y abandonaban simplemente sus hijuelas si la fuerza pública los compelia a desocuparlas y se hacían inquilinos de sus mismos explotadores, sin pensar que fueron sus brazos sin fatiga, armados del hacha, los que limpiaron el campo y domaron la selva.

Por el momento confiaban como niños inexpertos en Azócar y harían lo que él les ordenase. No por afecto, sino porque el azar los puso bajo su tutela y de él recibían el pobre jornal que bastaba para lo que ellos llamaban sus vicios: tabaco, azúcar y yerba. Y los que Mera contrató en Loncoche no se diferenciaban de éstos. No había entre ellos ninguna solidaridad de clase, tan doblegados estaban. Eran instrumentos de los capitalistas y explotadores de las tierras en formación.

Gutiérrez se adelantó a hablar, en nombre de sus compañeros, en vista de que Azócar nada propuso:

—¿Y qué se hace, patrón?

Esta pregunta llenó a Azócar de buenos presentimientos. No conocía aún a sus hombres, acostumbrado al huaso del centro de Chile, en el fondo más ladino y consciente de sus derechos. Y tomaba por abnegación lo que sólo era ley de fatalidad, azar de las circunstancias.

Y explicó fogosamente con súbita embriaguez de virilidad:

—El motor estaba ayer en Guaipire, según le dijo un balsero a Jabalquinto. Mañana en la tarde puede llegar a Coyanco. Para acercarse a la montaña necesita dos o tres días más. Por este camino tiene que subir. Volteamos unos cuantos coigües, de los grandes y ahí se quedan el motor y el Toro Frutilla por más bramidos que dé...

Intencionadamente empleó el sobrenombre de Mera y su semejanza con un toro enfurecido, para acercarse a los hombres. Y tuvo éxito, porque Troncoso afirmó convencido:

—Renunca pasa, patrón.

Y los demás, a su turno, repitieron la frase del compañero, que concretaba la idea de todos en ese instante.

—Renunca pasa.

—Claro que renunca.

Gutiérrez, siempre práctico, preguntó de nuevo:

—¿Y cuándo voltiamos esos palos, patrón?

Azócar recordó las carreras de Coyanco y se dió cuenta que los hombres temían por ellas. Repuso condescendiente:

—No apura. Se pueden botar el Lunes. Se le ponen dos hombres a cada palo y el trabajo anda ligero.

Sus ojos buscaron risueños a Juan Diablo, encaramado en su saco, como para alcanzar así la estatura de un hombre, pero al sentir la mirada de su amo se deslizó a tierra, plantándose en medio de la pieza. Había adivinado lo que el patrón exigiría de él.

Azócar dijo sencillamente:

—Juan Diablo será el loro.

El niño cubrió al grupo de hombres con la ingenua vanidad de su mirada. Casi un reto varonil parecía y bondadosamente lo aceptaban ellos. Algo de su niñez, en los campos del sur de Chile o de la frontera, veían en los arrestos del pequeño vagabundo de las selvas y mucho de su presente, el porvenir para Juan Diablo. Sin ensueño, sin solución. Algo inevitable como la muerte.

—Como a Piñoncito, naide lo ve a éste entre las matas, observó Otto Kraus, gran amigo de Juan Diablo.

—Arrancay en el bajo una hoja de pangue y te sirve de carpa, aconsejó Troncoso.

Y el regocijo se extendió pueril y conmovedor, rompiendo la cansada gravedad de sus caras barbudas.

Abandonaron el despacho, pero esta vez más alegres y comunicativos. El inesperado acontecimiento desentumecía la inercia de sus vidas y esperaban el instante, cualquiera que fuese su resultado, como se esperan las estaciones o las fiestas que la tradición ha repartido a lo largo de la vida del pueblo. En la noche densa, clara de estrellas, como detenidas entre los muñones espectrales de los palos secos, se oyeron largo rato sus voces sordas y sus carcajadas sonoras.

Azócar quedóse un instante de pie, apoyadas las manos en la mesita. Esos vagos rumores de la noche eran su compañía desde que llegó a la montaña. Le era grato oír la letanía de las ranas en las márgenes de los gualves, rezando el rosario, según la frase de la Brígida. El largo chirrido de un concón que siem-

pre parecía el mismo, animaba los remansos de sombra, densificados por las colinas, haciendo menos temible su hosca soledad.

Sacó de su bolsillo las balas compradas y las vació sobre la mesa. Con seco chasquido rodaron por la dispareja tablazón, como si adquiriesen repentina vitalidad, al salir de la caja. En el relieve rojizo del fulminante, fulgía una chispa de luz; en el cono de acero, una rayola gris. Miró Azócar intensamente los pequeños y relucientes trozos de acero, encajados en las vainillas de bronce. Descolgó luego la carabina y empezó a echar una a una las balas en el cargador. Retuvo un momento el arma en los brazos, como si tomara posesión de ella. El peso de la maciza culata hizo desplazarse el arma hacia abajo. Por la puerta entreabierta, el cañón de la carabina apuntaba a la noche. Sus dedos se crisparon, en un arranque furioso, sobre el gatillo y hubiera querido disparar, enloquecido, a las estrellas, a los árboles, a algo vago e indefinido, que venía de la sombras espesas e indiferentes.

LAS NIEBLAS

Al amanecer del día Lunes se descargó una furiosa lluvia. No se interrumpieron las faenas del aserradero. Sobraban trozos de raulí en la explanada frontera al motor y los dientes voraces de la sierra seguían royendo las cortezas rezumantes de savia con aullidos de monstruos o con melódica quejumbre, si no hallaban resistencia en los troncos vencidos.

A las diez de la mañana, los ruidosos chaparrones se cuajaron en nieblas silenciosas. Acudían apresuradas y en ciega avalancha desde el lago, dormido en el fondo del valle. Atraíalas el volcán como a gigantescas mariposas de blancas alas. Desgarrábanse en el mudo clamor de los palos quemados, envolvíanlos en sus elásticos cendales y penetraban en alocado galope al seno obscuro de la selva virgen.

Y los ávidos follajes nuevos, los gualves erizados de tótoras y las hondonadas insaciables, bebían el polvo de agua de las nieblas pasajeras.

Muy pocas resistían la sed devoradora de la tierra y las que lograban sobrevivir, seguían su carrera hacia la cumbre, en busca de su destino.

Agitábanse, desconcertadas, alrededor de su cúspide invisible, en rondas fantásticas, las de valles y lagunas, ríos y hondonadas, hechas una sola masa aérea y movable, hasta que el norte cerraba sus alas obscuras y entonces descansaban, apoyadas en el hombro blanco de los neveros, bajo la claridad azul de los

cielos, transpasado de luz su cristalino corazón de vapor de agua.

Otras veces, su trama de minúsculas gotas se rompía y veíanse, en los desgarrones, trozos de paisajes; potreros de sólidas tranqueras, espesos quilantares en las quebradas, impasibles hileras de gigantescos coigües, declives cruzados de troncos muertos, rojos retazos de caminos, algún rancho de tablas perdido en la selva o un inmenso coigüe que, a manera de puente, salvaba la madeja espumosa de un arroyo. Todo el panorama, múltiple y cambiante, de tierras a medio explotar, que uniformaba el barniz obscuro del repentino chubasco, porque en las regiones australes, aun en la plenitud del verano, cuando la siesta chirría de chicharras y los toros se adormecen bajo las quilas, el invierno despierta de su letargo y agranda los arroyos, ahuyenta a las abejas y obliga a los carpinteros y cachañas a meterse en los huecos de los árboles.

Pero el alocado ejército de las nieblas es dócil a todo impulso. Una ráfaga más helada las disuelve en agua de improviso y entonces todo desaparece bajo la cortina ruidosa de los chubascos.

LA BRÍGIDA

Azócar se desayunaba en su pequeño comedor, hecho de tablas de lingue apenas cepilladas y lleno del ronroneo de la chimenea de fierro donde ardían rojas brasas de hualle.

Miraba este telón de mallas cristalinas o de algodones alados, según predominasen las nieblas o la lluvia.

—Así no avanza el Toro Frutilla, pensaba jocosamente.

No estaba intranquilo. Acudía a su memoria la expresión de Troncoso.

—Es rechúcaro el Toro y sonreía.

La Brígida, una muchachona cerril, de pechos abultados y brazos sólidos, le había servido un jugoso pedazo de carne recién asada. Comió con apetito. Siguió con los ojos, era en él un hábito, los pasos lentos de la muchacha que le entregaba a cada minuto los mates cebados. Era hosca y triste, a pesar del gracioso óvalo de su cara y de los ojos negros, de cariñosa tibieza. El antiguo colono a quien se le compraron las mejoras de la hijuela, dejó la hija con la ranca y con los descampados, y la Brígida sin protestas, pasó a ser la querida del contratista. Derecho de pernada que pagó el pobre Anacleto Muñoz a los explotadores de la selva.

A las diez de la mañana cesó la lluvia y las nieblas se inmovi-

lizaron en torno del volcán. Una luz áurea, de límpido brillo, arrojó el paisaje húmedo, recién bañado.

Azócar tomó su carabina y salió al bosque, por detrás de la casa. Quería ejercitar su puntería. ¿Sería la misma de sus años de aspirante a oficial? En el tiro de combate, lo había vuelto a leer en su libreta de licenciamiento, ante blancos erguidos o hincados, su puntería fué sobresaliente, pero en la montaña su pulso podía haber variado.

Su otro yo, confirmó desde la conciencia:

—Con la carabina no es lo mismo que con una escopeta.

Saltó cercas, presa de febril actividad, resbaló en los gredosos declives o se metió entre los árboles, sin encontrar un blanco movido que le sirviese. Ni un zorro divisó entre los troncos, ni una torcaza entre los lingues ya maduros, ni siquiera un vagabundo perro de colono. La selva parecía aletargada aún con el peso del agua en los huecos de los troncos y en la tupida trama de los follajes. A veces, una ráfaga vaciaba las hojas y las gotas desprendidas fingían en la soledad un tamborileo de lluvia.

Al atravesar un descampado, un tiuque nuevo chilló en lo alto de un palo seco el pequeño poema de su vida en comienzo. Azócar se detuvo y esperó. El pájaro no lo había visto. Experimentó con aguda voluptuosidad la sensación primitiva del acecho. La carabina apuntó al tiuque, pero con rápido ademán, la apoyó en el suelo. Era hijo de campesinos y tenía por los tiuques una supersticiosa simpatía. El tiuque no es un pájaro dañino; al contrario, limpia los surcos de gusanos y los trigos nuevos de langostas. Ayuda al hombre, en las cercanías de cuyos ranchos empolla sus huevos manchados, en la sobria tosquedad de su nido. Su típico chío chío y el color de arcilla sucia de sus plumas, es una nota de la tierra chilena, de Tacna a Magallanes.

Pero sus músculos se recogieron con un enérgico gesto de voluntad.

—Con lástima no se llega a ninguna parte, recordó una frase de su abuelo.

Y apuntó otra vez el cañón de la carabina hacia el tiuque. Resonó con inusitada violencia el tiro (la atmósfera era de una límpida sonoridad) y se repartió por todos los rincones como si cada remanso de aire reclamase su parte de sonido. Pelota de carne fresca, rebotó el pájaro en el suelo. Lo cogió Azócar saltando troncos y clavándose en las quilas. Gotas de sangre manchaban el suelo. La bala había atravesado al tiuque de parte a parte. Lo poseyó, entonces, una frenética rabia destructora.

Muchas balas se incrustaron en las cortezas, con blando rebote. Muchas rompieron el resorte de unas alas huidoras o descabezaron la corola azulina de los cardos. Y su puntería lo dejó satisfecho. El pulso era el mismo.

Volvió al aserradero. Juan Diablo lo esperaba, sentado en la escalerilla que conducía a la terraza. Saltó al suelo apenas vió a Azócar. Y atragantándose, desembuchó la gran noticia:

—El motor viene p'arriba, por la hijuela de on Chavez.

Azócar perjuró con rabia:

—Y él.....lo dejó pasar.

Juan Diablo, amedrentado, repitió cómicamente las palabras de Azócar:

—Sí, pues, lo dejó pasar el.....

Azócar averiguó ahora:

—¿Trae mucha gente?

—Ocho, conté yo, con los fleteros.

Se dirigió directamente a los galpones. Hizo que Gutiérrez parara el motor. El momento de obrar había llegado.

Los obreros rodearon al contratista. Dirigiéndose a Gutiérrez, ordenó imperiosamente:

—El motor de Henríquez viene en la hijuela de on Chavez. Que vayan Gómez, Quilquitripay, Troncoso y Teófilo al camino. Hay que voltiar los ulmos y coigües que están a la orilla, procurando que se crucen en la huella.

Se dirigió a Juan Diablo que lo había seguido hipnotizado:

—Tú, pídele harina a la Brígida, y vuelves al camino. No le pierdas pisada al Toro.

Cinco minutos después vió Azócar desfilar a los hombres, con sus hachas al hombro. Iban alegres. Oíanse sus risotadas que los chucaos respondían desde las quilas, con acuosos gargarismos.

Azócar oyó la voz aguda de Teófilo García, un balsero que sólo hacía una semana estaba en la faena. Rápidamente se había asimilado las costumbres de los hombres de la selva.

—¿No le tocará al coigüe onde está la colmenia?

—Y si le toca, la cosechamos. Buenaza qu'es pa la calor, replicaba Troncoso, el humorista del aserradero.

Se perdieron entre los gigantescos árboles. Iban como a una fiesta. El manso correr de sus vidas habíase desviado sorpresivamente y esto bastaba para ponerlos de buen humor.

Azócar volvió a su pieza y se tendió en la cama. La soledad, el pesado silencio que ciñó la casucha apenas el motor dejó de jadear y apagó la sierra su siseo característico, lo sintió Azócar como una amenaza, sobre su corazón.

Le era grato oír, en la mediagua, detrás de la pieza, los trajines de la muchacha que preparaba el almuerzo. Escuchábanse los gruñidos de los chanchos, a los cuales arrojaba los desperdicios. Repentinamente un escalofrío sensual estremeció sus nervios. Los duros pechos de su querida, sus carnes tibias y la mansa dulzura de sus ojos oscuros, fijáronse en su memoria. Estuvo a punto de llamarla (su resistencia no era un problema), pero necesitaba toda la energía de su cuerpo y de su espíritu para el instante que iba a venir.

Fué un alivio escuchar en los coigües el *zurruú* de las tórtolas y los gritos estrepitosos de los chucaos. Sintiéronse golpes de hacha en el fondo del bosque. Se incorporó sobresaltado.

—Es demasiado pronto, se dijo. Aún no han llegado ni pueden oírse desde aquí los hachazos.

Abrió la ventana y se asomó al paisaje. Rió a su temor. Muy cerca, un carpintero, abrazado a un tronco con sus patas, martillaba a recios golpes de pico, la dura entraña de un coigüe.

Almorzó poco después con apetito. Era succulenta la cazuela de cordero, cocida al uso del sur, sin arroz, pero impregnada del sabroso dejo del soplillo, hecho con las primeras espigas del año. Destapó un tarro de duraznos al jugo, lo mismo que si tuviera un huésped de honor. Ahora dábese un banquete a sí mismo. Recordó que aún le quedaban algunas botellas de vino Benítez y descorchó una alegremente. Vació un poco de vino en una copa y la miró al trasluz. Rojeaba el líquido como sangre recién vertida. Una idea clavóse en su cerebro y se transmitió con rápidos latidos al corazón. ¿Y si ese hombre me mata?

La pregunta era la reversión de sus propias intenciones. En el fondo estaba dispuesto a todo. Si no caía en el combate, las probabilidades de salir bien eran muchas. Desde luego, no atacaba. Previno astutamente al Comandante de Policía de Coyanco y Ramos dilataría el pleito con sus argucias de tinterillo. Su socio, el señorón santiaguino, ya estaba al tanto y había empezado sus gestiones en Santiago. En cuanto a la legalidad, era cuestión de influjos y de coimas: en la misma situación estaba el que deseaba ocupar el terreno fiscal como el que lo explotaba. Bebióse varios tragos de vino y tapó la botella cuidadosamente. Y esta precaución parecióle de muy buen agüero.

La muchacha entraba en ese instante con el mate. El calor de la cocina había encendido sus mejillas morenas y en la negra mansedumbre de sus ojos, brillaba la vida animal, pasiva e incitadora al mismo tiempo. Como un chispazo, la tentación recorrió de nuevo sus nervios. La cercanía del choque agudizaba su deseo. Volvió a reprimirse, sin embargo, ofreciéndole a la

muchacha un vaso de vino. Su mano áspera, en la que rojeaba un anillo de cobre, lo recibió confusa, manteniéndolo estirado como si temiera llevarlo a sus labios. Y bajó la vista, como si algo de lo que pasaba en la sangre de Azócar hubiera llegado hasta ella. Sin decir nada, mojó sus labios gruesos, oscuros, en el vino.

Azócar mirábala sorprendido. Como hacía dos años. Sin comprenderla.

Alta, de enérgica robustez, con unos pechos redondos y firmes que se pegaban al busto sin caerse, tenía, seguramente, mucha sangre española en sus venas. La nariz recta y la barba aguda lo delataban.

Azócar insistió:

—Bebe, Brígida, bebe otro poco.

Y su voz hacía suave y cariñosa. La muchacha volvió a mojar sus labios en los bordes de la copa, como en las fiestas familiares, sin mirar al que se lo ofrecía, aunque su mayor preocupación fuese precisamente el hombre que estaba junto a ella.

Azócar sentíase defraudado ante esta pasividad. Nunca logró penetrar en su alma esquiva que todo lo ejecutaba mecánicamente, sin entusiasmo, en tal forma la dureza de la vida había destruído en ella todo relieve. Su afecto, el ímpetu de su sangre moza jamás lograron encender una llama en esas carnes fuertes, pero insensibilizadas por rudas labores. Azócar sentía una amargura no confesada ante su frialdad, porque, en el fondo, empezaba a querer a la muchacha. Juan Diablo, la Brígida y el Mulato eran sus amores, Sin grandes diferencias, porque su egoísmo de hombre fuerte no hacía distingos ni concesiones. Queríalos, pero sin tomarlos en cuenta, sin sacrificarse. El caballo, la hembra y el niño eran los juguetes de su soledad, entretenciones, a las cuales concedía un poco, pero a quienes exigía todo. Y en la vida de la selva, primitiva, elemental, cada uno vivía su vida aparte, sin hostilidad aparente, pero fríos, inmovibles, sin sufrimiento y sin amor. Estuvo a punto de contárselo todo a la muchacha, en un arranque romántico. Al saber que su vida peligraba, podría brotar su ternura, pero no; ella debía saberlo ya. Los peones lo habrían comentado en la cocina. Por las raciones repartidas a los hombres y a Juan Diablo y por la detención repentina del motor en pleno trabajo, debió enterarse, pero nada se advertía en ella. Era la misma de todos los días. Ni un gesto revelaba su escondida emoción, si algo había sentido.

Desalentado, Azócar decidió no decir nada.

—Sería como contárselo al buey Golondrina o a la Paloma.

Y si era vencido, lo veía con pasmosa claridad, el Toro Frutilla sería el sucesor y junto a él, se rozaría, en las noches heladas de la selva, su carne morena y resignada de esclava.

LA MUERTE DEL TORO FRUTILLA

A las dos de la tarde salió al campo. La nítida frescura, extrañamente inmovilizada, cubría como una urna de cristal, el paisaje de la selva. Tras el blanquecino ejército de los coigües quemados, diseñábanse las aglomeraciones de árboles, de un verde recién lavado. La transparencia del aire acercaba fantásticamente el cono del Coyanco, con su capa de nieves y su penacho blanquecino. En la hondonada, humeaban los techos de la barracas y los planos de las improvisadas ranchas del aserradero. Junto a los montones de aserrín, ennegrecidos por los chubascos, el letargo pesado de los trozos de raulí y los rojos castillos de tablas, geoméricamente alineados en la explanada como las casas de una aldea de enanos.

Azócar abarcó con su mirada este paisaje habitual, el mismo que recortaba en un marco de listones de lingue, todos los días, la ventana de su dormitorio. Afirmó en el hombro la correa del porta carabinas y avanzó por el camino hacia el deslinde de la hijuela. Los coigües volteados interceptarían ya las huellas de las carretas y el motor de Henríquez avanzaría, dando tumbos, hacia el corazón de la selva.

Oleadas súbitas de aire desentumecían las mojadas verduras y arrancaban puñados de vilanos en los cardales del camino. Salían de su prisión las plumillas, blancas, aéreas, subiendo alocadas a la cima de los árboles o patinando graciosamente sobre el pulido espejo de los aguazales.

Azócar salióse del camino y atravesó al sesgo los potreros, como en los días de caza. Saltaba troncos, encaramábase por las viejas cercas de yegua y volvía a tomar el camino para desviarse de él nuevamente.

Voces coléricas, enredadas en áspera disputa, llegaron hasta él. Escondióse velozmente entre unos renuevos de maqui. Allí esperó.

Los gritos hacíanse cada vez más roncós, más amenazantes y la selva los remedaba en una portentosa vocería. Parecían miles de hombres los que peleasen, detrás de cada árbol, en todos los claros del bosque.

Ante la proximidad del peligro, sus sienes martilleaban hasta impedirle pensar. Apoyó la carabina en un tronco y fué esto

un alivio inesperado; pero la terrible pregunta se precisó, ahora, aislada, con implacable relieve:

—¿Será miedo?

Advertía el temblor de sus manos y el menor choque de las claras hojas de los maquis lo hacía tiritar. Quería ver al Toro Frutilla, sin ser observado por él. Dábale mucha importancia a esta visión. Creíala una ventaja sobre Mera, pero, en el fondo, engañábase a sí mismo y era su instinto de conservación el que buscaba subterfugios para alejar el instante decisivo.

En la mano izquierda la carabina, Azócar penetró al interior de esta bóveda de maquis que brotaban con avasalladora pujanza entre los troncos quemados. Se fué acercando hacia el camino. Oíanse más distintas las voces, sin la amplificación del eco, pero aun no las individualizaba.

Predominó de improviso una voz llena, despótica y brutal.

Azócar la puntualizó.

—Ese es el «Toro Frutilla».

Apartó con precaución las dóciles varillas de los maquis, aproximándose más aun. Vió, primero, el motor, tumbado en violento desnivel a la orilla de la huella en declive, con el aspecto de un barco varado en la playa. Cerca los bueyes, jadeantes, desinflados, las anchas cabezas, aun con el peso del yugo, abatidas sobre el barro moreno. Y súbitamente, precipitáronse los latidos de su corazón. Delante, montado en un alazán de maciza grupa, brillante de sudor, un hombronazo de poncho negro que blandía una pistola de viejo modelo en la mano derecha.

Y sorprendióse de su propia voz, que respondía a su reacción:

—Con esa pistola no da en el blanco.

Sus nervios se aflojaron en alivio sedante. Avanzó algunos pasos. Vió a los boyeros, vestidos de harapos, como todos los hombres del sur, con sus garrochas apoyadas en el suelo, tal una escuadra de mapuches. Más atrás, un hombre decentemente vestido, que sujetaba un caballo de las riendas: el palanquero, seguramente.

El «Toro Frutilla» había acercado su alazán hasta la infranqueable barrera que formaron los coigües al caer, con sus troncos y sus ramajes quebrados. Ahí estaban sus hombres, con las hachas en la mano, encaramados en los troncos. Gutiérrez sonreía a la furia y a las amenazas de Mera, con un aplomo despectivo

Oyó muy bien las palabras amenazantes de Mera:

—Va a pagar caro este abuso de voltiar palos en el camino público, tu patrón, el jutre propasao ese. Y a vos también te va a llegar.

—El camino no es ná público. Es de l'hijuela, mirevé.

Era Troncoso el que hablaba.

Mera replicó con violencia::

—¿Y qué sabís, vos, roto alzaos? ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

Y Troncoso, entre agresivo y burlón:

—¿Por qué no te ponís bozal pa hablar a los cristianos, cara e gangocho?

Estallaron risas entre los hombres. La furia de Mera llegó al paroxismo. Se encaró con Gutiérrez:

—¿Y onde está el jutre, que no se le ve por ni'una parte? ¿Estará enmontañado e puro susto?

Azócar oyó la respuesta de su palanquero:

—Aquí cerquita, en las casas, lu'está esperando a su señoría.

Retrocedió algunos metros para salir al camino por detrás de los troncos recién derribados. Algunas ramas le podían servir de parapeto y asegurar el tiro.

Su repentina aparición desconcertó a los asaltantes. Prodújose un silencio lleno de ansiedad, que Azócar aprovechó para preguntar al grupo de hombres, sin tomar en cuenta al jefe para nada.

—¿Qué háy? ¿Qué se les ofrece? ¿Qué vienen a hacer aquí con ese motor?

Como proyectiles, rápidas, provocativas, asestó estas palabras al grupo. No quería mirar al Toro Frutilla. Su táctica consistió en prescindir de él para enardecerlo más aún. Conocía su hueca vanidad de matón, y, en efecto, lo vió enrojecer de rabia. Los pequeños ojos aviesos casi no se veían en la cara inflada y vinolenta.

Con una impresionante cólera de huaso (gritos roncós, revuelo de poncho) clavó espuelas al caballo, lo sofrenó frente a los árboles y vomitó los insultos con voz atronadora:

—Vengo a tomar lo qu'es es mío y lo que vos y tu patrón, li'han robao a on José Henríquez.

Azócar, descendiente de campesinos, sabía con qué palabras era preciso responder:

—Límpiase el hocico, cuatrero, pa hablar de mi patrón. Sabís que el terreno está ocupado y no permito a nadie que entre aquí.

—Muy enterao estái, jutre ladrón, pero vay a ver.

Con un rápido movimiento se echó el halda del poncho al

hombro derecho y apuntó su vieja pistola a Azócar. Este afirmó la carabina en una horqueta. Sentíase un hombre distinto, sin asomo de miedo. Una audacia reflexiva hizo pasmosamente certeros sus gestos y movimientos. Su voz desafió al Toro Frutilla enérgicamente:

—Desmóntate, si eres hombre.

No aceptó el reto. Deshecha su pintoresca arremetida de huaso no se habría desmontado por nada. Las miradas de todos los obreros se concentraron en los dos hombres que se observaban en actitud de desafío, las armas listas.

Resonaron dos estampidos casi simultáneos, con estruendosa repercusión en la bóveda de la selva. Los hombres se echaron al suelo o corrieron a guarecerse detrás de los árboles.

Oyóse una voz, a los pocos segundos, casi defraudada:

—Salí Baucha. No se tocaron ná.

Fué entonces cuando Juan Diablo gritó con su agudo acento infantil, que tenía de asombro y de júbilo:

—El Toro Frutilla.

Mera desplomaba su busto macizo sobre el cuello del alazán. Su mano crispada apretaba aún la pistola. Todos se precipitaron hacia él.

LA HUÍDA

Azócar no se movió de la barrera de troncos. Con gesto maquinal recogió la cápsula de la bala, cuyo brillo atrajo su mirada. Y no vió, por más esfuerzos que hizo, sino la crinuda cabeza del alazán y en torno las espaldas de los hombres, inclinadas sobre el caído.

Experimentaba ahora una sensación extraña. No sentía el latir de su sangre ni ideas cruzaban por su cerebro; pero la reacción llegó, por fin, Había que alejarse de allí cuanto antes. Metióse bajo los maquis y a grandes saltos por entre cercas, troncos y esteros, volvió a Huiscapi. Subió a su dormitorio. Puso en su maletín escrituras, libros de cuentas y el dinero traído de Coyanco y bajó a las pesebreras. Allí estaría el mulato que Juan Diablo le ensillaba todas las mañanas, pero una duda lo asaltó. ¿Y si el niño había olvidado de rodear la caballada?

Corrió por encima de los troncos de raulí para ahorrar camino. De un salto subió la escalerilla que conducía al galpón donde estaban las pesebreras. Respiró con desahogo. La cabeza nerviosa del mulato con sus ojos brillantes e inquietos, se asomaba a la ventanilla y parecía reconocerlo. Lo ensilló

como en sus tiempos de aspirante y tomó, en lugar del camino formado por las carretas trozadoras, un sendero que cortaba al través la montaña de raulíes. No quería caer en manos de la policía o de los carabineros. El recuerdo de su primera aventura en Lampa, donde murió un amigo de su infancia había dejado en él amarga huella.

En la cumbre de la colina se volvió a mirar la hondonada. Un escarpa de la montaña le ocultaba los galpones de su instalación; pero la chimenea del motor sobresalía del prolongado perfil, trazando, en el aire claro, una gruesa raya de carbón. Miraba con tibio afecto esos galpones que él mismo construyó. Tenía muy arraigado el amor del chileno campesino por la tierra, los árboles y las viejas casas. Veíase el techo de su dormitorio y la mediagua que servía de cocina. La Brígida, una mujercita enana a la distancia, bajaba en ese instante al estero con un balde, como todos los días.

Y Azócar sintió desmoronarse toda la fuerza que lo había embrujado, como los terraplenes después de los chubascos. Su corazón predominaba otra vez. El recuerdo de la muchacha lo ataba al rincón de selva con una voluptuosidad egoísta y animal. Tuvo el impulso de bajar de nuevo a la hondonada y en un arranque de su autoridad masculina, hacerla subir al anca de su caballo y llevarla a la cordillera, como algo exclusivamente suyo, como su caballo, como su poncho, como los billetes que guardó en su maletín y eran el producto de su esfuerzo; pero conocía los calabozos de los retenes y la lentitud de la justicia chilena. Esto lo decidió. ¿Qué más daba si nunca consiguió de ella una palabra de afecto?

Atravesó la meseta de la cumbre, densa de árboles y quilantos. El mulato tuvo un súbito amusgamiento de las orejas al doblar un recodo del camino. Una convulsión recorrió su cuerpo. Azócar se detuvo, apretando la cacha de su pistola bajo la ropa. Ruido de hojas trizadas por un paso rápido, oíase a la derecha.

Como un mono de resorte, la selva pareció expeler a Juan Diablo hacia el camino. Sucio de polvo, adherido en disparejos patacones negruzcos a su cara morena.

Se detuvo al borde del sendero y quedó inmóvil mirando a Azócar. Como siempre. La acción del niño conmovió profundamente a Azócar. Sus pies negros y deformes, habían corrido la selva entera, por barrancos y colinas, con una celeridad de pájaro para salir a su encuentro.

Esta vez fué el niño el que expulsó, con precipitado jadeo las palabras:

—Toro Frutilla muerto. Echa baba como un toro enojado. El botón del chileco lo metió, pa entro, la bala. Pa Coyanco fué el palanquero... el otro.

Azócar pensó darle dinero, pero encontró mezquina la recompensa. Tuvo otra idea:

—Acércate, Juan Diablo.

El niño se aproximó hasta el estribo. Azócar acarició la tiesa mata de pelo, áspera como la cabeza de un cardo seco. El niño bajaba los ojos con una vergüenza casi femenina:

—Gracias, Juan Diablo. Te has portado como un hombre. Me voy al puesto de Bahamondes para el lado de Caburga. Díle a Gutiérrez que no pare el trabajo... y tú, ensilla mañana el overo y llevas azúcar y yerba. Que no te vea nadie. ¡Adiós!

Clavó espuelas al mulato. Una vuelta del sendero le ocultó al niño, parado junto a un tronco. Cruzó rápidamente la meseta y bajó al cajón de un río, cuya corriente alborotada, la cubrían bóvedas de renuevos.

Un sol anaranjado enrojecía el océano verde claro de los follajes. A veces, coigües y pellines se agitaban con un lejano murmullo de resaca. De una quebrada, llegaba olor de laureles y trémolo de corrientes y el ruido se perfumaba.

Sólo sentía un agradable sopor, como si nada hubiera sucedido. La milenaria indiferencia de los árboles, tan altos como los cerros, asedaba sus nervios.

Se halló a los pocos segundos en plena cordillera. De los neveros, ensangrentados por la tarde, bajaban frías oleadas de viento. Al borde de un muro de escorias, el candelabro de un pehuén hacía reverencias al abismo que se abría junto a sus raíces.

Ahora era preciso galopar si quería dormir bajo techado esa noche.

Una frase cuajó su decisión una vez más:

—Don Pedro barajará el golpe como pueda. Yo me llevo el dinero.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

DEFINICIONES

Los contaminados, los mentecatos,
la irresponsabilidad criolla y el valor...

¿QUIEN o quienes? Nadie...absolutamente nadie.
En realidad de verdad, el espíritu reptante, que determinó el período extenso de la dictadura en nuestro país de «tanta arrogancia cívica» (sic) conviene hoy en adulterar las responsabilidades, hasta el extremo de convertir a los contaminados de la hora pasada en héroes o *visionarios mutilados* de este futuro precipitado, oleoso y con algo de sentimentalidad indígena.

Por algo prima en la médula racial, el estatismo, la indiferencia, la comodidad negligente y la amnesia, como que todos nuestros problemas se radican en la función digestiva y la nobleza de las preocupaciones sólo tiene el vicio congénito a esa repugnante materialización. Por algo se dice: «revoluciones intestinas»...

No hay una idealidad en nuestra pequeña preocupación doméstica. ¿Qué contaminación puede sentir el individuo emporcado hasta las pestañas en la bazofia, si jamás sintió el claro anhelo de una responsabilidad determinativa?

El medio criollo, mentecatez y audacia inverosímiles, basta para nivelar los valores y desbarajustar los principios, porque cuando la beodez de una raza coopera al delirio insensato, los valores caducan y los principios se anquilosan.

Ahora, que se ha consumado la decadencia de un régimen, por descomposición orgánica, el academismo de algunos mentores improvisados, proclama la nueva estrategia.

Se habla de los contaminados, de los usufructuadores, de las servidumbres vilísimas y se calcula con matemática de abasteros, el margen de utilidades que cada cual descontó a las privanzas cesáreas.

Se habla de los mentecatos, de aquellos funcionarios descasados y prevaricadores, que trocaron la toga por la zarandaja de carnestolendas. Se habla de los pervertidos, de los lucrantes de encrucijadas, de los traidores rentados, de las víboras silbantes y soplonas. Pero, de aquella responsabilidad, que pudiera ser el hueso de la almendra, el meollo social, no se habla jamás.

Porque la responsabilidad es un exotismo, antípoda de nuestro camaleonismo.

Esta es la lección más agria, que heredamos del desenfadado militarismo de siete años, que vino a consumir una lesión mortal en las raíces mismas de nuestro acervo ciudadano.

El vértigo atractivo y atrayente de esa facilidad de vivir apegados a la ubre fiscal, violentó toda posibilidad de digno raciocinio y contaminó al 99% del país, con un alimento que era un estimulante de servidumbre (la coima), y no de virilidad (el beneficio del trabajo noble).

Las vías empedradas de deudas, rutas de miseria, los edificios estucados de déficits, los armamentos derrochados para establecer la paz social por la fuerza; y no por inducciones de confianza y probidad; los barcos de guerra tan poderosos como inútiles para la marina mercante; la infinita lombriz de la burocracia bañada en piscinas pompeyanas, toda la vida administrativa y financiera del país, fué una contaminación permanente, una claudicación horrorosa, tan inútil como extemporánea, tan indigna como inhábil.

Se vendió nuestra primogenitura, el salitre y la luz, por un plato de doradas lentejas...

Pero, el 99% ciudadano se enlodó en el derrumbe del alud avasallador y los que hicieron un gesto de repugnancia, faltan para contados con los dedos de la mano...

Es el indio latente, inamovible, básico.

Bastaría recorrer la frontera del país y sin mucha percepción psicológica, buscar entre los mapuches la razón total de nuestra idiosincrasia.

Despojados, perseguidos, bestializados con el trueque de alcohol, cada indio miserable, hijo de ulmenes poderosos, es un reflejo fidelísimo del criollo ciudadano ribeteado con civilización. Allá los tenéis para espejo de virtudes y taras... La rebeldía animal se ha dormido entre sus quiscas, sus mantas pringosas y el cono pardusco de sus ranchones de quila y totora. El chamal que estruja las caderas madres, es una bandera derrotada, pisoteada en los malones de la fementida civilización conquistadora. Y allá se queda el indio, con una pasividad de árbol, de monigote de greda cocida, como si el alma fuerte y

engreída de la raza ponderada por Ercilla, se hubiera «correteado» sola en un machitún de sombras... Circunscritos a unos cuantos tableros de labrantío, ahogados por el colono rapaz, ellos van estrujándose junto a los terrones, como si la antigua posesión de los horizontes hubiese terminado con el fracaso de su virilidad.

Ulula el puelche bravo y chicoteador, graniza, llueve y truena, y el indio, aquel cacique de cuatro hembras y mil hectáreas robadas a su fe pasiva, dobla su cabezota ausente en el horcón de los hombros y se deja morir.....

Esta filosofía de la impotencia, se ha inyectado en nuestra sangre como una espiroqueta.

El indio se avecinó en la ciudad.

Su desesperanza, su fatalismo irremediable, fué el cordial tónico para recibir el despiadado machetazo de esa pena.

Hemos repetido la hazaña mental, frente a los despojos y la villanía enseñoreada en nuestros derechos.

El despojo de la ciudadanía tiene su síntesis, pues, en el despojo de la heredad indígena, y, como vivimos de calcomanía y soportamos la importación de la dictadura, también debíamos buscar con espíritu retrógrado la conformidad, en un ejemplo tan cercano como el que nos ofrecían nuestros aborígenes.

Aquel cacique estilizado con escoplo macho por Nicanor Plaza, de líneas enteras y musculosas, es un contrasímbolo mentiroso y demasiado halagüeño para todas nuestras claudicaciones, porque el lozano mozo de la conquista es hoy un ciudadano abyecto, cobarde, depravado, de psiquis y fuerzas precarias.



El criterio simplista dicta una confirmación a la regla.

Nadie, dicen los niveladores profesionales «pudo evadir la contaminación de la dictadura por falta de experiencia política».

Es una razón formidable para el descargo de las conciencias mal conceptuadas y, como es absurdo tirar piedras en un país techado con cristales, todos se guardan la controversia, para la futura dictadura, cuando ya existe una experiencia de procedimientos o una escuela de altivez o de dignidad.



A nadie podría erigírsele una estatua con la inscripción que

se colocaba a las del padre del Emperador Vespasiano: «Al financiero incorruptible»...

Todos robamos, arguyen los niveladores profesionales, porque usamos los caminos, los edificios, las piscinas y toda esa riqueza postiza que se ufanó por dispensar la dictadura...

¿Acaso, no se agitan las fibras del hondo patriotismo, cuando el acorazado *Latorre* se encabrita como un potro de tajante proa?

Y, como por ahí se cuelan muchos beneficiados por el diluvio dictatorial, cuando alguien dice «LADRÓN» con mayúscula de verdad, los Catoncitos se evaden por la tangente de un chisme compadreril o por la sextante de un comentario peliculero...

Pero, ¿quiénes son los contaminados o los mentecatos? Nadie...

Aquí en Chile los vientos encontrados de la cordillera y del mar, versatilizan las conciencias...

El inefable indio de nuestra filosofía perforó la costra de nuestra fementida culturita impúber y mequetrefe...

Para cada acto punible hay una justificación.

El sentido varonil de la responsabilidad no existe.

Cuando se alce una voz que reconozca la implicancia, la colaboración errada en favor de la dictadura, ganaremos en estatura moral, porque se habrá empezado a determinar la responsabilidad.

Pero, una irremediable corbardía, proclama el ausentismo de ese valor, que habría podido aminorar las sanciones que se merece una causa perdida por la falta del alegato viril.

Falta el hombre de Diógenes...

El ciudadano que hubiese demostrado públicamente su equivocación o deplorado su función dentro del régimen funesto, habría sido un ejemplo de responsabilidad.

Desgraciadamente todos han buscado el subterfugio leguleyo, el amparo de la huída, la justificación hipócrita o el descargo infantil.

La perfecta arrancada del gallo bruto...

Las clámides de vestales se han cotizado a precios despreciables. Esta falta de educación, de sentido del honor, de principios morales, es un mal general, que pudre y derrumba la envergadura y la prosapia de otros merecimientos cívicos, de los cuales se hace gala en forma inusitada, pero inaplicables para la acción presente.

Los acusados por la opinión pública se han tornado en calum-

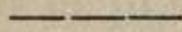
niados y perseguidos. Los términos probatorios de cada bellacada se fueron en la trotona mulita de nuestra indiferencia panzona.

Los castigos corporales han cicatrizado y la bondadosa alma nacional, puso óleo de olvido y suave lápida de mármol de Cambridge a los crímenes y latrocinios.

La acepción lexicográfica de «responsabilidad» tiene la elasticidad maravillosa, acomodaticia, para dar inmunidad y pureza a todos los que califica con el índice del oprobio y de la mengua moral. Si a todos los penados por las leyes chilenas, se les juzgara con el sentido exacto de «nuestra responsabilidad», el Gobierno debía abrir las cárceles y los presidios.

Basta responsabilizar a un individuo para que el quidam se levante ungido con la cristalina limpieza del martirologio.

Por eso el país se ha desmembrado de cuajo y la posteridad tendrá que responsabilizar al núcleo social, ya que precisar a un culpable, sería contravenir arbitrariamente los principios netos de nuestra irresponsabilidad.



Ni contaminados, ni mentecatos, ni responsables.

Con cuánta razón, un médico extranjero, decía refiriéndose a nuestro valor:

—Uds., los chilenos tienen un coraje titánico, prehistórico... Cuando discuten sobre política, se gritan en forma iracunda y no hay oprobio ni término soez que no barajen... Se salivan el rostro de dicterios, pero jamás llegan a violentarse en forma física... En cambio nosotros los tropicales, apenas nos enfrentamos con un enemigo, transigimos sólo a balazos... Yo creo, terminaba el médico analista, que ésta serenidad, este equilibrio social, lo proporciona sólo el valor, el coraje y el pulso viril... Mire Ud., que hay que tener valor, para insultarse villanamente, sin recurrir a la fuerza del castigo material....

Jamás he oído una ironía más punzante, un sarcasmo más definitivo sobre nuestra pobreza de valor.

Y así, como nos ven los extranjeros, debiéramos estudiarnos retrospectivamente, olvidando aquellos heroísmos fementidos, que sólo han contribuído a miserabilizar nuestra entereza viril, porque hemos tomado de ellos sólo la forma especulativa y espectacular y no el sentido filosófico.— GERMÁN LUCO.

LA COLONIZACION FENICIA EN LA PENINSULA IBERICA

(ENSAYO DE FILOLOGÍA APLICADA)

MIENTRAS las primitivas tribus, que en las sombras de la prehistoria se abrieran paso por entre las altas cumbres de los Pirineos y la costa hacia la Península Ibérica, estaban luchando una con otra por los terrenos donde pudieran pacer su rebaño; mientras en esa mezcla de los más heterogéneos elementos, que vinieron empujándose, ola tras ola, se echaba los primeros cimientos de lo que más adelante hubo de ser el alma española con toda su policromía—en aquella remotísima época, milenio y medio antes de Jesucristo, ya visitaban buques ágiles las amables costas meridionales de la Península, para llevar de allí metales valiosos y otros preciosos productos a los mercados de la patria lejana, a Tiro, a Fenicia.

Los fenicios que habitaban el angosto litoral que se extiende entre las faldas del Libanón y el Mediterráneo (análogos a los filisteos que se habían apoderado de la llanura entre el mar y la montaña de Judá), ocupaban en aquel entonces el primer lugar en las actividades náuticas del mundo antiguo; eran los ingleses del Oriente. Como tales, y a medida que se extendían sus relaciones comerciales, movilizaban todo el genio de su raza con el fin de establecer una red sistemática de colonias ultramarinas. Encontramos las huellas de su afán colonizador no sólo en el cercano Chipre, sino también en casi todas las islas del Mar Egeo. No les animaba el propósito de conquistar tierras; bastábales fundar, en lugares apropiados de la costa, sus «factorías», muchas de las cuales fueron el germen de conocidas ciudades. De ahí, intermediarios que eran, hacían pasar al interior sus propios productos (el más importante y más beneficioso de los cuales, sin duda alguna, fué el alfabeto), llevándose, en cambio, materias primas que necesitaba su ya desarrollada industria. Cuando los griegos, discípulos dóciles de maestros imponentes, empezaron a sobrepujar a los fenicios en el Mar Egeo, éstos se dirigieron más hacia el Occidente; por la vía de Malta y Sicilia llegaron hasta el Africa septentrional, y allí encontraron base naval y comercial suficiente, no sólo para colonizar la costa sur de la Península Ibérica, sino también para penetrar al interior de ella, muy en contraste con sus costumbres generales y por motivos que más adelante se explicarán;

y hasta tenían la osadía de pasar más allá del Estrecho de Gibraltar, hacia la inmensidad del Océano Atlántico, donde su temeridad desenfrenada, haciendo frente a todos los peligros del mar, les llevaba por el sur hasta las costas de Guinea, y por el norte, hasta las islas británicas y el Mar Báltico.

Sobre estas navegaciones aventuradas—a las cuales, dicho sea de paso, correspondía por el otro lado un bien asegurado comercio continental hasta el mismo corazón de Asia—no tenemos noticias más fieles y más ilustrativas, y, a la vez, más al alcance de todos, que las descripciones extensas y las alusiones ocasionales, esparcidas en la Biblia, tanto en sus libros narrativos, como en sus partes poéticas. Para darse una idea de la situación imperial de las ciudades fenicias, y especialmente la de Tiro, no tiene uno que hacer más que leer, por ejemplo, el capítulo 23 de Isaías o el 27 de Ezequiel. Es allí que se habla de «Tiro la coronada, cuyos negociantes son príncipes y cuyos mercaderes, los nobles de la tierra».

En los muchos pasajes bíblicos que a Tiro se refieren, se menciona un sinnúmero de veces un nombre que en relación con nuestro epítafe cobra un interés especial: Tharsis.

«Tharsis»—muchas veces también «Tarsis»—es la transcripción griega, usada en la Septuaginta, del bíblico «Tharshish». A esta forma hebrea corresponderá en el dialecto arameo-fenicio la forma «Tartiss», la que, por su parte, sería congruente con la denominación griega «Tartessos». Esta designación geográfica se aplicaba, como lo demuestra cualquier atlas histórico, a la región de la embocadura y el valle del río Baetis, hoy Guadalquivir; de modo que el antiguo Tharsis corresponde más o menos a la Andalucía de hoy. . . Como testimonio curioso de esta teoría, que es la generalmente aceptada, podrá considerarse la existencia de un pueblecito situado en el poniente de Sevilla, el que hoy día aun se llama Tharsis. Respecto al origen de la denominación Tharshish-Tartessos, es la opinión general que ella se debe a los Turtos, familia de tribus ibéricas primitivas, de filiación asiática, y que en la época romana ya estaba dividida en Turdulos y Turdetanos.

La identificación de Tarsis con el sur de la Península Ibérica se hace más evidente aún al estudiar la trascendencia comercial de esa colonia para la metrópoli colonizadora. Ezequiel (27, 12), enumera cuatro metales que de Tarsis se traían a las ferias de Tiro: plata, fierro, estaño y plomo; y justamente son estos metales la principal riqueza de aquella región y el motivo determinante que no sólo en la época fenicia han hecho del sur de España un centro de atracción para la codicia comercial. Res-

pecto a la plata en especial, puede decirse que aparte de ser extraída de las minas de Tarsis, fué además elaborado allí hasta cierto punto; pues, nos habla Jeremías (10, 9) de «plata extendida» que hacían venir de Tarsis para obras de arte. No menor era la importancia de Tarsis en el ramo de la joyería; la «piedra de Tarsis» que figura en las visiones de Ezequiel (10, 9), y Daniel (10, 6), debe haberse destacado por su brillo y color (1).

Si aparte del valor industrial de estos productos tomamos en cuenta aquella inclinación a la suntuosidad, que parece formar parte integrante del carácter oriental, no tiene nada de extraño el hecho de que en el curso del tiempo pasara Tarsis a ser la más importante de todas las colonias fenicias (tal vez la única que merece llamarse colonia en el sentido moderno de la palabra), y como tal diera origen al establecimiento de un servicio marítimo regular que probablemente incluía todos los puertos del Mediterráneo. Cuando se le ocurrió al profeta Jonás huir de la palabra de Dios a Tarsis, no tuvo que hacer más que ir a Joppe (actualmente Jaffa) donde «halló un navío que partía para Tarsis» (1, 3), tal como de aquí uno va a Valparaíso en la seguridad de poder embarcarse allí para Europa. Más detalles sobre este servicio encontramos en el Libro de los Reyes (I, 10, 22), donde se nos dan noticias de una flota que el rey Salomón hacía correr junto con la de Hiram, rey de Tiro: «Una vez en cada tres años venía la flota de Tarsis...» Ciertamente, del cargamento enumerado más adelante, se desprende que esa pasaba mucho más allá del propio Tarsis, quizás hasta las Costas del Oro y del Marfil, pues «traía oro, plata, marfil, simios y pavos». Más todavía: en el curso del tiempo, el término «Tarsis» perdió toda su precisión geográfica y fué el resumen de la lejanía en general, algo parecido a nuestro «Ultramar» (2). Asimismo, las famosas «naves de Tarsis» no eran buques que exclusivamente hiciesen el viaje a esa provincia, sino que eran todo un tipo de construcción naval, veleros rápidos «que vuelan como nubes y como palomas a sus ventanas» (Isaías, 60,8); y así se comprenderá que en el Libro de los Reyes (I, 22, 49)

(1) La identificación mineralógica de esta piedra no está bien aclarada; en otras partes de la Biblia se traduce ese término por «topacio», «jacinto» y «bello»; y en Ezequiel (28,13), donde se da una lista completa de las piedras preciosas que pasaban por las manos de los mercaderes fenicios, se traduce «tarsis» por «crisólito».

(2) Así se comprenderá mejor el versículo de los Salmos, 72,10, donde se habla de «los reyes de Tharsis y de las islas.»

(3) Efectivamente, sólo la Biblia, a pesar de que su mundo geográfico es relativamente limitado, se refiere a media docena de Cades y Quedes; y hasta hoy, los árabes llaman a Jerusalén «Al-Cuds».

se habla expresamente de «naves de Tarsis», destinadas a pasar, no hacía el Occidente por el Estrecho de Gibraltar, sino por el Mar Arabe hacia el Oriente, a Ophir, tal como nosotros no titubearíamos en llamar «Transatlántico» a un vapor que zarpe, por ejemplo, de Génova para ir a Australia, viaje en el cual no verá ni siquiera una sola gota de agua atlántica.

Una vez puesto de relieve, en líneas generales, el papel preponderante que el sur de la Península Ibérica desempeñaba en el comercio antiguo, nos corresponde tratar en particular las más conocidas de las colonias establecidas ahí por los fenicios.

Como la más famosa, figura generalmente Cádiz, aunque no podrá ser la más antigua, pues está ubicada al otro lado del Estrecho de Gibraltar. Para algunos, ese nombre es un derivado de «Cades», denominación semítica que significa «santuario» y que se aplicaba a muchos lugares del antiguo Oriente (3). Pero esta explicación, por muy sencilla y casi seductora que parezca, no resiste una prueba seria. Pues, los romanos llamaban a la salida atlántica del Estrecho de Gibraltar «Pontes Gadirides», de lo cual se deduce que la forma original de «Cádiz», según la oían los romanos, era «Gadir», nombre que más exactamente se pronuncia «Gadeir». Este nombre no sólo es idéntico con el de Agadir, puerto atlántico de Marruecos, sino también se encuentra con mucha frecuencia en los países bíblicos (véase, por ejemplo, Josué 15, 36), y en el Nuevo Testamento (S. Marcos, 5, 1) se habla de todo un pueblo llamado «Gadarenos». El significado original de «gadeir» es «cierro, seto», y en un sentido más amplio, «lugar abrigado, vallado». La aplicación de este término en el caso nuestro se aclara, si echamos una mirada a un plano de Cádiz y sus alrededores. Pues, está situada Cádiz en una larga y angosta lengua de tierra que separa de las aguas abiertas del Atlántico una pequeña bahía, la Bahía de Portales, casi hasta cerrarla por completo. Tras las colinas de esa lengua de tierra, en las aguas tranquilas, que más parecen pertenecer a un lago calmoso que al Océano, es donde los navegantes fenicios encontraban abrigo contra las tempestades de la alta mar; ese era su «vallado», a cuyo amparo podían descansar y prepararse para viajes nuevos.

Acabamos de mencionar el Estrecho de Gibraltar. En este estrecho, que debe su nombre a una época mucho más reciente, la de la conquista árabe, hay, sin embargo, rastros de la navegación fenicia. Por cierto, la estatua colosal del Dios Melcarth (algo semejante al Coloso de Rodas), que dominaba la salida al Atlántico desde el cabo que actualmente se llama «Punta de

Europa», ya ha desaparecido por completo (1); pero en cambio se han conservado los nombres que dieron los fenicios a aquellas dos rocas que en la ideología greco-romana pasaron a llamarse «las columnas de Hércules». Llamábase la roca septentrional «Calpé», y la de la costa africana, «Abila», término de cuya imagen fonética ha quedado una huella en la denominación actual de «Punta-Almina».

Con respecto a la etimología del término «Calpé» (y de voces fenicias en general) hay que anotar que por falta de documentos literarios que nos permitan formarnos una idea completa del vocabulario fenicio, no tenemos otro remedio que atenernos al hebreo y al aramaico, con los cuales el dialecto cananeo-fenicio coincide en más del noventa por ciento de las pocas raíces que se han conservado en inscripciones, monedas, etc. Ahora bien, tenemos en el hebreo bíblico la voz «kelapot», que quiere decir «hacha». El mismo significado lo tiene la forma más reciente «keluph» y el aramaico «kulba». De ahí se deduce una raíz «kalaph» con el significado «ser agudo, afilado». Además, existe tanto en el hebreo como en el árabe la raíz sinónima «jalaph», a la cual se afilia en hebreo el sustantivo «jalaph», «cuchilla», y en árabe «jalph», «filo de hacha». El correlativo fenicio sería directamente «calpa» o «jalpa», de lo cual fácilmente se derivaría «Calpé» (2).

El uso de tal término para caracterizar la roca de Gibraltar queda muy justificado, porque esa roca es un peñasco estrecho de varios kilómetros de largo, de nivel igual por toda su extensión, y que no sólo en su punta sur, la «Punta de Europa», sino también por todo el largo de su falda oriental está precipitándose casi perpendicularmente al mar, por lo cual presenta por ese lado el aspecto de una cuchilla o un hacha enorme.

No nos parece demás dedicar también algunas palabras a la punta Abila, no obstante estar situada en el continente africano. «Abila» nos hace pensar en el famoso monte Ebal de la Biblia, nombre que manifiestamente (Deut. 11, 30) data de la época prehebraea, o sea fenicio-cananea, y cuyo significado es «macizo, gordo» (3).

(1) Una descripción detallada de esa estatua se encuentra, por ejemplo, en Oliveira, Historia de la Civilización Ibérica, Introducción, pág. XLII.

(2) La jota de los idiomas semíticos es una letra muy gutural, la que al pasar a otros idiomas frecuentemente se convierte en la paladial K, como por ejemplo en «alcachofa», derivada del árabe «al-jarshaf».

(3) Es digna de atención la circunstancia de que ese monte Ebal también tiene su hermano gemelo, que es el monte Gerizim, cuyo nombre igual, que el de Calpé, tiene parentesco con una raíz que significa «ser agudo» y de la cual se derivan las siguientes voces: en hebreo «garzén», en el neo-púnico

Pero volvamos a ocuparnos de las ciudades fundadas por los fenicios en la costa sur de la Península. Entre ellas, las más conocidas, aparte de Cádiz, son Málaga, Baelo, Suel, Abdera y Carteia.

Malaga, anteriormente «Málaca», no ofrece ninguna dificultad desde el punto de vista filológico; proviene de «malca» que es reina«. ¿Qué reina? Tomando en consideración las costumbres orientales, no podemos pensar en un homenaje rendido a una reina terrestre (algo análogo a «Queensland» en Australia), sino tenemos que inclinarnos a la opinión de que debe tratarse de la «reina del cielo», «malcat-samim». Esa «reina» figura también en la Biblia como divinidad oficial de los pueblos cananeos, lo cual se evidencia por las palabras de Jeremías (7, 18; 44, 17 sigui.), quien censura severamente a sus compatriotas por las orgías paganas a las que en aquel tiempo se entregaran. La «malca» era la luna y, bajo el nombre de «Astaroth», diosa del amor y la fecundidad; y como tal, bien la correspondía un santuario en medio de la fértil región de Málaga, igual que para Melcarth, protector del comercio y dispensador de las riquezas de esta tierra, no podía encontrarse lugar más apropiado que la puerta del Atlántico.

Quedando así de manifiesto la influencia teocrática en la vida del antiguo Oriente, no nos equivocaremos mucho, si en el nombre de Baelo, ciudad ubicada un poco más allá del Estrecho, buscamos una reminiscencia de Báal, aquel *Báal* que, según indica su nombre, se dejaba venerar como «dueño» y «propietario» de todo este mundo, y cuyo culto, difundido por todo el Oriente en miles de variaciones locales, siempre fué combatido por los profetas como prototipo del culto ajeno. Como divinidad específicamente fenicia aparece en el Libro de los Reyes (I, cap. 18), donde se relata la guerra exasperada que el profeta Elías hizo a su culto, implantado en el reino de Israel por un rey cuya mujer era hija del rey de Sidón. A ese lugar predominante que ocupaba Báal en el panteón oriental, se debe la costumbre de aplicar su gran nombre también a seres humanos y a lugares; así encontramos, por ejemplo, a un hombre llamado «Báal» en las Crónicas (I, 5, 5), y en una inscripción cuneiforme de Assurbanipal, lista de veintidós reyes que le eran tributarios, figura expresamente un «Báal» rey de Zurru» (Zurru, en asirio,

«aguelzim»; voces ambas que significan «hacha»; y en árabe «g'uráz», lo que quiere decir «espada muy afilada». La analogía es demasiado patente, para que pueda considerarse como mera coincidencia.

es Tiro (1). En el terreno geográfico, la Biblia nos ofrece los ejemplos de Báal y Bealot (Josué 15; 9 y 24); en este último creemos encontrar la analogía exacta de nuestro «Baelo».

Suel y Abdera, igualmente despiertan asociaciones de ideas religiosas. Pero para mantenernos fieles al método seguido hasta ahora, empecemos también aquí por establecer el estado lingüístico de las cosas, para pasar en seguida a lo que de ello se desprende respecto del mundo ideológico de los fenicios. «Suel», originalmente, debe haber tenido la forma «Shu-El», forma análoga en su composición a la más conocida de «Beth-El». «El» con mayor exactitud «Eil», quiere decir, «poderoso», y con tal significado servía de nombre a una divinidad común a todas las culturas semíticas (a pesar de que la Biblia más tarde lo monoteizó por completo). «Shu», en forma absoluta «Shua», es una voz aramaica que significa «roca, peña»; «Shu-Eil», por consiguiente, es la «Peña del Poderoso».

La consagración de piedras a divinidades, con fines de culto religioso, la llamada «litolatría», es uno de los rasgos más genuinos de todas las antiguas religiones orientales. Describir en sus detalles ese modo de venerar a las potencias sobrehumanas, analizar su arraigamiento esencial en todas las religiones del antiguo Oriente, y, en fin, descubrir su influencia en la vida espiritual del mundo greco-romano, pasaría los límites trazados a este ensayo; aquí bástenos mencionar los dos más conocidos representantes de esta especie de objetos sagrados: la «Eben-shatiya», piedra fundamental del templo salomónico y encima de la cual se alza hoy día la Mezquita de Omar, y la «Káaba» de los mahometanos en la Meca, ambas piedras negras de tamaño considerable. Como costumbre patentemente cananea se menciona el servicio «del árbol y de la piedra» en Ezequiel (20, 32); y la historia del origen de Beth-El, a través de toda tendencia monoteizadora un capítulo de la más pura litolatría, nos pinta con toda sencillez la ceremonia que se usaba para la santificación respectiva. Pues, al despertarse Jacob de su sueño, en que su cabeza, había reposado en una piedra místicamente animada, por lo cual le habían aparecido visiones divinas, «tomó la piedra... y alzóla por título, y derramó aceite encima de ella (Gén. 28, 18). Algo semejante habrá sido el Shu-El fenicio en la costa sur de la Península Ibérica; no habrán faltado a los navegantes fenicios motivos para celebrar, con todo el ceremonial religioso, el feliz término de un viaje que de su

(1) Con mayor frecuencia se nos presentan nombres *compuestos* con «Báal», el más conocido de los cuales será «Hanní-Báal», nombre que en los países de habla española persiste aún hoy día en la forma reducida de «Aníbal».

puerto natal les llevara hacia las costas rocosas del sur de España.

Además, era costumbre dar a esas piedras sagradas nombres propios, entre los cuales «Ab-addir», «Padre Poderoso», era el que más se usaba. Creemos no faltar mucho a la verdad histórica al afirmar que la colonia Abdera (hoy día Adra, al este de Málaga) debe su nombre a un tal Ab-addir (1).

El antiguo Carteia, empero, que ocupaba una posición bien abrigada en el fondo de la bahía de Gibraltar, se afilia a una raíz mucho más prosaica. Pues, la voz fenicia «cartha», y así con leves variaciones fonéticas en todos los idiomas semíticos, quiere decir «ciudad», se entiende, ciudad fortificada, o sea, el centro urbano de toda una región o de todo un país. Aparece esta voz en la geografía de la antigua Asia Occidental no sólo en muchas formas compuestas, de las cuales anotamos aquí Tigranocerta, en Mesopotamia, y el bíblico Kiriath-arbá (Gén. 23, 2), sino con mayor frecuencia aun en forma absoluta, por ejemplo Cartán y cerca de ella Cartha (Josué, 21; 32, 34), ambas ciudades situadas en el norte de la Palestina prehebreá, es decir, en su parte más cananea (2). Asimismo, los nombres de Cirta, ciudad en el territorio libi-fenicio, y Cartennae, colonia fenicia en la costa mauritánica, arrancan de esa misma raíz. También el plural «karioth» se conoce como denominación geográfica; de Amos (2; 2) conocemos un Karioth ubicado en Moab, mientras que en Josué (15, 25) se cita bajo este mismo nombre una ciudad en el territorio de la tribu de Judá (3). La forma correspondiente en el dialecto fenicio-aramáico sería «Karthaya», lo cual basta para explicar el nombre Carteia.

La labor colonizadora de los fenicios en la costa sur de la Península Ibérica fué la base de la situación preponderante en la que más tarde se colocaron los cartagineses en toda la mitad meridional del territorio ibérico, situación que persistía aún, cuando Tiro, la «Madre Patria», ya había pasado por su apo-

(1) A propósito, estamos con la opinión de que la ciudad Abdera en la costa macedónica debe su nombre a igual circunstancia. Por cierto, sabido es que los fenicios no lograron fundar colonias en las costas continentales del Mar Egeo; pero muchas de sus ideas religiosas pasaron, sin embargo, al continente europeo, entre ellas no sólo la litolatría como tal, sino aun sus mismos términos técnicos, como lo comprueba, por ejemplo, el término «bastuli» (piedras sagradas al culto), que es un derivado directo de «Beth-El».

(2) Para los Tirios, «Cartha», sin otra determinación, era naturalmente Tiro; de ahí se deriva el nombre de su diós Melcarth, que es «Melk-Carth», «Rey de la Ciudad».

(3) Es ésta la ciudad natal de Judá Ish-Karioth, del «hombre de Karioth» o sea «kariothense».

geo. Pero debemos ocuparnos aquí de Cartago, no sólo porque fielmente continuaba la obra de Tiro y aun considerablemente la ampliaba, sino también porque su mismo nombre vuelve a aparecer en el de Cartagena, ciudad fundada por los púnicos cuando el sol de su grandeza ya se iba poniendo, y llamada por los romanos «Carthago nova»

Para la explicación del nombre «Carthago» podemos referirnos a lo expuesto arriba respecto de Carteia. Pues, la forma original de «Carthago» es «Cartha hadastha», lo que quiere decir «Villa nueva»; y estaba ubicada la ciudad en la vecindad de Utica, que significa «la antigua». Esa clase de denominaciones geográficas parece haber sido de uso general en el antiguo Oriente; justamente en el documento fenicio más antiguo que ha llegado hasta nosotros, se menciona una colonia de Sidón en la isla de Chipre, la que también se llamaba Cartha-hadashta, y en Libro de Josué, al cual tendrá que recurrir siempre quien quiera formarse una idea sobre la geografía del antiguo Canáan, se registra un «Hazor-hadatta», lo que equivale al término romano «Castrum nova» (1).

Si de esta manera la Cartago fenicia fué por su nombre la precursora, no sólo de todas las Neápolis con las que más tarde los griegos cubrieron el vasto campo de sus actividades colonizadoras, sino por ello también del sinnúmero de las Ville-neuve, Villanova, Newtown, Neustadt, Nowgord, etc., que hoy día están desparramadas por todo el mundo, queda claramente evidenciado que el término «Carthago nova» representa un pleonasma de la más alta ley, pleonasma que se explica solamente por la mutilación que el nombre «Carthahadashta» sufrió al pasar al latín, y la que obscureció por completo su verdadero sentido.

De las colonias fundadas por los púnicos (o, según dicen algunos, por los mismos fenicios), en el interior de la Península, incluiremos en este ensayo sólo a Córdoba y Sevilla, que son indudablemente las más conocidas de todas. La forma original de «Córdoba» se ha conservado, mejor que en ninguna parte, en el árabe, donde esa ciudad se llama «Cúrtuba»; y puesto que en el aramáico la voz «çurtha» es corriente como variante de «cartha», parece muy aceptable que «Cúrtuba» originalmente se descompusiera en «Curth-tuba». El sustantivo «tuba» se traduce generalmente por «lo bueno» o «el bien»; pero esta versión es muy restringida, pues «tuba» se aplica tan-

(1) Hasta se menciona ahí una ciudad llamada sólo «Hadašhá», «la nueva», forma análoga a Utica, la vieja.

to en el sentido objetivo a la buena calidad, como en el subjetivo a cualquier sensación agradable, tanto a la belleza como a la alegría; es el resumen de los bienes de todo un país (Gén. 45, 18), y, a la vez, de toda la magnificencia divina (Ex. 33, 19); en una palabra «tuba» es fortuna y bendición en cualquier forma imaginable. Y efectivamente, creemos que «Curth-tuba», «Ciudad de bendición celestial», es una denominación perfectamente adecuada a esa ciudad, al mismo tiempo que da franca expresión a la tendencia exaltadora del pensamiento oriental (1).

Para terminar, dirijamos nuestra atención hacia «Sevilla». Este nombre, en los tiempos de los romanos, tenía la forma de «Hispalis», lo que no será otra cosa que el fenicio «shephelta» (hebreo: «ha-shephelá»), la «hondonada, llanura». Este nombre estaría bien en su lugar, en vista de que Sevilla está situada en pleno corazón de la llanura andaluza. Podrá objetarse, por cierto, que en lo que conocemos de la geografía del antiguo Oriente, no se aplicaba el término «Shephelá» a ciudades, sino sólo a regiones enteras, la más conocida de las cuales es la llanura filistea, la «Shephelá»; propiamente tal de la Biblia. Pero en contrapeso a esta circunstancia notamos que «ramá», término que significa «alturas» y es, por consiguiente, el correlativo exacto de «shephela» en lo que concierne a la extensión geográfica, se aplicaba con mucha frecuencia a ciudades; sólo de la Biblia conocemos siete localidades que llevan este nombre (2). Además parece que el nombre «Hispalis», no sólo se atribuía a la ciudad, sino también a todo el valle andaluz; primero, porque el Guadalquivir se llamaba Baetis, lo que probablemente está relacionado con «bessa» que es la traducción griega de «shephelá»; y segundo, porque los conquistadores romanos usaban el término «Hispania», el que evidentemente se deriva de «Hispalis», como denominación regional que cubría todo el sur de la Península. De ahí se expandió más tarde por el territorio ibérico en general, de modo que hasta hoy día no sólo la historia de unas ciudades, sino el mismo nombre de España nos recuerdan la íntima vinculación que tiene el pueblo español con una raza que, genial, perspicaz y emprendedora, logró echar las bases de la civilización en la Península Ibérica.— A A R Ó N J O E L.

(1) No será una mera coincidencia lingüística el hecho de que la ciudad de Medina también lleva el sobrenombre «taba», máxime cuando tomamos en consideración que «medina» es la versión árabe exacta de «cartha». De igual manera, una antigua poesía judaeo-aramaica llama a Jerusalén «Cartha deshufra», lo que también significa precisamente lo mismo que «Curth-tuba».

(2) Una de ellas, la que más tarde se llamó, en plural «Ramataim», es la Arimatea del Nuevo Testamento.

COMENTARIO A MANN

UNO de los aspectos más interesantes de la personalidad de Tomás Mann,—el escritor alemán cuya obra literaria está apasionando al mundo—es, según su comentarista J. E. Spenlé, que no se ha sustraído al conocimiento de todos los problemas que interesan a la humanidad en la época actual. No se ha considerado jamás, por su vocación artística, un ser aparte de dichos problemas. Ni el culto romántico del genio, ni el estetismo, venido después, de la fórmula del «arte por el arte», han ganado su adhesión.

Separar el arte de la vida, como dos dominios distintos; estimarlos aún, como dos mundos enemigos, significa para él un concepto de la literatura que no ha aceptado nunca.

Todas las morales o ideologías para el uso exclusivo del artista, para acomodo de las bohemias anti-burguesas o de las idolatrías de cenáculos, son para Mann un síntoma de decadencia secreta, una negativa de aceptar la vida con sus defectos reales y sus múltiples responsabilidades. En el fondo, una deserción, una forma de derrotismo humano.

No es que el artista deba limitar su horizonte al de la salud común, del criterio vulgar y del mundo burgués. Más que ninguno, el artista está iniciado en todas las formas de la enfermedad y de la decadencia, por una disposición mórbida nativa, de la cual hay que reconocerle por lo general, el doloroso privilegio. Precisamente, a esta morbosidad congénita debe sus más finas clarividencias, todas las facultades excepcionales de creación y de adivinación que no podrían esperarse jamás de la salud normal; no hay en ésta tanto esprit, ni sutileza, ni visión futura. Y es aquí donde aparece la función propia del novelista: conquistar para la humanidad esas tierras desconocidas, esos dominios extraños o sospechosos, en que se revuelven la salud y la dolencia, la vida y la muerte, la razón y la locura. Mas, lo que debe precisarse perfectamente es el carácter «positivo» que debe revestir siempre en el artista esta representación misma de la decadencia, haciendo que se ponga bravamente al servicio de la vida.

En este sentido, el naturalismo vió claro cuando asimiló la actividad del novelista con la del médico, en la tarea común que se impone a los dos de hacer servir, sea por medio de la ciencia o del arte, el estudio de la decadencia, de la enfermedad, de la miseria o de la muerte, al avance mismo de la vida. Hay,

en dicha escuela literaria, por lo menos la forma de un «humanismo» nuevo, profundizado, a cuyo fin colaboran la literatura y la medicina. Es una forma parecida de humanismo la que inspira la actitud de Mann, frente a los problemas del momento actual.

Pasado el huracán de la guerra que conmovió profundamente la mentalidad humana, el problema post-bélico es ahora de paz. La lucha se ha trabado en el presente entre los que saben reconocer esta exigencia nueva de los espíritus y los que persisten en perpetuar una mentalidad de guerra; en mantener o aun en restaurar soluciones que en el pasado fueron las que empujaron a la catástrofe. El derrotismo ha cambiado ahora de objeto; se manifiesta por la negativa a entrar al servicio del futuro, de colaborar a las tareas que esta exigencia nueva de pacificación integral impone a la actividad creadora del espíritu.

A este respecto, ningún síntoma es más alarmante, a juicio de Mann, que aquel cuyas manifestaciones cree descubrir entre la juventud alemana de hoy, y al que no es extraña la juventud de todo el mundo. Lo que hace más peligroso este espíritu de reacción, que envuelve cierto desprecio del Espíritu, este obscurantismo nuevo, es que se presenta bajo un camouflage revolucionario, que gusta de emplear un lenguaje científico y toma gratuitamente sus armas a la ideología más avanzada. Saca sus argumentos y pretende interpretar la vida moral de la humanidad, a la luz de un freudismo tendenciosamente vuelto en el sentido de esta mentalidad reaccionaria; se vale de este concepto del Inconsciente irracional para libertar el alma germánica de todos los respetos y las normas racionales, para soltar toda brida hacia un caos doctrinario. Mann defiende a Freud de la responsabilidad de estas tendenciosas desviaciones impuestas a su doctrina; porque éste, ante todo, es un médico, y la verdadera tendencia de su enseñanza es efectuar un análisis de los síntomas morbosos y de establecer las reglas de una nueva terapéutica. ¿Cuándo se ha visto a un médico tomar el partido de la enfermedad contra la salud, de la muerte contra el organismo vivo, aun cuando sepa que las primeras sean muchas veces inevitablemente victoriosas?

La importancia que Freud da a las impulsiones irracionales, escribe el novelista alemán, nunca han significado un desafío al espíritu, ni un homenaje rendido a esas fuerzas ocultas, por medio de las cuales la naturaleza se esfuerza en mantener indefinidamente la dominación de un pasado ciego.

Si la inteligencia humana es todavía impotente en presencia de estas fuerzas ciegas, ha dicho el mismo Freud, tarde que temprano tendrá que triunfar sobre ellas.

El psiquiatría vienés ha lanzado sus teorías revolucionarias creyendo siempre en el advenimiento del espíritu. Es lo que Mann quiere hacer entender a la juventud alemana de hoy. Sin embargo, persisten las voces que creen siempre que asistimos hoy a la creación de un mundo completamente nuevo, a una revolución sin precedentes, al menos en las costumbres y en la literatura; y que abolirá todos los respetos, todas las tradiciones, todos los lazos concebibles con el pasado. ¡Ficción de un simplismo ingenuo! Sin duda, la guerra ha suscitado una brusca solución de continuidad entre ayer y hoy; ha soliviantado una juventud que no quiere oír hablar de ningún educador, de ningún maestro; decidida a no escuchar más que las palabras de orden de algunos jefes de grupos, reclutados en sus mismas filas. Mas, ¿es posible figurarse una alianza de los jóvenes que excluyera a la larga a todo el resto de la humanidad? ¿Los hombres que ya no tienen veinte años, han podido vivir ciegos, sordos y aletargados, extraños a la vida de la humanidad, durante el período de la post-guerra?

Contra estos conceptos utópicos, la verdad es que la humanidad será siempre compuesta de jóvenes y viejos, es decir de la coexistencia de generaciones múltiples—niños, jóvenes, hombres maduros, ancianos—y en la forma de cada individuo aislado, debe normalmente atravesar estos estados sucesivos. Que la experiencia de la humanidad sea comparable a la experiencia completa de un solo y mismo individuo, hé ahí, el sentido profundo de toda civilización humana; es la idea dominante de este humanismo, que es un aprendizaje humano, una pedagogía humana, un ideal educativo, del cual Tomás Mann, ha recogido la herencia en la obra de Goethe, y que alumbra la tendencia de su propia obra.

Hay que reconocer que este humanismo es diverso del antiguo, que ha ganado en novedad y profundidad; que está distante del optimismo superficial de otras épocas. Educado, primero en la escuela del naturalismo, después en la de los médicos y psiquiatras modernos, ha logrado el conocimiento de todos los abismos, de todos los peligros, todas las resistencias formidables, y aun de las realidades irracionales, por medio de las cuales el pasado y la misma naturaleza se oponen a la obra civilizadora.

Mann estima que no sirve de nada querer echar un velo sobre ellas. Es preciso, por el contrario, poner en evidencia esas fuer-

zas de negación, de destrucción, de caos; obligar a mostrarse a esos demonios del pasado, cuya influencia persiste en las regiones turbias y oscuras de nuestra sensibilidad y de nuestra voluntad.

La obra de Mann tiende toda a este humanismo nuevo, de carácter positivo, que salvará los materiales de construcción del caos actual; y hará servir las fuerzas ciegas descubiertas para encauzar la humanidad hacia una actividad civilizadora fecunda. Y el arte, puesto al servicio de estas ideas, ya no podrá ser tildado de derrotista ante los problemas actuales.

Esta es, en síntesis, la interpretación que da Spenlé a la posición espiritual del gran novelista alemán, cuya última obra «La montaña mágica» no hace mucho vertida a otros idiomas, entre ellos al español, ha sido considerada como el libro de mayor calidad literaria y humana aparecido en los últimos tiempos.—
CARLOS ACUÑA.

LA OBRA DE GENARO ESTRADA

EL nombre de Genaro Estrada debe figurar en la lista de literatos mexicanos que comienza con Manuel Gutiérrez Nájera y termina con Castro Leal y Jaime Torres Bodet. Sin embargo, a causa de la propia virtud de su personalidad, que no se presta a entusiasmos pueriles ni a audaces clarinadas sensacionales, su nombre, como el de González Martínez, se ha mantenido en un silencio noble. A la inversa de la gran mayoría de escritores americanos, se inicia su obra con su hoy famosa antología *Poetas Nuevos de México*, en que nos presenta en forma admirable la producción lírica de su patria. Después de cinco años de silencio, aparece su libro de fantasías mexicanas *Visionario de la Nueva España*, cuatro años después su *Bibliografía de Amado Nervo*, un año más tarde su novela *Pero Galín* y, por último, en los días que corren, su libro de poemas *Crucero*.

Poetas Nuevos de México es la primera antología americana digna de tal nombre. Hasta entonces, estábamos acostumbrados a los indigestos parnasos con que periódicamente nos regalaba la casa «Maucci» de Barcelona, parnasos en los cuales, en arbitraria compañía, figuraban poetas excelentes al lado de destestables rimadores. Conocedor profundo de la literatura francesa, Estrada reproduce exactamente en su obra el plan de Ad. Van Bever y Paul Leautaud en su libro *Poetes d'Aujourd'hui*.

Se limita así a lo puramente contemporáneo (desde Justo Sierra hasta Jesús Villalpando) y nos da sobre los poetas, interesantes notas biográficas, críticas y bibliográficas. Después de la publicación de *Poetas Nuevos de México* otros escritores mexicanos han preparado diversas antologías, pero ninguna ha llegado a superar a la de Estrada, aunque varias siguen el mismo plan. Es de notar que hasta en otros países de América el libro de Estrada ha tenido admiradores que no han olvidado su plan al preparar antologías de sus propios poetas. En efecto, si nos fijamos en las recopilaciones publicadas últimamente por Armando Donoso en Chile, Julio Noé en Argentina y Lizaso en Cuba, veremos que todos usan métodos semejantes al del crítico mexicano.

Visionario de la Nueva España es un pequeño libro de poemas en prosa, fantasías poéticas, que diría su autor. En él se evoca la vida colonial y se establecen finas relaciones con la vida presente. El nombre de unos cuantos cuadros bastará para darnos una idea de los temas en cuestión: «La ciudad colonial», «El oidor», «El corsario», «El biombo», «Nocturno de San Jerónimo», «El altar churrigueresco», «La nao», «El espadero», «La gaceta», «El paje», «El barbero», etc., El estilo del libro es un tanto azorinesco, en tono menor y creemos que el ideal del poeta sería «escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una vi-reina». El autor, espíritu inquieto, que hoy se mete por los laberintos de unas rancias teologías, y mañana se pasa horas enteras en la contemplación de una plaza cubierta por la pátina de los siglos, conoce a fondo la Ciudad de México, y se deleita en evocarla en los suaves crepúsculos, tiernos de claveles y de campanas melancólicas.

Pero Galín nos trae otra vez a la memoria el estilo de Azorín; estilo amable, cortado, fragmentario, de frecuentes repeticiones fraseológicas. Es una especie de novela breve, de sencillísima trama. Pero Galín, anticuario y «chacharero», personaje colonial para quien la vida siglo veinte no existe, se enamora de Lota, mujer modernísima, con pecho de «flapper» y algo de heroína cinematográfica. Galín, cuya vida se ha reducido a correr tras de antiguallas y chucherías, por los bazares y tiendas de antigüedades de la ciudad de México, se transforma a tal punto que, en pocos días puede manejar magistralmente un automóvil. Después del casamiento, Galín y Lota hacen un viaje por el suroeste de los Estados Unidos y se detienen algún tiempo en Los Angeles. En contacto con la civilización nueva y debido en parte al espíritu de su mujer, Galín ya en México,

niados y perseguidos. Los términos probatorios de cada bellacada se fueron en la trotona mulita de nuestra indiferencia panzona.

Los castigos corporales han cicatrizado y la bondadosa alma nacional, puso óleo de olvido y suave lápida de mármol de Cambridge a los crímenes y latrocinios.

La acepción lexicográfica de «responsabilidad» tiene la elasticidad maravillosa, acomodaticia, para dar inmunidad y pureza a todos los que califica con el índice del oprobio y de la mengua moral. Si a todos los penados por las leyes chilenas, se les juzgara con el sentido exacto de «nuestra responsabilidad», el Gobierno debía abrir las cárceles y los presidios.

Basta responsabilizar a un individuo para que el quidam se levante ungido con la cristalina limpieza del martirologio.

Por eso el país se ha desmembrado de cuajo y la posteridad tendrá que responsabilizar al núcleo social, ya que precisar a un culpable, sería contravenir arbitrariamente los principios netos de nuestra irresponsabilidad.

Ni contaminados, ni mentecatos, ni responsables.

Con cuánta razón, un médico extranjero, decía refiriéndose a nuestro valor:

—Uds., los chilenos tienen un coraje titánico, prehistórico... Cuando discuten sobre política, se gritan en forma iracunda y no hay oprobio ni término soez que no barajen... Se salivan el rostro de dicterios, pero jamás llegan a violentarse en forma física... En cambio nosotros los tropicales, apenas nos enfrentamos con un enemigo, transigimos sólo a balazos... Yo creo, terminaba el médico analista, que ésta serenidad, este equilibrio social, lo proporciona sólo el valor, el coraje y el pulso viril... Mire Ud., que hay que tener valor, para insultarse villanamente, sin recurrir a la fuerza del castigo material...

Jamás he oído una ironía más punzante, un sarcasmo más definitivo sobre nuestra pobreza de valor.

Y así, como nos ven los extranjeros, debiéramos estudiarnos retrospectivamente, olvidando aquellos heroísmos fermentados, que sólo han contribuído a miserabilizar nuestra entereza viril, porque hemos tomado de ellos sólo la forma especulativa y espectacular y no el sentido filosófico.— GERMÁN LUCO.

LA COLONIZACION FENICIA EN LA PENINSULA IBERICA

(ENSAYO DE FILOLOGÍA APLICADA)

MIENTRAS las primitivas tribus, que en las sombras de la prehistoria se abrieran paso por entre las altas cumbres de los Pirineos y la costa hacia la Península Ibérica, estaban luchando una con otra por los terrenos donde pudieran pacer su rebaño; mientras en esa mezcla de los más heterogéneos elementos, que vinieron empujándose, ola tras ola, se echaba los primeros cimientos de lo que más adelante hubo de ser el alma española con toda su policromía—en aquella remotísima época, milenio y medio antes de Jesucristo, ya visitaban buques ágiles las amables costas meridionales de la Península, para llevar de allí metales valiosos y otros preciosos productos a los mercados de la patria lejana, a Tiro, a Fenicia.

Los fenicios que habitaban el angosto litoral que se extiende entre las faldas del Libanón y el Mediterráneo (análogos a los filisteos que se habían apoderado de la llanura entre el mar y la montaña de Judá), ocupaban en aquel entonces el primer lugar en las actividades náuticas del mundo antiguo; eran los ingleses del Oriente. Como tales, y a medida que se extendían sus relaciones comerciales, movilizaban todo el genio de su raza con el fin de establecer una red sistemática de colonias ultramarinas. Encontramos las huellas de su afán colonizador no sólo en el cercano Chipre, sino también en casi todas las islas del Mar Egeo. No les animaba el propósito de conquistar tierras; bastábales fundar, en lugares apropiados de la costa, sus «factorías», muchas de las cuales fueron el germen de conocidas ciudades. De ahí, intermediarios que eran, hacían pasar al interior sus propios productos (el más importante y más beneficioso de los cuales, sin duda alguna, fué el alfabeto), llevándose, en cambio, materias primas que necesitaba su ya desarrollada industria. Cuando los griegos, discípulos dóciles de maestros imponentes, empezaron a sobrepujar a los fenicios en el Mar Egeo, éstos se dirigieron más hacia el Occidente; por la vía de Malta y Sicilia llegaron hasta el Africa septentrional, y allí encontraron base naval y comercial suficiente, no sólo para colonizar la costa sur de la Península Ibérica, sino también para penetrar al interior de ella, muy en contraste con sus costumbres generales y por motivos que más adelante se explicarán;

y hasta tenían la osadía de pasar más allá del Estrecho de Gibraltar, hacia la inmensidad del Océano Atlántico, donde su temeridad desenfrenada, haciendo frente a todos los peligros del mar, les llevaba por el sur hasta las costas de Guinea, y por el norte, hasta las islas británicas y el Mar Báltico.

Sobre estas navegaciones aventuradas—a las cuales, dicho sea de paso, correspondía por el otro lado un bien asegurado comercio continental hasta el mismo corazón de Asia—no tenemos noticias más fieles y más ilustrativas, y, a la vez, más al alcance de todos, que las descripciones extensas y las alusiones ocasionales, esparcidas en la Biblia, tanto en sus libros narrativos, como en sus partes poéticas. Para darse una idea de la situación imperial de las ciudades fenicias, y especialmente la de Tiro, no tiene uno que hacer más que leer, por ejemplo, el capítulo 23 de Isaías o el 27 de Ezequiel. Es allí que se habla de «Tiro la coronada, cuyos negociantes son príncipes y cuyos mercaderes, los nobles de la tierra».

En los muchos pasajes bíblicos que a Tiro se refieren, se menciona un sinnúmero de veces un nombre que en relación con nuestro epítafe cobra un interés especial: Tharsis.

«Tharsis»—muchas veces también «Tarsis»—es la transcripción griega, usada en la Septuaginta, del bíblico «Tharshish». A esta forma hebrea corresponderá en el dialecto arameo-fenicio la forma «Tartiss», la que, por su parte, sería congruente con la denominación griega «Tartessos». Esta designación geográfica se aplicaba, como lo demuestra cualquier atlas histórico, a la región de la embocadura y el valle del río Baetis, hoy Guadalquivir; de modo que el antiguo Tharsis corresponde más o menos a la Andalucía de hoy. . . Como testimonio curioso de esta teoría, que es la generalmente aceptada, podrá considerarse la existencia de un pueblecito situado en el poniente de Sevilla, el que hoy día aun se llama Tharsis. Respecto al origen de la denominación Tharshish-Tartessos, es la opinión general que ella se debe a los Turtos, familia de tribus ibéricas primitivas, de filiación asiática, y que en la época romana ya estaba dividida en Turdulos y Turdetanos.

La identificación de Tarsis con el sur de la Península Ibérica se hace más evidente aún al estudiar la trascendencia comercial de esa colonia para la metrópoli colonizadora. Ezequiel (27, 12), enumera cuatro metales que de Tarsis se traían a las ferias de Tiro: plata, fierro, estaño y plomo; y justamente son estos metales la principal riqueza de aquella región y el motivo determinante que no sólo en la época fenicia han hecho del sur de España un centro de atracción para la codicia comercial. Res-

pecto a la plata en especial, puede decirse que aparte de ser extraída de las minas de Tarsis, fué además elaborado allí hasta cierto punto; pues, nos habla Jeremías (10, 9) de «plata extendida» que hacían venir de Tarsis para obras de arte. No menor era la importancia de Tarsis en el ramo de la joyería; la «piedra de Tarsis» que figura en las visiones de Ezequiel (10, 9), y Daniel (10, 6), debe haberse destacado por su brillo y color (1).

Si aparte del valor industrial de estos productos tomamos en cuenta aquella inclinación a la suntuosidad, que parece formar parte integrante del carácter oriental, no tiene nada de extraño el hecho de que en el curso del tiempo pasara Tarsis a ser la más importante de todas las colonias fenicias (tal vez la única que merece llamarse colonia en el sentido moderno de la palabra), y como tal diera origen al establecimiento de un servicio marítimo regular que probablemente incluía todos los puertos del Mediterráneo. Cuando se le ocurrió al profeta Jonás huir de la palabra de Dios a Tarsis, no tuvo que hacer más que ir a Joppe (actualmente Jaffa) donde «halló un navío que partía para Tarsis» (1, 3), tal como de aquí uno va a Valparaíso en la seguridad de poder embarcarse allí para Europa. Más detalles sobre este servicio encontramos en el Libro de los Reyes (I, 10, 22), donde se nos dan noticias de una flota que el rey Salomón hacía correr junto con la de Hiram, rey de Tiro: «Una vez en cada tres años venía la flota de Tarsis...» Ciertamente, del cargamento enumerado más adelante, se desprende que esa pasaba mucho más allá del propio Tarsis, quizás hasta las Costas del Oro y del Marfil, pues «traía oro, plata, marfil, simios y pavos». Más todavía: en el curso del tiempo, el término «Tarsis» perdió toda su precisión geográfica y fué el resumen de la lejanía en general, algo parecido a nuestro «Ultramar» (2). Asimismo, las famosas «naves de Tarsis» no eran buques que exclusivamente hiciesen el viaje a esa provincia, sino que eran todo un tipo de construcción naval, veleros rápidos «que vuelan como nubes y como palomas a sus ventanas» (Isaías, 60,8); y así se comprenderá que en el Libro de los Reyes (I, 22, 49)

(1) La identificación mineralógica de esta piedra no está bien aclarada; en otras partes de la Biblia se traduce ese término por «topacio», «jacinto» y «bello»; y en Ezequiel (28,13), donde se da una lista completa de las piedras preciosas que pasaban por las manos de los mercaderes fenicios, se traduce «tarsis» por «crisólito».

(2) Así se comprenderá mejor el versículo de los Salmos, 72,10, donde se habla de «los reyes de Tharsis y de las islas.»

(3) Efectivamente, sólo la Biblia, a pesar de que su mundo geográfico es relativamente limitado, se refiere a media docena de Cades y Quedes; y hasta hoy, los árabes llaman a Jerusalén «Al-Cuds».

se habla expresamente de «naves de Tarsis», destinadas a pasar, no hacía el Occidente por el Estrecho de Gibraltar, sino por el Mar Arabe hacia el Oriente, a Ophir, tal como nosotros no titubearemos en llamar «Transatlántico» a un vapor que zarpe, por ejemplo, de Génova para ir a Australia, viaje en el cual no verá ni siquiera una sola gota de agua atlántica.

Una vez puesto de relieve, en líneas generales, el papel preponderante que el sur de la Península Ibérica desempeñaba en el comercio antiguo, nos corresponde tratar en particular las más conocidas de las colonias establecidas ahí por los fenicios.

Como la más famosa, figura generalmente Cádiz, aunque no podrá ser la más antigua, pues está ubicada al otro lado del Estrecho de Gibraltar. Para algunos, ese nombre es un derivado de «Cades», denominación semítica que significa «santuario» y que se aplicaba a muchos lugares del antiguo Oriente (3). Pero esta explicación, por muy sencilla y casi seductora que parezca, no resiste una prueba seria. Pues, los romanos llamaban a la salida atlántica del Estrecho de Gibraltar «Pontes Gadirides», de lo cual se deduce que la forma original de «Cádiz», según la oían los romanos, era «Gadir», nombre que más exactamente se pronuncia «Gadeir». Este nombre no sólo es idéntico con el de Agadir, puerto atlántico de Marruecos, sino también se encuentra con mucha frecuencia en los países bíblicos (véase, por ejemplo, Josué 15, 36), y en el Nuevo Testamento (S. Marcos, 5, 1) se habla de todo un pueblo llamado «Gadarenos». El significado original de «gadeir» es «cierro, seto», y en un sentido más amplio, «lugar abrigado, vallado». La aplicación de este término en el caso nuestro se aclara, si echamos una mirada a un plano de Cádiz y sus alrededores. Pues, está situada Cádiz en una larga y angosta lengua de tierra que separa de las aguas abiertas del Atlántico una pequeña bahía, la Bahía de Portales, casi hasta cerrarla por completo. Tras las colinas de esa lengua de tierra, en las aguas tranquilas, que más parecen pertenecer a un lago calmoso que al Océano, es donde los navegantes fenicios encontraban abrigo contra las tempestades de la alta mar; ese era su «vallado», a cuyo amparo podían descansar y prepararse para viajes nuevos.

Acabamos de mencionar el Estrecho de Gibraltar. En este estrecho, que debe su nombre a una época mucho más reciente, la de la conquista árabe, hay, sin embargo, rastros de la navegación fenicia. Por cierto, la estatua colosal del Dios Melcarth (algo semejante al Coloso de Rodas), que dominaba la salida al Atlántico desde el cabo que actualmente se llama «Punta de

Europa», ya ha desaparecido por completo (1); pero en cambio se han conservado los nombres que dieron los fenicios a aquellas dos rocas que en la ideología greco-romana pasaron a llamarse «las columnas de Hércules». Llamábase la roca septentrional «Calpé», y la de la costa africana, «Abila», término de cuya imagen fonética ha quedado una huella en la denominación actual de «Punta-Almina».

Con respecto a la etimología del término «Calpé» (y de voces fenicias en general) hay que anotar que por falta de documentos literarios que nos permitan formarnos una idea completa del vocabulario fenicio, no tenemos otro remedio que atenernos al hebreo y al aramaico, con los cuales el dialecto cananeo-fenicio coincide en más del noventa por ciento de las pocas raíces que se han conservado en inscripciones, monedas, etc. Ahora bien, tenemos en el hebreo bíblico la voz «kelapot», que quiere decir «hacha». El mismo significado lo tiene la forma más reciente «keluph» y el aramaico «kulba». De ahí se deduce una raíz «kalaph» con el significado «ser agudo, afilado». Además, existe tanto en el hebreo como en el árabe la raíz sinónima «jalaph», a la cual se afilia en hebreo el sustantivo «jalaph», «cuchilla», y en árabe «jalph», «filo de hacha». El correlativo fenicio sería directamente «calpa» o «jalpa», de lo cual fácilmente se derivaría «Calpé» (2).

El uso de tal término para caracterizar la roca de Gibraltar queda muy justificado, porque esa roca es un peñasco estrecho de varios kilómetros de largo, de nivel igual por toda su extensión, y que no sólo en su punta sur, la «Punta de Europa», sino también por todo el largo de su falda oriental está precipitándose casi perpendicularmente al mar, por lo cual presenta por ese lado el aspecto de una cuchilla o un hacha enorme.

No nos parece demás dedicar también algunas palabras a la punta Abila, no obstante estar situada en el continente africano. «Abila» nos hace pensar en el famoso monte Ebal de la Biblia, nombre que manifiestamente (Deut. 11, 30) data de la época prehebraea, o sea fenicio-cananea, y cuyo significado es «macizo, gordo» (3).

(1) Una descripción detallada de esa estatua se encuentra, por ejemplo, en Oliveira, Historia de la Civilización Ibérica, Introducción, pág. XLII.

(2) La jota de los idiomas semíticos es una letra muy gutural, la que al pasar a otros idiomas frecuentemente se convierte en la paladial K, como por ejemplo en «alcachofa», derivada del árabe «al-jarshaf».

(3) Es digna de atención la circunstancia de que ese monte Ebal también tiene su hermano gemelo, que es el monte Gerizim, cuyo nombre igual, que el de Calpé, tiene parentesco con una raíz que significa «ser agudo» y de la cual se derivan las siguientes voces: en hebreo «garzén», en el neo-púnico

Pero volvamos a ocuparnos de las ciudades fundadas por los fenicios en la costa sur de la Península. Entre ellas, las más conocidas, aparte de Cádiz, son Málaga, Baelo, Suel, Abdera y Carteia.

Malaga, anteriormente «Málaca», no ofrece ninguna dificultad desde el punto de vista filológico; proviene de «malca» que es reina«. ¿Qué reina? Tomando en consideración las costumbres orientales, no podemos pensar en un homenaje rendido a una reina terrestre (algo análogo a «Queensland» en Australia), sino tenemos que inclinarnos a la opinión de que debe tratarse de la «reina del cielo», «malcat-samim». Esa «reina» figura también en la Biblia como divinidad oficial de los pueblos cananeos, lo cual se evidencia por las palabras de Jeremías (7, 18; 44, 17 sigui.), quien censura severamente a sus compatriotas por las orgías paganas a las que en aquel tiempo se entregaran. La «malca» era la luna y, bajo el nombre de «Astaroth», diosa del amor y la fecundidad; y como tal, bien la correspondía un santuario en medio de la fértil región de Málaga, igual que para Melcarth, protector del comercio y dispensador de las riquezas de esta tierra, no podía encontrarse lugar más apropiado que la puerta del Atlántico.

Quedando así de manifiesto la influencia teocrática en la vida del antiguo Oriente, no nos equivocaremos mucho, si en el nombre de Baelo, ciudad ubicada un poco más allá del Estrecho, buscamos una reminiscencia de Báal, aquel Bāal que, según indica su nombre, se dejaba venerar como «dueño» y «propietario» de todo este mundo, y cuyo culto, difundido por todo el Oriente en miles de variaciones locales, siempre fué combatido por los profetas como prototipo del culto ajeno. Como divinidad específicamente fenicia aparece en el Libro de los Reyes (I, cap. 18), donde se relata la guerra exasperada que el profeta Elías hizo a su culto, implantado en el reino de Israel por un rey cuya mujer era hija del rey de Sidón. A ese lugar predominante que ocupaba Báal en el panteón oriental, se debe la costumbre de aplicar su gran nombre también a seres humanos y a lugares; así encontramos, por ejemplo, a un hombre llamado «Báal» en las Crónicas (I, 5, 5), y en una inscripción cuneiforme de Assurbanipal, lista de veintidós reyes que le eran tributarios, figura expresamente un «Báal» rey de Zurru» (Zurru, en asirio,

«aguelzim»; voces ambas que significan «hacha»; y en árabe «g'uráz», lo que quiere decir «espada muy afilada». La analogía es demasiado patente, para que pueda considerarse como mera coincidencia.

es Tiro (1). En el terreno geográfico, la Biblia nos ofrece los ejemplos de Báal y Bealot (Josué 15; 9 y 24); en este último creemos encontrar la analogía exacta de nuestro «Baelo».

Suel y Abdera, igualmente despiertan asociaciones de ideas religiosas. Pero para mantenernos fieles al método seguido hasta ahora, empecemos también aquí por establecer el estado lingüístico de las cosas, para pasar en seguida a lo que de ello se desprende respecto del mundo ideológico de los fenicios. «Suel», originalmente, debe haber tenido la forma «Shu-El», forma análoga en su composición a la más conocida de «Beth-El». «El» con mayor exactitud «Eil», quiere decir, «poderoso», y con tal significado servía de nombre a una divinidad común a todas las culturas semíticas (a pesar de que la Biblia más tarde lo monoteizó por completo). «Shu», en forma absoluta «Shua», es una voz aramaica que significa «roca, peña»; «Shu-Eil», por consiguiente, es la «Peña del Poderoso».

La consagración de piedras a divinidades, con fines de culto religioso, la llamada «litolatría», es uno de los rasgos más genuinos de todas las antiguas religiones orientales. Describir en sus detalles ese modo de venerar a las potencias sobrehumanas, analizar su arraigamiento esencial en todas las religiones del antiguo Oriente, y, en fin, descubrir su influencia en la vida espiritual del mundo greco-romano, pasaría los límites trazados a este ensayo; aquí bástenos mencionar los dos más conocidos representantes de esta especie de objetos sagrados: la «Eben-shatiya», piedra fundamental del templo salomónico y encima de la cual se alza hoy día la Mezquita de Omar, y la «Káaba» de los mahometanos en la Meca, ambas piedras negras de tamaño considerable. Como costumbre patentemente cananea se menciona el servicio «del árbol y de la piedra» en Ezequiel (20, 32); y la historia del origen de Beth-El, a través de toda tendencia monoteizadora un capítulo de la más pura litolatría, nos pinta con toda sencillez la ceremonia que se usaba para la santificación respectiva. Pues, al despertarse Jacob de su sueño, en que su cabeza, había reposado en una piedra místicamente animada, por lo cual le habían aparecido visiones divinas, «tomó la piedra... y alzóla por título, y derramó aceite encima de ella (Gén. 28, 18). Algo semejante habrá sido el Shu-El fenicio en la costa sur de la Península Ibérica; no habrán faltado a los navegantes fenicios motivos para celebrar, con todo el ceremonial religioso, el feliz término de un viaje que de su

(1) Con mayor frecuencia se nos presentan nombres *compuestos* con «Báal», el más conocido de los cuales será «Hanní-Báal», nombre que en los países de habla española persiste aún hoy día en la forma reducida de «Aníbal».

puerto natal les llevara hacia las costas rocosas del sur de España.

Además, era costumbre dar a esas piedras sagradas nombres propios, entre los cuales «Ab-addir», «Padre Poderoso», era el que más se usaba. Creemos no faltar mucho a la verdad histórica al afirmar que la colonia Abdera (hoy día Adra, al este de Málaga) debe su nombre a un tal Ab-addir (1).

El antiguo Carteia, empero, que ocupaba una posición bien abrigada en el fondo de la bahía de Gibraltar, se afilia a una raíz mucho más prosaica. Pues, la voz fenicia «cartha», y así con leves variaciones fonéticas en todos los idiomas semíticos, quiere decir «ciudad», se entiende, ciudad fortificada, o sea, el centro urbano de toda una región o de todo un país. Aparece esta voz en la geografía de la antigua Asia Occidental no sólo en muchas formas compuestas, de las cuales anotamos aquí Tigranocerta, en Mesopotamia, y el bíblico Kiriath-arbá (Gén. 23, 2), sino con mayor frecuencia aun en forma absoluta, por ejemplo Cartán y cerca de ella Cartha (Josué, 21; 32, 34), ambas ciudades situadas en el norte de la Palestina prehebreá, es decir, en su parte más cananea (2). Asimismo, los nombres de Cirta, ciudad en el territorio libi-fenicio, y Cartennae, colonia fenicia en la costa mauritánica, arrancan de esa misma raíz. También el plural «karioth» se conoce como denominación geográfica; de Amos (2; 2) conocemos un Karioth ubicado en Moab, mientras que en Josué (15, 25) se cita bajo este mismo nombre una ciudad en el territorio de la tribu de Judá (3). La forma correspondiente en el dialecto fenicio-aramáico sería «Karthaya», lo cual basta para explicar el nombre Carteia.

La labor colonizadora de los fenicios en la costa sur de la Península Ibérica fué la base de la situación preponderante en la que más tarde se colocaron los cartagineses en toda la mitad meridional del territorio ibérico, situación que persistía aún, cuando Tiro, la «Madre Patria», ya había pasado por su apo-

(1) A propósito, estamos con la opinión de que la ciudad Abdera en la costa macedónica debe su nombre a igual circunstancia. Por cierto, sabido es que los fenicios no lograron fundar colonias en las costas continentales del Mar Egeo; pero muchas de sus ideas religiosas pasaron, sin embargo, al continente europeo, entre ellas no sólo la litolatría como tal, sino aun sus mismos términos técnicos, como lo comprueba, por ejemplo, el término «bastuli» (piedras sagradas al culto), que es un derivado directo de «Beth-El».

(2) Para los Tirios, «Cartha», sin otra determinación, era naturalmente Tiro; de ahí se deriva el nombre de su diós Melcarth, que es «Melk-Carth», «Rey de la Ciudad».

(3) Es ésta la ciudad natal de Judá Ish-Karioth, del «hombre de Karioth» o sea «kariothense».

geo. Pero debemos ocuparnos aquí de Cartago, no sólo porque fielmente continuaba la obra de Tiro y aun considerablemente la ampliaba, sino también porque su mismo nombre vuelve a aparecer en el de Cartagena, ciudad fundada por los púnicos cuando el sol de su grandeza ya se iba poniendo, y llamada por los romanos «Carthago nova»

Para la explicación del nombre «Carthago» podemos referirnos a lo expuesto arriba respecto de Carteia. Pues, la forma original de «Carthago» es «Cartha hadastha», lo que quiere decir «Villa nueva»; y estaba ubicada la ciudad en la vecindad de Utica, que significa «la antigua». Esa clase de denominaciones geográficas parece haber sido de uso general en el antiguo Oriente; justamente en el documento fenicio más antiguo que ha llegado hasta nosotros, se menciona una colonia de Sidón en la isla de Chipre, la que también se llamaba Cartha-hadashta, y en Libro de Josué, al cual tendrá que recurrir siempre quien quiera formarse una idea sobre la geografía del antiguo Canáan, se registra un «Hazor-hadatta», lo que equivale al término romano «Castra nova» (1).

Si de esta manera la Cartago fenicia fué por su nombre la precursora, no sólo de todas las Neápolis con las que más tarde los griegos cubrieron el vasto campo de sus actividades colonizadoras, sino por ello también del sinnúmero de las Ville-neuve, Villanova, Newtown, Neustadt, Nowgord, etc., que hoy día están desparramadas por todo el mundo, queda claramente evidenciado que el término «Carthago nova» representa un pleonasma de la más alta ley, pleonasma que se explica solamente por la mutilación que el nombre «Carthahadashta» sufrió al pasar al latín, y la que obscureció por completo su verdadero sentido.

De las colonias fundadas por los púnicos (o, según dicen algunos, por los mismos fenicios), en el interior de la Península, incluiremos en este ensayo sólo a Córdoba y Sevilla, que son indudablemente las más conocidas de todas. La forma original de «Córdoba» se ha conservado, mejor que en ninguna parte, en el árabe, donde esa ciudad se llama «Cúrtuba»; y puesto que en el aramáico la voz «curtha» es corriente como variante de «cartha», parece muy aceptable que «Cúrtuba» originalmente se descompusiera en «Curth-tuba». El sustantivo «tuba» se traduce generalmente por «lo bueno» o «el bien»; pero esta versión es muy restringida, pues «tuba» se aplica tan-

(1) Hasta se menciona ahí una ciudad llamada sólo «Hdashá», «la nueva», forma análoga a Utica, la vieja.

to en el sentido objetivo a la buena calidad, como en el subjetivo a cualquier sensación agradable, tanto a la belleza como a la alegría; es el resumen de los bienes de todo un país (Gén. 45, 18), y, a la vez, de toda la magnificencia divina (Ex. 33, 19); en una palabra «tuba» es fortuna y bendición en cualquier forma imaginable. Y efectivamente, creemos que «Curth-tuba», «Ciudad de bendición celestial», es una denominación perfectamente adecuada a esa ciudad, al mismo tiempo que da franca expresión a la tendencia exaltadora del pensamiento oriental (1).

Para terminar, dirijamos nuestra atención hacia «Sevilla». Este nombre, en los tiempos de los romanos, tenía la forma de «Hispalis», lo que no será otra cosa que el fenicio «shephelta» (hebreo: «ha-shephelá»), la «hondonada, llanura». Este nombre estaría bien en su lugar, en vista de que Sevilla está situada en pleno corazón de la llanura andaluza. Podrá objetarse, por cierto, que en lo que conocemos de la geografía del antiguo Oriente, no se aplicaba el término «Shephelá» a ciudades, sino sólo a regiones enteras, la más conocida de las cuales es la llanura filistea, la «Shephelá», propiamente tal de la Biblia. Pero en contrapeso a esta circunstancia notamos que «ramá», término que significa «alturas» y es, por consiguiente, el correlativo exacto de «shephela» en lo que concierne a la extensión geográfica, se aplicaba con mucha frecuencia a ciudades; sólo de la Biblia conocemos siete localidades que llevan este nombre (2). Además parece que el nombre «Hispalis», no sólo se atribuía a la ciudad, sino también a todo el valle andaluz; primero, porque el Guadalquivir se llamaba Baetis, lo que probablemente está relacionado con «bessa» que es la traducción griega de «shephelá»; y segundo, porque los conquistadores romanos usaban el término «Hispania», el que evidentemente se deriva de «Hispalis», como denominación regional que cubría todo el sur de la Península. De ahí se expandió más tarde por el territorio ibérico en general, de modo que hasta hoy día no sólo la historia de unas ciudades, sino el mismo nombre de España nos recuerdan la íntima vinculación que tiene el pueblo español con una raza que, genial, perspicaz y emprendedora, logró echar las bases de la civilización en la Península Ibérica.— AARÓN JOEL.

(1) No será una mera coincidencia lingüística el hecho de que la ciudad de Medina también lleva el sobrenombre «taba», máxime cuando tomamos en consideración que «medina» es la versión árabe exacta de «cartha». De igual manera, una antigua poesía judaeo-aramaica llama a Jerusalén «Cartha de-shufraya», lo que también significa precisamente lo mismo que «Curth-tuba».

(2) Una de ellas, la que más tarde se llamó, en plural «Ramataim», es la Arimatea del Nuevo Testamento.

COMENTARIO A MANN

UNO de los aspectos más interesantes de la personalidad de Tomás Mann,—el escritor alemán cuya obra literaria está apasionando al mundo—es, según su comentarista J. E. Spenlé, que no se ha sustraído al conocimiento de todos los problemas que interesan a la humanidad en la época actual. No se ha considerado jamás, por su vocación artística, un ser aparte de dichos problemas. Ni el culto romántico del genio, ni el estetismo, venido después, de la fórmula del «arte por el arte», han ganado su adhesión.

Separar el arte de la vida, como dos dominios distintos; estimarlos aún, como dos mundos enemigos, significa para él un concepto de la literatura que no ha aceptado nunca.

Todas las morales o ideologías para el uso exclusivo del artista, para acomodo de las bohemias anti-burguesas o de las idolatrías de cenáculos, son para Mann un síntoma de decadencia secreta, una negativa de aceptar la vida con sus defectos reales y sus múltiples responsabilidades. En el fondo, una deserción, una forma de derrotismo humano.

No es que el artista deba limitar su horizonte al de la salud común, del criterio vulgar y del mundo burgués. Más que ninguno, el artista está iniciado en todas las formas de la enfermedad y de la decadencia, por una disposición mórbida nativa, de la cual hay que reconocerle por lo general, el doloroso privilegio. Precisamente, a esta morbosidad congénita debe sus más finas clarividencias, todas las facultades excepcionales de creación y de adivinación que no podrían esperarse jamás de la salud normal; no hay en ésta tanto esprit, ni sutileza, ni visión futura. Y es aquí donde aparece la función propia del novelista: conquistar para la humanidad esas tierras desconocidas, esos dominios extraños o sospechosos, en que se revuelven la salud y la dolencia, la vida y la muerte, la razón y la locura. Mas, lo que debe precisarse perfectamente es el carácter «positivo» que debe revestir siempre en el artista esta representación misma de la decadencia, haciendo que se ponga bravamente al servicio de la vida.

En este sentido, el naturalismo vió claro cuando asimiló la actividad del novelista con la del médico, en la tarea común que se impone a los dos de hacer servir, sea por medio de la ciencia o del arte, el estudio de la decadencia, de la enfermedad, de la miseria o de la muerte, al avance mismo de la vida. Hay,

en dicha escuela literaria, por lo menos la forma de un «humanismo» nuevo, profundizado, a cuyo fin colaboran la literatura y la medicina. Es una forma parecida de humanismo la que inspira la actitud de Mann, frente a los problemas del momento actual.

Pasado el huracán de la guerra que conmovió profundamente la mentalidad humana, el problema post-bélico es ahora de paz. La lucha se ha trabado en el presente entre los que saben reconocer esta exigencia nueva de los espíritus y los que persisten en perpetuar una mentalidad de guerra; en mantener o aun en restaurar soluciones que en el pasado fueron las que empujaron a la catástrofe. El derrotismo ha cambiado ahora de objeto; se manifiesta por la negativa a entrar al servicio del futuro, de colaborar a las tareas que esta exigencia nueva de pacificación integral impone a la actividad creadora del espíritu.

A este respecto, ningún síntoma es más alarmante, a juicio de Mann, que aquel cuyas manifestaciones cree descubrir entre la juventud alemana de hoy, y al que no es extraña la juventud de todo el mundo. Lo que hace más peligroso este espíritu de reacción, que envuelve cierto desprecio del Espíritu, este obscurantismo nuevo, es que se presenta bajo un camouflage revolucionario, que gusta de emplear un lenguaje científico y toma gratuitamente sus armas a la ideología más avanzada. Saca sus argumentos y pretende interpretar la vida moral de la humanidad, a la luz de un freudismo tendenciosamente vuelto en el sentido de esta mentalidad reaccionaria; se vale de este concepto del Inconsciente irracional para libertar el alma germánica de todos los respetos y las normas racionales, para soltar toda brida hacia un caos doctrinario. Mann defiende a Freud de la responsabilidad de estas tendenciosas desviaciones impuestas a su doctrina; porque éste, ante todo, es un médico, y la verdadera tendencia de su enseñanza es efectuar un análisis de los síntomas morbosos y de establecer las reglas de una nueva terapéutica. ¿Cuándo se ha visto a un médico tomar el partido de la enfermedad contra la salud, de la muerte contra el organismo vivo, aun cuando sepa que las primeras sean muchas veces inevitablemente victoriosas?

La importancia que Freud da a las impulsiones irracionales, escribe el novelista alemán, nunca han significado un desafío al espíritu, ni un homenaje rendido a esas fuerzas ocultas, por medio de las cuales la naturaleza se esfuerza en mantener indefinidamente la dominación de un pasado ciego.

Si la inteligencia humana es todavía impotente en presencia de estas fuerzas ciegas, ha dicho el mismo Freud, tarde que temprano tendrá que triunfar sobre ellas.

El psiquiatría vienés ha lanzado sus teorías revolucionarias creyendo siempre en el advenimiento del espíritu. Es lo que Mann quiere hacer entender a la juventud alemana de hoy. Sin embargo, persisten las voces que creen siempre que asistimos hoy a la creación de un mundo completamente nuevo, a una revolución sin precedentes, al menos en las costumbres y en la literatura; y que abolirá todos los respetos, todas las tradiciones, todos los lazos concebibles con el pasado. ¡Ficción de un simplismo ingenuo! Sin duda, la guerra ha suscitado una brusca solución de continuidad entre ayer y hoy; ha soliviantado una juventud que no quiere oír hablar de ningún educador, de ningún maestro; decidida a no escuchar más que las palabras de orden de algunos jefes de grupos, reclutados en sus mismas filas. Mas, ¿es posible figurarse una alianza de los jóvenes que excluyera a la larga a todo el resto de la humanidad? ¿Los hombres que ya no tienen veinte años, han podido vivir ciegos, sordos y aletargados, extraños a la vida de la humanidad, durante el período de la post-guerra?

Contra estos conceptos utópicos, la verdad es que la humanidad será siempre compuesta de jóvenes y viejos, es decir de la coexistencia de generaciones múltiples—niños, jóvenes, hombres maduros, ancianos—y en la forma de cada individuo aislado, debe normalmente atravesar estos estados sucesivos. Que la experiencia de la humanidad sea comparable a la experiencia completa de un solo y mismo individuo, hé ahí, el sentido profundo de toda civilización humana; es la idea dominante de este humanismo, que es un aprendizaje humano, una pedagogía humana, un ideal educativo, del cual Tomás Mann, ha recogido la herencia en la obra de Goethe, y que alumbra la tendencia de su propia obra.

Hay que reconocer que este humanismo es diverso del antiguo, que ha ganado en novedad y profundidad; que está distante del optimismo superficial de otras épocas. Educado, primero en la escuela del naturalismo, después en la de los médicos y psiquiatras modernos, ha logrado el conocimiento de todos los abismos, de todos los peligros, todas las resistencias formidables, y aun de las realidades irracionales, por medio de las cuales el pasado y la misma naturaleza se oponen a la obra civilizadora.

Mann estima que no sirve de nada querer echar un velo sobre ellas. Es preciso, por el contrario, poner en evidencia esas fuer-

zas de negación, de destrucción, de caos; obligar a mostrarse a esos demonios del pasado, cuya influencia persiste en las regiones turbias y oscuras de nuestra sensibilidad y de nuestra voluntad.

La obra de Mann tiende toda a este humanismo nuevo, de carácter positivo, que salvará los materiales de construcción del caos actual; y hará servir las fuerzas ciegas descubiertas para encauzar la humanidad hacia una actividad civilizadora fecunda. Y el arte, puesto al servicio de estas ideas, ya no podrá ser tildado de derrotista ante los problemas actuales.

Esta es, en síntesis, la interpretación que da Spenlé a la posición espiritual del gran novelista alemán, cuya última obra «La montaña mágica» no hace mucho vertida a otros idiomas, entre ellos al español, ha sido considerada como el libro de mayor calidad literaria y humana aparecido en los últimos tiempos.—
CARLOS ACUÑA.

LA OBRA DE GENARO ESTRADA

EL nombre de Genaro Estrada debe figurar en la lista de literatos mexicanos que comienza con Manuel Gutiérrez Nájera y termina con Castro Leal y Jaime Torres Bodet. Sin embargo, a causa de la propia virtud de su personalidad, que no se presta a entusiasmos pueriles ni a audaces clarinadas sensacionales, su nombre, como el de González Martínez, se ha mantenido en un silencio noble. A la inversa de la gran mayoría de escritores americanos, se inicia su obra con su hoy famosa antología *Poetas Nuevos de México*, en que nos presenta en forma admirable la producción lírica de su patria. Después de cinco años de silencio, aparece su libro de fantasías mexicanas *Visionario de la Nueva España*, cuatro años después su *Bibliografía de Amado Nervo*, un año más tarde su novela *Pero Galán* y, por último, en los días que corren, su libro de poemas *Crucero*.

Poetas Nuevos de México es la primera antología americana digna de tal nombre. Hasta entonces, estábamos acostumbrados a los indigestos parnasos con que periódicamente nos regalaba la casa «Maucci» de Barcelona, parnasos en los cuales, en arbitraria compañía, figuraban poetas excelentes al lado de destestables rimadores. Conocedor profundo de la literatura francesa, Estrada reproduce exactamente en su obra el plan de Ad. Van Bever y Paul Leautaud en su libro *Poetes d'Aujourd'hui*.

Se limita así a lo puramente contemporáneo (desde Justo Sierra hasta Jesús Villalpando) y nos da sobre los poetas, interesantes notas biográficas, críticas y bibliográficas. Después de la publicación de *Poetas Nuevos de México* otros escritores mexicanos han preparado diversas antologías, pero ninguna ha llegado a superar a la de Estrada, aunque varias siguen el mismo plan. Es de notar que hasta en otros países de América el libro de Estrada ha tenido admiradores que no han olvidado su plan al preparar antologías de sus propios poetas. En efecto, si nos fijamos en las recopilaciones publicadas últimamente por Armando Donoso en Chile, Julio Noé en Argentina y Lizaso en Cuba, veremos que todos usan métodos semejantes al del crítico mexicano.

Visionario de la Nueva España es un pequeño libro de poemas en prosa, fantasías poéticas, que diría su autor. En él se evoca la vida colonial y se establecen finas relaciones con la vida presente. El nombre de unos cuantos cuadros bastará para darnos una idea de los temas en cuestión: «La ciudad colonial», «El oidor», «El corsario», «El biombo», «Nocturno de San Jerónimo», «El altar churrigüesco», «La nao», «El espadero», «La gaceta», «El paje», «El barbero», etc., El estilo del libro es un tanto azorinesco, en tono menor y creemos que el ideal del poeta sería «escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una vi-reina». El autor, espíritu inquieto, que hoy se mete por los laberintos de unas rancias teologías, y mañana se pasa horas enteras en la contemplación de una plaza cubierta por la pátina de los siglos, conoce a fondo la Ciudad de México, y se deleita en evocarla en los suaves crepúsculos, tiernos de claveles y de campanas melancólicas.

Pero Galín nos trae otra vez a la memoria el estilo de Azorín; estilo amable, cortado, fragmentario, de frecuentes repeticiones fraseológicas. Es una especie de novela breve, de sencillísima trama. Pero Galín, anticuario y «chacharero», personaje colonial para quien la vida siglo veinte no existe, se enamora de Lota, mujer modernísima, con pecho de «flapper» y algo de heroína cinematográfica. Galín, cuya vida se ha reducido a correr tras de antiguallas y chucherías, por los bazares y tiendas de antigüedades de la ciudad de México, se transforma a tal punto que, en pocos días puede manejar magistralmente un automóvil. Después del casamiento, Galín y Lota hacen un viaje por el suroeste de los Estados Unidos y se detienen algún tiempo en Los Angeles. En contacto con la civilización nueva y debido en parte al espíritu de su mujer, Galín ya en México,

compra una hacienda y se dedica a las labores campestres; esto es lo que llama el autor la Aurora. Como se ve, la intriga no es digna de una novela, Estrada se aprovecha de este asunto para hacer un poco de literatura colonial.

Espíritu observador y detallista, Estrada nos da exactas descripciones de los bazares mexicanos, con sus cadenas de oro, relojes, pendientes de esmeraldas, alfileres de perla, prendedores de filigrana, calabacillas, relojitos de esmalte, salseras de plata, bargueños, sofás chinos, abanicos de hueso y cuanto Dios crió.

Es interesante observar la impresión que las ciudades norteamericanas, en especial Los Angeles, dejan en el autor del libro, expresadas, claro está, por boca de Galín. Ferrocarriles, hoteles, Hollywood, restaurants, tiendas, todo encuentra comentario picante y profundo en boca del anticuario que lo mira todo con ojos coloniales, pero que paulatinamente se va dejando penetrar del nuevo ambiente.

Parece que Estrada—y en esto tiene mucho en común con Anatole France—teme el enfrentarse con problemas de valor trascendental. Al entrar en California, ante la riqueza estupenda de la tierra, Galín exclama: «México irredento».

Lota por toda respuesta le aconseja que al volver a México se dedique a levantar cosechas y a construir canales en vez de poner todo su espíritu en baratijas ¡Qué truculenta tirada no nos habría endilgado en este punto un novelista menos escépticamente fino que el señor Estrada! Sin embargo, tenuemente se insinúa en todo el libro una sana lección de patriotismo.

Crucero se titula el primer libro en verso de Genaro Estrada. La edición, con grabados de García Maroto, es elegantísima. El crucero nuevo busca rutas inexploradas hacia playas de remoto encantamiento. No siempre las encuentra y a veces se queda en alta mar, roto el ímpetu, gozando del intento. De aquí que en el presente libro, junto a poemas bellísimos, notemos algunos de bastante frágil hechura, en los cuales, el poeta se enreda demasiado en los hilos de las últimas redes poéticas que nos llegan de Francia. Debemos declarar ante todo que no simpatizamos en absoluto con las modas poéticas de última hora y que a las acrobacias gráficas de los poemas modernísimos preferimos, la «Silva a la Zona Tórrida» de don Andrés Bello. Y esto es mucho. Hacemos esta afirmación para ser justos en este caso de Genaro Estrada. Pero si no aceptamos las imágenes demasiado violentas ni los desmembramientos arbitrarios de estrofa y verso, en cambio, nos gusta el conceptismo sano que se observa en algunos poemas de este libro (*Crucero*). De vez en cuando el análisis

y la tortura interior nos convierten al poeta teórico en un hombre que sufre y entonces le admiramos: «(Vigilia)». Pero como la poesía no necesita ser dolor vivo ni alarido, al encontrarnos con una miniatura tan pura como «Joya» nos damos el placer de repetirla:

Entre las valvas de mis manos
una perla, tu mano,
rosa, con orientes azules,
temblaba por el agua marinera.
Oprimida con ansia propietaria
la coloco en mi pecho, en el centro,
corbata o alfiler, adorno siempre,
mecida por el ritmo de mi pecho;
o luce, rosa con oriente perla,
flor festival en mi desierto inerte.

A pesar de todas las novedades y los juegos de colores no puede negarnos Estrada que es un admirador de nuestra fresca poesía popular y que más de una vez ha bebido en las aguas cristalinas de nuestro «Romancero».

Y estamos por decir que por estos rumbos encontrará el poeta, su camino de Damasco. Su «Queja del perdido amor», de inspiración netamente castiza, es para nosotros lo mejor del libro y digna de figurar en selecta antología.

Crucero, a pesar de cierta irregularidad de formas, es un libro de fino artista. No hallamos en él las empalagosas lamentaciones románticas de algunos modernistas ni la facilidad mecánica de versificación de que hacen gala nuestros poetas americanos. Tampoco cae en los excesos de abultada originalidad a que nos quieren acostumar los escritores de estos diez últimos años. Es un placer no encontrar en un libro de versos palabras como «tanque», «hélices», «avión»; «arcos voltaicos», «policromías», etc.

Hemos mencionado ya las diferentes fases de la obra de este escritor mexicano; nos queda por señalar su amplia y profunda cultura que le hace andar como en propia casa por las literaturas inglesa, norteamericana, francesa, e italiana. Como crítico ocupa, al lado de Alfonso Reyes, el lugar más alto en las letras de su patria; como evocador de motivos coloniales es único (a menos que Julio Torri siga cultivando en silencio tan hermoso género) y como poeta busca su camino entre la serenidad profunda de González Martínez y el radicalismo estético de López Velarde y de Tablada.—ARTURO TORRES RIOSCO.

(University of California) 1931.

VALPARAISO Y JOAQUIN EDWARDS BELLO

LA última novela de Edwards Bello, recientemente aparecida, constituye en nuestras letras el acontecimiento máximo del año. Todos esperábamos esta obra que sería la culminación de la más intensa, la más firme y la más honrada labor de escritor que podemos contar en la literatura chilena.

Joaquín Edwards, en nuestro medio, ha representado la calidad típica del escritor, del individuo que no tiene sino una aspiración, ni muy grande, ni muy pequeña: ser un escritor. Es necesario afirmar e insistir en que lo ha conseguido plenamente. En él la tendencia de crear la vida en el correr agitado de su pluma, no ha sido un afán exhibicionista, ni un medio para obtener situaciones especiales de otra índole, ni la exteriorización de un sentimiento egolátrico de vanidad criolla, ha sido únicamente la realización consciente de una íntima vocación que se ha manifestado en su continuada labor de toda su vida. Caso raro entre los escritores chilenos que muestran orgullo en no escribir pasados los treinta años, Edwards Bello, es el mismo escritor que publicara sus páginas primeras en la jornada ya un poco lejana de su adolescencia y que persevera en su labor entusiasta, cuando pasada ya la cuarentena la vida le ha mostrado sus aspectos más amargos y más tristes. Por esto en la historia de nuestra literatura, en la pequeña historia de nuestra pobre y pequeña literatura, la labor de Edwards Bello, ha significado en todo momento la consagración a un noble oficio, y en este oficio, es necesario reconocerlo, la producción de mejor calidad.

Ha sido, además, Edwards Bello un escritor de imaginación, y ha perseverado en su calidad de escritor imaginativo. En nuestra patria los hombres de pluma abundan. Cual más, cual menos todos los clientes de las redacciones de los periódicos se sienten un poco escritores, pero en posesión de un título profesional o pasada la juventud, se abandonan las pretensiones de escritor y se continúa con la pluma entintada, pero jamás para vaciarla en una obra de imaginación. Aquello es «mal visto» y si después de los treinta años, se escribe forzosamente ha de ser historias, comentarios legales, ensayos, críticas, pero poemas o novelas, jamás. Hacerlo daría inmediatamente patente de individuo «poco serio» y de «mal criterio» al autor. Afortunadamente, Joaquín Edwards, a costa de su propia soledad ha sabido reírse de todas estas tonterías de nuestra sociedad, beata y analfabeta, y ha continuado con la péñola en ristre, rega-

lándonos con novelas, cuentos y ensayos que siempre son un si es no es, novelescos.

Su última producción ha sido poco estudiada. Con ser la mejor salida de su pluma, diversas causas de índole completamente ajena a la literatura y al arte, han impedido que se comentara esta obra en los periódicos. Solamente en esta Revista han aparecido algunos juicios de los más experimentados críticos nuestros, y creemos conveniente intentar algunas líneas, para fijar esta novela, en la obra de Joaquín Edwards y aproximar a los que lo leen para un esbozo de juicio.

LA NOVELA

El título por sí sólo ya es sugeridor del panorama novelesco. «Valparaíso, la ciudad del viento». La novela de una ciudad, ha de ser forzosamente la novela del autor, del propio autor, porteño viejo, que ha querido evocar en sus recuerdos de Valparaíso toda una etapa de su vida y más que esto, todo el sentido que en su vida ha tenido el puerto y las personas que rodearon su infancia.

Pero no solamente ha relatado su infancia Joaquín Edwards; hay en la novela la continuación de toda su vida marcada por el sello del porteño, inconstante, inquieto, un poco tráfuga.

Esta condición de ser la novela de una ciudad, o más bien dicho, el sentido espiritual que tiene una ciudad ajena a toda manifestación del espíritu, hace que el relato sea un poco falto de arquitectura y de construcción. Adentrado en sus recuerdos Joaquín Edwards nos va contando, página a página, las impresiones, las emociones que moldearon su alma y que ya no lo abandonaron en la vida.

En cierto modo «Valparaíso la ciudad del viento» es una novela psicológica y aunque esta clasificación novelesca se encuentra hartamente desprestigiada, es conveniente señalar sus condiciones. Novela psicológica la llamo, porque el relato es la vivificación de un espíritu: el del autor y el de la ciudad en que transcurrió los años mejores de su vida. Para estudiar o mostrar el espíritu de una ciudad, Joaquín Edwards ha tomado ciertos personajes, los ha hecho vivir y los sitúa en una ciudad, cuya pulsación repercute en sus personajes, minuto a minuto.

Esta circunstancia hace de la novela un relato genérico de un ambiente antes que la narración de una intriga con personajes determinados. No podemos decir de la última obra de Edwards Bello, que sea la novela de la criada chilena, porque en ella domina a todas las figuras la indeleble caracterización de

Perpetua, sirvienta antigua, esforzada, querendona, trabajadora, buena, ejemplar, que ya va desapareciendo; ni tampoco podemos afirmar que sea la novela de Powderson y de los corredores de la Bolsa, porque aparece esta vida; ni sería posible sostener que es la novela de la antigua familia porteña, que el tiempo y los cambios de la vida han borrado casi totalmente del puerto. Es únicamente la novela del Valparaíso del autor, un Valparaíso que disminuído en sus aspectos más salientes, pero acentuado en otros, hemos alcanzado a conocer.

Es la novela psicológica de una ciudad, de una ciudad falta de psicología y en que la única que puede tener se refugia en una criada vieja, en un tío maniático, en un corredor de bolsa extranjero.

Pedro Lacerda y Alderete, estudia sus humanidades en el Liceo de Valparaíso. Vive con su abuelo, un viejito dado a las ciencias naturales que con elegante indiferencia ha perdido gran parte de su fortuna. En la casa del abuelo, una mujer llena la vida de Pedrito con su ternura, con sus cuidados, con sus sacrificios. A falta de la madre, la «mama», la criada vieja pone en Pedro sus mejores afecciones. Perpetua la sirvienta es en realidad el centro de la obra. Toda la vida que alrededor de ella se desarrolla, desaparece en intensidad secundaria cuando el carácter de Perpetua queda fijado en un rasgo inolvidable, en una frase marcadamente personal, en un gesto de criolla veracidad. Frecuentan también la casa del abuelo, la tía Florencia y su hija Florita. La primera un marimacho, y la segunda una angelical criatura, aburrida y linda, dominada por el marimacho de su madre. Pedrito y Florita son primos y con esto queda dicho todo. El primer amor de la adolescencia forzosamente ha de ser una prima y Pedrito no iba a escapar a la ley. Su prima lo quiere, pero, como todas las primas, no se casa con él sino con un corredor de la Bolsa, inglés y muy rico, candidato obligado de su positiva y metalizada mamá, Archibaldo Powder-son.

Este fracaso sentimental quiebra la vida de Pedro, que se lanza a correr la vida. De negociante en Santiago y en Talcahuano, sólo acierta a conocer el comercio, el engaño, la mentira, la estafa. Por su buena fe es víctima de individuos más listos y más malos que él, ingenuo, sentimental e ilusionado en el mito de la ajena bondad.

Su experiencia fallida de comerciante, lo hace retornar un poco amargado y escéptico al hogar nativo. Allí encuentra novedades. En su ausencia la antipática tía Florencia ha contraído matrimonio con el abuelo enfermo y es ahora la dueña

de casa. Con una dueña así el ambiente hogareño se hace insoportable. La única nota amable de este connubio la pone Florita, convertida en Mistres Powderson, y asidua visitante de la casa. Sucede lo inevitable entre una mujer joven necesitada de amor y un hombre joven a quien el sentimiento del amor le ha dejado el gusto amargo de la primera y más intensa decepción, y los amores apasionados y abrasadores de los primos llenan algunas de las páginas más hermosas de la novela. Florita obtiene de su marido que coloque a Pedrito en su oficina bursátil y el narrador entra de lleno al vértigo de la vida porteña, a sentir en sus propias venas el correr afiebrado de la vida de los negocios en su intensidad máxima. Pero estas épocas de auge en el puerto, tienen su trayectoria más o menos fija. Las especulaciones decrecen y dejan el reguero de incautos empobrecidos y de algunos audaces enriquecidos. Entre estos últimos se encuentra Powderson que ha aumentado su patrimonio en algunos millones, ganados en negocios imaginarios, en que la estupidez y credulidad de los demás ha sido el más seguro y principal factor de ganancia. Decide irse a gastar sus millones a Europa, en compañía de su bella esposa frívola. Se va. Para Pedro es el primer fracaso irremediable; la mujer de Powderson representa al amor, que le dice adiós una tarde cualquiera a la orilla del mar, desde un transatlántico de lujo. Poco después muere el abuelo y el ciclo de la vida se cierra para Pedro. La viuda se aparta y Pedro queda solo.

En este momento Perpetua, que durante toda la novela ha proyectado su imagen de bondad a través de todos los personajes y que para justificar su nombre ha tenido un ímpetu amoroso con un hombre blanco que le deja un vástago rubio y hermoso, constituye para Pedro, desolado y amargado, el único refugio. Se va con la vieja sirvienta a la quinta de Quillota. Allí muere enfermo el hijo de Perpetua y regalón de Pedro. La vida ya no les puede ofrecer ninguna sugestión amable, y Pedro ve que en su soledad, no le queda sino como único tesoro el recuerdo de su niñez lejana. Una tarde en la quinta abandonada, se acerca Perpetua a su niño, al niño viejo, y como en los tiempos infantiles que ya no han de volver, le cuenta un cuento: «Estequera.....». Termina la novela.

LOS PERSONAJES

Al señalar como rasgo primordial de esta producción de Joaquín Edwards la posibilidad de clasificarla como novela psico-

lógica, tuvimos presente los variados personajes que en ella aparecen.

Cada personaje representa una creación independiente del conjunto y si algún defecto pudiera sacárseles, es precisamente el que se deriva de que la construcción de personajes ha sido fijada con significativa y encomiable firmeza, pero que las relaciones de los personajes entre sí y la trabazón que deberían mantener con el argumento de la novela se encuentran diluídas en cierta inconexión, que da a la obra en partes, la apariencia de una crónica larga antes que la de un relato novelesco. Figuras de una crónica magistral, los personajes de Joaquín Edwards, tienen, sin embargo, una vida propia y personal. Aparte de Perpetua que, como ya lo hemos dicho, constituye el centro novelesco, hay figuras que no se olvidan. Tal el abuelo a quien conocemos en el otoño de su vida cuando ha perdido junto con los entusiasmos la fortuna, quizás si esos, a consecuencia de la pérdida de ésta. Aun así, el abuelo, aficionado a las ciencias, carente de sentido práctico, con una recia individualidad para pasar por encima de los prejuicios de su medio y de su tiempo, es un personaje que en el autor responde a un cariño sincero. Toda la actuación del abuelo en el relato se encuentra cuidadosamente trabajada y hay la preocupación constante del autor que no se nota a primera vista, pero que con una lectura más detenida aparece, de que este personaje tenga un relieve simpático y lo consigue. El abuelito que quiere tanto al narrador, y en el que Pedro deposita todo su cariño de hijo sin padres, deja en nosotros un recuerdo de simpatía y de nobleza. Su callado sufrimiento en las dolencias y en la vida, lo hacen más sólido, más severo, más sobrio y los caracteres con que está trazado corresponden significativamente a este tipo.

También la tía Florencia llama poderosamente la atención. Carácter dominante, rabioso, seco, autoritario, sin suavidad alguna y agriado por un concepto falso de la vida y de su propia personalidad, es lo que podríamos calificar como un carácter de vieja «ganchuda», cuyo trato se hace insoportable por el placer de poner el pie encima de los sentimientos ajenos, o de gritar en voz alta, una magnífica y total incomprensión a todo y por todo. El único aspecto del espíritu que ha desarrollado es el aspecto utilitario, el sentido práctico. En estos dominios triunfa y pisoteando concienzudamente toda expansión de sentimientos logra atrapar para su hija unos millones en poder de Powderson. Ese es su retrato más fiel, una madre casamentera y fría, que se entiende a maravillas con un yerno «bueno para el negocio», materia que ambos dominan sin contrapeso. La tía

Florescencia se encuentra diseñada con trazos firmes como corresponde a su personalidad y rezuma antipatía en sus actos, en sus obras y en sus palabras. Amarga y atrabiliaria ya no la olvidaremos nunca y cuando en la vida corramos el peligro de encontrar un «specimen» semejante, haremos lo posible por distanciarlo mucho.

Florita no aporta al libro nada más que su belleza ingenua, su carácter débil y desdibujado, sus entusiasmos falsos e inocuos. Frivolidad, espectacularidad y mundanismo, parecen ser sus guías, y pasa por el libro sin dejar otro rastro que algún beso candente, producto de un minuto, de una tarde, de un estado anímico o fisiológico, antes que de ella misma.

Powderson es más fuerte que su esposa. Tiene la insolencia del éxito pecuniario. Sus empresas triunfan y aunque la moralidad no tenga nada que hacer en sus negocios, y, quizás por ello, éstos prosperan a costa de los demás. Sin solicitar permisos y de frente, el corredor de la Bolsa sabe que en Valparaíso (y en el mundo), lo primero es ganar plata. Después vendrá lo demás. El se queda en lo primero y su triunfo es la ruina ajena, la ruina de los que creen en los mitos de honradez, veracidad, corrección, que desprecia el comerciante. Sin apego al puerto, su ánimo es de estrujarlo como un limón. Gana mucho dinero y en seguida a gastarlo a Londres, a París, a Biarritz. Se mueve en un ambiente similar, sórdido, audaz, jactancioso, cruel. Y él resume todas las características de ese ambiente.

Otros personajes tienen la intensidad de figuras vivas. El estafador «medio-pelo» que se esconde tras apellidos de larga prosapia agrícola y vinícola; los compañeros de colegio, iguales y permanentes en su inutilidad y en su pequeñez; el amigo de Santiago, mísero y pretencioso, conocedor del gran mundo, pero carente de un lecho para dormir. En todos ellos el autor ha puesto junto con recuerdos, una nota viva y profunda de creación personal.

EL AMBIENTE

Al decir que «Valparaíso» era antes que otra cosa la novela del puerto, queremos demostrar que el mérito principal que tiene, su cualidad primigenia es la sensación del ambiente porteño, que logra el autor en sus páginas mejores.

Encuadrada desde el punto de vista de la reacción que en un temperamento de artista y con sensibilidad aguda puede producir Valparaíso, Joaquín Edwards tiene toda la razón. Para un temperamento como el de Pedro Lacerda, como el del autor, el puerto carece de vitalidad, de atractivos, de significación.

En «La ciudad del viento» existieron tradiciones que los intercambios comerciales han destruído, y la gente que produjo y que produce, mixtura de nacionalidades de todas partes, no tiene el sentido del arraigo propio de la sociedad aposentada en definitiva en algún sitio. En Valparaíso no. Reducida a la vida, hoy languideciente, de los negocios, éstos prestan un brillo falso de abalorio a algunas fortunas improvisadas, edificadas sobre arena que el viento se lleva, en la próxima liquidación de la mala, o en el último pedido de salitre. Así se forman núcleos ajenos a toda inquietud que no sea la del esfuerzo rudo por ganar plata, no para ahondarse materialmente sino para brillar. Sin apego al propio suelo, la gente porteña se encuentra eternamente de tránsito, para Europa o para la capital. A gastar en placeres o a figurar en sociedad. Por esto el aspecto permanente de Valparaíso es el de un inmenso campamento gitano, donde sus habitantes, caravanas de beduinos, de un desierto espiritual, se encuentran de acuerdo en partir, en partir después del último ventarrón.

Estas circunstancias que hacen de Valparaíso una ciudad ingrata aun para sus propios hijos—Joaquín Edwards es porteño neto—le prestan, al mismo tiempo, su característica más simpática y principal. Sus habitantes desconocen el ocio, la cortesía, la cultura, el refinamiento. La vida los ha forjado en un duro yunque de trabajo y de él salen prematuramente hombres duros y sufridores. No tienen culpa ni de su propia insolencia y si reconocemos a un «porteño» entre todos los chilenos, hemos de convenir en que es un fuerte ejemplar de hombre, pronto al esfuerzo más duro, jamás abatido por infortunio alguno y dispuesto en todo momento a clavar en la cima de las vidas de cada uno, la bandera tremolante del triunfo, el pendón glorioso de la victoria.

CONCLUSIÓN

Escrita en un estilo poético y hermoso; cuidada en la creación misma de la obra; informada por una sensibilidad artística en todas sus páginas «Valparaíso, la ciudad del viento» es hasta la fecha el aporte más valioso de la obra, ya valiosa, de Joaquín Edwards.

Y para Valparaíso significa una epopeya. La epopeya de una vida sentida al calor de la ciudad del viento y en la que el viento no se ha llevado la obra, el fruto más hermoso de esa vida. Acaso la novela de Joaquín Edwards Bello, sea el mejor justificativo y el mejor elogio de la significación de nuestro puerto en la literatura nacional.— A B E L V A L D É S A.

PORVENIR DE LA POESIA

COMO la expresión, a medida de envejecer, se hace propia, es decir que el lenguaje poético constituye la esencia de la personalidad, cada vez se ausenta más el entendimiento entre lector y poeta. En el grado que éste madura o se fija, aquel se deslíe o se va, porque el poeta, en tanto aumenta el tamaño de sus días, sólo escribe sus versos para su público más inmediato, que es su yo humano, o sea su calidad de hombre. Sólo por este hombre que vive a su lado, que está en él sin ser él completamente, pero al que él quiere, el poeta ha terminado usando un medio común de lenguaje, pues su expresión, la expresión poética por excelencia, sería de otro modo privada. Para expresarse él no necesita escribir ni hablar, no necesita el vehículo del idioma; escribe o habla sólo para comunicarse con su yo físico. Naturalmente, siendo tan reducido—¡y no obstante tan grande!—este público, sus medios de comunicación son particulares, su actividad no pasa de sí mismos. Esta es la clave. Yo he dicho en el prólogo de mi libro «Descripción del cielo» que siento cada día con más apremio la necesidad de escribir en lenguaje cifrado. A medida que se avanza, cada uno encuentra su abreviaturación, es decir, su código, se escribe en un lenguaje que a uno mismo le llega de modo sólito, pero que a los demás les es difícil descifrar, y que, por supuesto, para los no profesionales, goza de una segura interdicción ¡felizmente!

Se ha dicho que todo espíritu de selección tiene su clave. Si ello es cierto ¿cómo pensar que la poesía no tenga la suya? ¿Cómo creer que la poesía, esencia de lo desconocido, pueda valerse de recursos directos? La poesía es por naturaleza obscura, impenetrable, la obscuridad misma, digo que es el sentido de lo ininteligible. Mientras el poeta se acerca más a su íntima sustancia, no por estrategia ni rebuscamiento, sino por empuje, por mandato de su ser—eso, ¡porque cumple un mandato!—siente la necesidad de envolver su emoción, de cubrirse, de velar el significado de sus palabras. En tanto transcurren los años, y los hombres nos aguzamos en la discriminación de los valores literarios, estamos asistiendo a un espectáculo placentero de la poesía: la literatura le da origen, pero la poesía se desprende de ella, deja de ser un arte para convertirse en ciencia, y, bien entendido, en una ciencia oculta. Todos los poetas hemos sido literatos al comenzar, más cada día lo somos menos. Menos literatos y más poetas, cada día que pasa. Más

poetas, es decir, menos artistas, más íntegros, más honrados, más nosotros. Así es como se puede asegurar sin riesgo de equivocación que dentro de unos años más la poesía será definitivamente considerada como fenómeno de ocultismo, y los bibliófilos o bibliotecarios se verán obligados a colocar los libros poéticos en el estante de la metapsíquica. Estarán los versos, sin asomo de intrusión, entre la telekinesia y la ectoplasmia. Por eso creo que en el estado actual de las cosas, los niños, debido a su concepción maravillosa del mundo, y los espiritistas, a causa de su frecuentación del ambiente supraterráneo, son los más capacitados para entender, pongo por caso, mis poemas y los de aquellos que busquen lo mismo que yo busco.

Este concepto de la poética, es el que me llevó a establecer que la metáfora lo es todo, puesto que es un valor, por directo, de uso urgido de cautela en la referencia de las cosas. No obstante, la experiencia está demostrando que la metáfora puede ser perjudicial a la poesía, a causa de que es un elemento de seducción. Sólo los lectores bien probados en las realizaciones modernas saben descubrir la poesía a través de las metáforas, o, mejor dicho, a pesar de ellas. Sin cuenta de ese peligro, insisto en asegurar que la metáfora es un cuerpo de una sola pieza con la poesía, o, para ser más exacto, con el verso. Mas la metáfora es la parte puramente formal del poema, es el verso exclusivamente. Y esta es la diferencia fundamental entre el verso antiguo y el verso moderno: el verso antiguo es aquel que tiene ritmo y rima, o cualquiera de esos elementos; el verso moderno es aquel que tiene metáfora, aunque posea una sílaba o ciento ochenta. De allí surge de modo natural y por correlación la diferencia entre la prosa y el verso; aquéllo que la gente común entiende por prosa a causa de estar escrito en renglones seguidos, puede no ser prosa si ostenta una o varias metáforas, en cuyo caso es verso; y por el contrario, aquello que la gente común entiende por verso a causa de poseer ritmo y rima o alguno de esos elementos, sino tiene metáfora no es verso sino prosa.

Esta valorización de la metáfora, como expresión monetaria podría decirse, de la poesía, o sea como su viaducto, su instrumento, es cosa que, según creo, nadie ha observado y que yo mismo emito por primera vez, aunque vengo advirtiéndola desde hace tiempo y me propongo profundizar en un «Tratado de Poética», que escribo. Confieso que la metáfora ha caído en cierto menosprecio últimamente, y aun algunos estetas modernos, como Jean Epstein en su libro «La poesie d'aujourd'hui», la consideraban ya mero cliché hace unos años. Pero es por

eso, porque avaluaban la metáfora como razón de ser de la poesía, como su finalidad única, y no como mera cosa exterior, como verso, como continente y no contenido en sí propia.

Ahora bien, la metáfora tiene sólo valor formal, pero también existe la metáfora de fondo; y si bien de aquella puede prescindirse, la existencia de ésta es lo único que caracteriza una presencia poética. El poema perfecto moderno estará hecho, pues, de varias metáforas formales, que deben ser cada uno de los versos que lo integren, y de una metáfora de fondo, que pase a través del conjunto, como una espiral que comenzara en el título o muy tarde en la primera línea y terminase en el último vocablo. Por desgracia, la gente casi nunca percibe esta última metáfora, la total, que contiene la poesía, seducida por el aparato exterior de las otras y despistada por la obscuridad en que aquella se entrega. Ocurre que cuando se lee un poema a otra persona, ésta se deslumbra con alguna metáfora, queda ciega y ya no capta el resto. De las cosas que más me indignan es que se diga después de una lectura: ¡«qué hermosa imagen aquélla»!

No hay, pues, poesía sin metáfora o sin imagen de fondo. Esto es algo que se puede declarar de modo taxativo. Cuando no hay metáfora o imagen de fondo, puede haber, como hay, en ciertos poetas, alguna emoción, alguna gran emoción si se quiere, pero la emoción no es toda la poesía sino apenas uno de sus elementos. Sostener esto y sostener que ahora como antes hay versificadores y poetas, es todo uno y lo mismo. Hay multitud de personas embanderadas en las nuevas tendencias que no hace sino metáforas, metáforas formales, sin específica función de decir algo, lo cual significa que son simples versificadores modernos. Basta ya de confusiones.—ALBERTO HIDALGO.

LOS LIBROS

POESIA

RESPUESTA A LAS PIEDRAS.

La Editorial Elite, de Caracas, incansable difundidora del libro venezolano, y que ha publicado obras de resonancia continental, como «Doña Bárbara» de Rumbulo Gallejos, ha editado recientemente el poemario de Luis Barrios Cruz titulado «Respuesta a las piedras».

Luis Barrios Cruz, es seguramente, un desconocido para el público de este país. Sin embargo, tal vez no sea innecesario fijar en nuestra memoria el nombre de este escritor que, aunque no suponemos joven, puede darnos con el tiempo si no una sorpresa—ya que su temperamento aparece acaso un tanto limitado—por lo menos una más conseguida y pareja exteriorización de su capacidad expresiva. Algunos aciertos indudables nos lo hacen esperar así.

Empieza «Respuesta a las piedras» con un «Epígrafe» que no nos parece del todo preciso si exceptuamos, es cierto, el cuarto verso:

¡Campo venezolano
creo en ti!

¡Campo venezolano
voy hacia ti!

¡Campo venezolano
estoy en ti!

Sí, Luis Barrios Cruz, va hacia el campo venezolano, en una sostenida búsqueda, extrayendo de él sus motivos, hundiendo en él sus aspiraciones interpretativas, cantándolo en casi todo su libro, aunque a menudo en forma apagada y opaca, resintiéndose éste constantemente de vigor lírico, de vibración interior, de energías y de entusiasmo. Por esto no es difícil advertir que Luis Barrios Cruz no cree en su campo venezolano, tomando en cuenta, además, que está ausente de él la pasión y el fervor necesarios para mantener una creencia, sea ésta cual fuere. Luis Barrios Cruz más bien quiere creer, lo que ya es distinto. Pero el acto de creer casi nunca es una conclusión de la inteligencia. En «Respuesta a las piedras» está manifiesto el esfuerzo de la actitud adoptada en un sentido determinado,

por conveniencia, por sistema, porque el autor así lo desea, por lo que se quiera en fin; no por sentir espontáneo.

¡Campo venezolano
estoy en ti!

Sí, está en él el autor, pero en forma episódica, transitoria, no en un significado de permanencia que es la auténtica manera de *estar*. Y acaso ni siquiera pasajeramente está en el campo venezolano, sino sólo en el *campo* (puede ser peruano, ecuatoriano) pues Luis Barrios Cruz al hablar de campo venezolano, pretende individualizarlo, diferenciarlo, dándole su limitación geográfica. Y si exceptuamos algunos criollismos de origen campesino, algunos nombres de árboles indígenas, es decir puramente lo decorativo y pinteresco, el campo venezolano que nos presenta Barrios en nada se distingue del campo de otros países; del nuestro por ejemplo.

Vamos a comprobarlo con algunas estrofas tomadas al azar:

«La tarde me lanzó su red de
[caminos viajeros
caminos pulidos por el viento del
[campo,
que acunaron árboles entornados
[más allá del crepúsculo».
(La huella perdida).

«Mi caballo es alazán. Vuelvan
[caras.
Alazán como el sol desbocado sobre
[las palmas.
Alazán como las polvaredas lla-
[meantes de la tarde.
(Mi caballo).

«Mi totuma de leche tibia
me pone sobre el labio
una paradoja de ancianidad
que me devuelve la niñez».
(Madrugada).

«La del humo anhelante,
la de la estática palmera,
la del jagúey meditabundo,
la de la paraulata sonámbula».
(Símbolo).

Este es el error de todos los que pretenden hacer nacionalismo artístico, basados sólo en exterioridades. Lo esencial, lo distintivo, lo vernáculo, no lo aprenden casi nunca. Por lo demás, como diría Perogrullo, es una insolencia circunscribir la poesía a límites geográficos.

Sin embargo, de pronto—haciendo un breve paréntesis en su libro—Luis Barrios Cruz abandona su afán de nacionalismo en «El minuto de las audacias», una de las partes en que está dividido «Respuesta a las piedras», y va a buscar sus motivos a otras fuentes, escribiendo poemas como «Reglamento de tránsito», «Réclame», etc., de realización bastante desafortunada, pues ha creído Barrios Cruz hacer poesía nueva, con unas cuantas piruetas ya muy en desuso y que si en un tiempo tuvieron su significado, hoy no pasan de ser simples lugares comunes:

«Ocurre que el señor burgués,
en cuyas manos está girando el orbe
encaramado en rueditas amarillas,
no inscribe el verso en su bolsa de
[valores:
porque nunca lo ha visto,
porque el señor burqués no se ve
[sino sólo los avisotes.
con tanto más placer si son de
[bombillas eléctricas».

Nada cuesta notar que los versos transcritos son palmariamente pedestres, incoloros, detestables, como los agrupados bajo el nombre de «Herramienta».

«En cuanto a esto, transcribo lo que me dijo el mo-
[chuelo
posado en su rama de noche:
—Su verso de Hoy no me suena.
Parece hecho de hierro.
Y lo que yo le dije:
—Señor de las gafas ahumadas,
habla Ud. en perfecto académico.
Ud. lo ha dilucidado todo,
menos una menuda bagatela:
que este verso no parece de hierro
sino, mi buen señor, que es de
hierro, etc».

Más afortunado es Luis Barrios Cruz en los «Romances de tierra adentro», de un sabroso gusto folklórico, y en las «Canciones a cuatro cuerdas»—vienen en seguida del «Minuto de las audacias»—habiendo el autor conseguido darles con nitidez, fresca agilidad; algo un tanto difícil, por lo artificioso y monótona que es esta forma métrica, que ha obtenido en estos últimos años un verdadero renacimiento en el idioma español, Sin duda no es extraño a él Federico García Lorca, pues es fácil constatar que después de la publicación de su admirable «Primer romancero gitano», muchos escritores jóvenes, tanto de América como de España, han empezado a cultivar el romance, si no con el mismo resultado valorativo, por lo menos con muy remozada novedad. Entre estos últimos, Luis Barrios Cruz, en el que se advierte también una permanente frecuentación de

los Romances de Federico García Lorca. No es que Barrios Cruz lo imite, pero si nos lo recuerda a veces en sus imágenes. Podemos comprobarlo:

Un filo de gallo agudo
se ha puesto a podar la tarde.
(Barrios Cruz)

Las piquetas de los gallos
cavan buscando la aurora
(García Lorca).

No hay duda que los versos del autor de «Respuesta a las piedras» están inspiradas en los de García Lorca. Felizmente esto no sucede a menudo y la influencia del poeta español es más bien formal, asimilada con clara inteligencia, pues Luis Barrios Cruz logra destacar sus cualidades personales. Menos concreto, menos conciso, menos abundante en elementos interiores que el peninsular, es, sin embargo, como éste, tenso de emoción; emoción sabiamente involucrada en las imágenes que están construídas con armoniosa plasticidad y apoyadas casi siempre en finas y certeras transposiciones.

Vemos el poemita «Todos tiran su pregunta» donde se encuentran reunidas casi todas estas cualidades:

En este camino largo
hay una cruz a la vera,
y cuantos pasan le tiran
la pregunta de una piedra.
En este largo camino
colector de polvaredas
todos tiran su pregunta
con un ademán de siembra.
Todos tiran su pregunta,

interrogación de piedra.
¡Y es el camino tan largo
y la cruz es la respuesta!

Terminaremos refrendando lo dicho en el segundo párrafo: acaso no sea inútil esperar que Luis Barrios Cruz nos dé una más sostenida exteriorización de su capacidad poética, pues algunos aciertos—como el que dejamos transcrito—nos lo hacen—esperar así.
—*Arturo Troncoso.*

ARTHUR VIEIRA, *Poetisas de Portugal.*

Difícil tarea la que emprendió Arthur Vieira, y es hartó sensible que no haya logrado lo que pretendía: convencer de que Portugal tiene veinte y una poetisas de mérito.

Ningún país de la tierra reúne en la historia de su literatura más de cinco o seis gloriosos nombres femeninos que cultivaron la poesía. Ahorremos las citas, ya que la historia literaria de Francia, España, Inglaterra y Alemania no me dejará mentir. En toda la América española apenas si la obra de seis o siete mujeres atravesará los años que vendrán.

Aunque se reproducen en el bien intencionado trabajo de Vieira (1) escasas poesías de las mujeres que presenta, y las traducciones son, por lo general, mediocres, cuando no malas del todo, como ese «Fatal Orgullo» de la página 36, bastan las muestras que nos da para apreciar las cualidades de sus autoras.

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1931.

Alice Ogando, María de Carvalho y Virginia Victorino son grandes temperamentos poéticos, con obra ya realizada. Lástima que de la segunda no se hayan traducido los tres «sonetos clásicos» en la literatura portuguesa, a que Vieira hace referencia. Y es lástima, también, que Eduardo Marquina, el gran traductor de Guerra Junqueiro, no haya vertido al español la obra de estas tres mujeres admirables.

Algunos reparos de cierta importancia quiero hacer a la obra que comento. En la página 12 asegura el autor de esta antología que ha tratado de ajustar, lo más perfectamente posible, la traducción al original. Y es este un grave error que bien caro se ha pagado en los poemas traducidos. La versión literal es ya un contrasentido en la literatura moderna, porque la emoción poética no puede tener, en dos idiomas, iguales medios de manifestarse.

Otro grave error es la importancia exagerada que concede al soneto en algunos párrafos de la página 21, justificando con ello el que casi todas las poesías que ha vertido al castellano tengan esa forma, lo que da cierta monotonía fastidiosa a la obra.

Con esta conferencia que el señor Ministro de Portugal en Chile, ha editado generosamente, aparece Vieira como un hombre de cultura no común, enamorado de su tierra lusitana y patriota consciente.

Ojalá que dedique un estudio más detenido, y con traducciones en verso, hechas por él mismo, a la

obra de las tres poetisas que he citado, y que bastan por sí solas para honrar la selva lírica de cualquier país. Haberlas dado a conocer entre nosotros, aunque en forma bien incompleta, es cosa que debemos agradecer al autor de «Poetisas de Portugal».

«EL NOMBRE INEFABLE» por *María Alicia Domínguez*.

Hace apenas un mes o dos se comentaba en esta misma sección el libro de poemas «Las Alas de Metal», de la laboriosa poetisa argentina María Alicia Domínguez, ya bien conocida entre nosotros y estimada en lo mucho que vale. Este su segundo libro del año, «El Nombre Inefable», llega a sorprendernos, pues no estamos acostumbrados en Chile a la fecundidad de los poetas. ¿Cuántos de los nuestros dejaron únicamente uno o dos libros?

La sencillez emocional de su obra anterior está aquí, en forma bien lograda y con la misma riqueza de expresión. Su «Nocturno Fantástico» habla de su imaginación creadora, sin rebuscamientos y sin complicaciones ideológicas, convencida de que la diafanidad vale algo más que los afanes mecánicos con que se torturan, y nos torturan, mucho líricos de la hora.

Casi la mitad de su libro la componen sonetos, bien delineados y ricos de fuerza emotiva. Copio aquí «Mi Amor», para que se aprecie la corrección clásica y el espíritu modernísimo que la autora da a sus sonetos:

Mi amor no es el dolido amor; es
[lo profundo,
sí, de todo lo amargo, pero dulcifi-
[cado.
Es la violeta fúnebre y el clavel en-
[carnado
que juntó en un perfume la química
[del mundo.

No soy la criatura primera que
[ha llorado
ni soy la única boca que gustará en
[el mundo
los racimos de fuego y el manzano
[dorado.
¡Cuántos han conocido la tierra
[en que me hundo!

Hay hasta jerarquías de estre-
[llas, pero todos
hemos fraternizado de diferentes
[modos
en la gran comunión del dolor y
[la muerte

y el amor: tres hermanos. Ojalá
[en mi canción
se halle el mismo latido de más de
[un corazón
ya que hice grande el mío, amor, por
[contenerte!

No podrá tachársela retrasada ni de vanguardista. Está en lo justo término medio, prolongando el modernismo, que vive, con ligeras renovaciones formales, a pesar de los que le creen difunto.

Porque no olvidemos que los grandes poetas actuales de América, leídos en todo el continente y en España, son modernistas: Urbina, Valencia, la Mistral, Capdevilla, Banchs, Arrieta, Chocano, Lugones, Silva Valdés, Max Jara y otros. Los de vanguardia no consiguen todavía llegar al público. Tal vez sea la suya una poesía de selección para espíritus ultra refinados, y estribe sólo en esto su

reducida divulgación. Todo es posible, tratándose del arte y del público.

Este «Nombre Inefable» de (1) María Alicia Domínguez no marca, en verdad una nueva ruta, ni un avance ideológico o de simple forma en su obra ya conocida. No hace sino confirmar su temperamento y su constante dedicación.

Espigando sus numerosos libros podría formarse una antología de mérito indiscutible. Ojalá que la poetisa hiciera la selección de sus poemas. Yo creo que nadie juzga sus producciones mejor que uno mismo, teniendo es claro, la suficiente dosis crítica para desoír la voz interna, que siempre mira con pasión engañadora el dolor o la alegría que pusimos en nuestro canto.—C. P. S.

NOVELA

«BARULA», de *Carlos Vattier B.*

«Barula» sería el último libro que se me habría ocurrido publicar en Chile.

Esta pequeña novela, obra de una pluma nueva (no debíamos decir: nueva; todas lo son) mejor dicho, obra de un niño, ha venido a posarnos un problema latente en nuestra literatura.

Barula, pseudónimo de Mario, personaje principal, es el tipo del muchacho precoz, culto, viril, en la forma en que puede serlo un adolescente; hostil a su hogar, como lo son todos los precoces.

(1) Buenos Aires, 1931.

Barula y el medio en que actúa, traducen con bastante habilidad la vida del muchacho santiaguino en 1930, al menos de aquellos que, a las cualidades anteriores, unen la otra, tan rara, de tener un alma grande y bien intencionada.

¿Se trata de una autobiografía? No lo creo. Conozco al autor; es un buen muchacho, no exento de defectos, como todas las personas, pero no es «Barula», a pesar de que este último también dista mucho de ser un personaje ideal. No, Barula es pura humanidad, y humanidad nuestra con sabor a la tierra, y sabe Dios si no está allí el mérito mayor de la obra. Sí, el mérito y el problema. Primero el problema que yo titularía de las «vallas literarias», el de los obstáculos, de las polémicas, de las intenciones bajas. Se dijo que Barula no tenía valor alguno, que era un plagio a Radiguet; después se cambió de opinión y se repitió a porfía que el plagiado era Rainer María Rilke. Nuestro amigo Latcham acusó al autor de haberle robado dos nombres: Victoria y Osvalda (caso nuevo de propiedad literaria sobre los nombres propios.....) En fin, los sinsabores menudearon sobre el desgraciado autor, y no pocos sobre mí (modestia aparte) que seguía de cerca la evolución del libro. A cada nueva acusación me ví obligado a releerme las obras completas de los supuestos colaboradores de Vattier y después de cada lectura, penosa como es de suponerse, me convencí que seguía una pista falsa. Y tantas fueron, que

este comentario ha venido a aparecer un año después de la publicación de la obra. Es cierto que tardé aún más para «Zurzulita» de Latorre. . . . Pero en fin, dejemos de lado esas pequeñeces propias de los países faltos de distracciones. . . Hay problemas de mayor trascendencia que pueden retener nuestra atención.

Barula, es, me parece, el primer libro escrito en «chileno», si hacemos excepción de aquellos libros con diálogos en criollo, acertados a veces, los menos, casi siempre unidos en monstruoso maridaje a un español híbrido de peninsular y americano, ridículo para los españoles y cursi para los americanos.

Ya sabemos la evolución de la lengua en estos pueblos de América, en Chile especialmente. No fué el pueblo quien corrompió la lengua en nuestro país, como ha pasado en las naciones de Europa, sino la clase alta. De allí que toda obra escrita en lengua castiza (o que pretende a tal) tiene un dejo a clase media que no siempre va en su favor. Vattier ha escrito en lengua «bien», anti-castiza, pero con una variante curiosa: «en lengua bien, por persona inteligente», sensible a la belleza, observadora hasta comunicarnos una sonrisa de propia satisfacción; elegante de alma, con finura exquisita, y no olvidemos, con una ingenuidad que va hasta la bondad. Esto último no podía menos que desatar la sorna, aquí, donde las piezas trágicas o delicadas, se ahogan en la más franca hilaridad, y los ritos

fúnebres (unic in de world) en la cueca y el alcohol.

Repito, «Barula» es el último libro que yo hubiera escrito para publicar en Chile. Es cierto que se han publicado libros más osados. Sí, más pornográficos (si pornografía puede llamarse a la evolución de la adolescencia), pero aquellos no eran tan delicados y tiernos y como tales podían triunfar por el escándalo que, al fin y al cabo, es una forma de fuerza bruta. Barula era tierno, era niño que podía pensar y que sabía sentir, mucho más de lo que se atrevió a confesar el autor. Quizá fué esa misma debilidad, la que despertó algunas protestas sobre la «moralidad» de la obra y sobre las intenciones de Vattier. No debió, éste, publicar ese libro entre nosotros; y digo esto sin ánimo de ofender, así como no daríamos *Alsino* a un yanqui, el *Quijote* a un francés o el *Ulises* a un italiano. . .

¿Defectos? Los tiene, y grandes. Primero, aquellos que sacan de quicio a nuestros críticos y que forman la esencia de sus comentarios: las faltas de imprenta y los errores de compaginación, amén de ciertos defectillos de lenguaje, que en este caso sólo se advierten después de una segunda o tercera lectura, cuando el interés de las ideas ha perdido ya el prestigio de la novedad.

Es cierto que algunos tipos.—que yo juzgo indispensables dentro de toda novela que tenga por teatro la vida social de América—son chabacanos y molestos; pero esto no es la culpa del autor. Esta ob-

jeción, formulada por no sé qué crítico, me recuerda el comentario de una señora que había asistido a «Aleluya» la célebre película de costumbres negras. «Es lástima, decía, que todos los artistas sean negros...» Por lo demás, esos personajes secundarios y ridículos están maravillosamente delineados, y su presencia en esta obra, realza en forma muy atinada y artística la figura idealista de Barula.

¿Qué el libro es caótico? Sí, lo es. Más que novela, se me antoja el diario de un adolescente, pero de un adolescente como ya quisieran serlo los que perdieron la frescura del alma, y con ella, la de las ideas. En resumen, es un pequeño «gran libro», naturalmente guardando las proporciones debidas a la capacidad presente y pretérita (espero que no, futura) de nuestra literatura, a la edad del autor, y al *fin* que éste se propone.

Aquello del «fin» es muy importante.

Toda obra puede contener mucho más de lo que lleva, y lo que está dicho en ella pudo haberse dicho en otra forma mejor o diversa, simplemente. Será una verdad de Perogrullo, pero una obra «*Es*» debido a la exclusión de todo lo que pudo ser y que no fué. De lo contrario iríamos a la standardización literaria. Sin embargo, nuestros críticos no advierten, que dentro de una misma obra no hay cabida para una escala de valores. El único valor real de una obra está en su concordancia más o menos justa y armoniosa con la vida ex-

terior; y por lo que respecta a su valor nominal, sólo el progreso evolutivo del autor puede dar el criterio en la valoración del mismo. El metro lo fija su primera obra. Carlos Vattier ha elegido un metro grande «que podría hacerlo morir de su propia suerte literaria». Le deseamos sinceramente que no sea así. En todo caso, «Barula» es una excelente obra, llena de ilusión, de poesía, de petulancia juvenil (que en el caso de Barula—personaje, está bien, y por ello se salva el autor), y por fin, llena de esa amenidad tan escasa en nuestros tiempos en que las palabras escribir y aburrir han pasado a ser sinónimas.—*Benjamín Subercaseaux*.

DAPHNÉ ADEANE: LA PRINCESSE
BLANCHE, por *Maurice Baring* (1)

Sólo ahora se comienza a tener, entre nosotros, un interés vivo por la novela inglesa. Su ámbito se enriquece con profundas sugerencias y abre nuevos caminos a la sensibilidad. Desde la angustia morbosa de Lawrence, el aristocratismo de Michel Arlen, el extraño simbolismo de Swinnerton, hasta la morosa nimiedad de Virginia Woolf, hay zonas intermedias pobladas de fuerza y belleza artística.

Baring yergue en *Daphné Adeane* una obra modelo. No modelo en el burdo sentido de ser fácil de imitar sino en el excelente de constituir un tipo actual de interés novelístico.

(1) Stok. Paris. 1931.

Pertenece *Daphné Adeane* a la novela ciudadana. En ella se presenta no sólo a protagonistas sino que se describe cabalmente su ambiente y la manera de vivir de todos aquellos individuos que se relacionan y forman una sociedad. No a la manera de un inventario de hechos y de menudencias de índole social sino dando la sugestión de un mundo en que impera el refinamiento y hasta el «dandysmo».

Tanto es el poder de sugestión de Baring y tanta la delicadeza de su talento que, como observa Maurois, los hechos relatados por él no tienen más relieve en su novela que el que poseen en la vida.

Contribuye a esto la índole objetiva del autor. La objetividad es, para Baring, no una pose sino una manera personal de explayar las cosas. Y la finura poética de su temperamento constituye un auxiliar vigoroso del escritor. Toda la obra aparece impregnada de este hálito de poesía y de ensueño que destaca a *Daphné Adeane* por detrás de los otros personajes y entrega a una muerta tanta fuerza de interés como a seres de carne y hueso que se mueven en salones y centros mundanos.

Baring deriva psicológicamente de Proust; pero es menos complicado. Hay en sus novelas más sanidad y la índole general de sus tipos es más ceñida sin relaciones directas con la psicopatología. Tampoco tiene Baring el exceso de decoración y detallismo que caracteriza a Proust. Pero en la manera, en el soplo poético, en la tenue

sugestión, en la modernidad surge el parentesco espiritual.

Baring es católico; pero no presenta en su obra una apología de su modo de pensar. Está muy distante y por encima del modo novelístico de Bourget. Más bien posee la sutil objetividad de Mauriac, superándolo en fuerza creadora. El valor de la doctrina cristiana—para Baring—no resulta nunca un producto de las acciones o la conducta de un personaje determinado. Sin embargo, vemos como el catolicismo informa los actos de sus creaciones literarias y no la de otros personajes cualesquiera. Sin embargo, el modo de Baring, su talento creador y su admirable técnica, alejan de sus novelas todo mal gusto o apostolado impertinente. Fluyen las consideraciones éticas de tal manera indirectas que el drama moral asume un relieve ejemplar aun para aquellos que no aceptan el ideario de los Evangelios.

De un modo similar trata Baring a sus personajes. No los analiza ni los pinta de un modo gráfico. Tan sólo los describe. Parece que fuera sólo una murmuración la que hace en torno de ellos. No dice: era alto o bajo; ni era enérgico o inteligente; o brioso o abúlico.

Dice simplemente: Fulano era Subsecretario de un Ministerio; Zutano, un comerciante; el de más allá viajaba por Italia, etc. Simples presentaciones que se hacen con un exquisito buen tono y una cortesía admirable.

Después explica sus actos en el curso del libro y esto nos da la

mejor noticia de sus vidas. Podría objetarse a Baring que tal procedimiento le da a sus tipos cierta imprecisión; pero la maestría del novelista salva cualquier obstáculo. Es imposible tener mayor realismo con procedimientos más delicados y profundamente humanos.

Lo mismo acaece con el ambiente, el paisaje y los escenarios de la obra. De muchos ni nos habla; de otros traza una simple y hábil relación, sin comentarios holgados. Y no obstante, el ambiente, el escenario son una de las cosas más perfectas de esta novela logradísima.

Obra toda del don de sugestión que forma la originalidad dominante en un escritor tan delicado y exquisito. Hay allí una perfecta unidad de tono entre escenario y personajes, entre acción y ambiente.

Más que un estilo estas cosas revelan un tono. La absoluta ausencia de humor: la seriedad, la buena fe, la simple y perfecta distinción natural del autor entrañan un atractivo especialísimo que crea a Baring un sitio relevante en la literatura inglesa de hoy.

Y no se crea que *Daphné Adeane* es un libro frío. Es todo lo contrario, no obstante los inconvenientes que ofrece la pintura de una sociedad aristocrática.

La figura que da el título al libro, *Daphné Adeane*, muere antes de iniciarse la acción y se hace aparente por sus relaciones con los vivos. Es tal el don de sugestión que tiene Baring que la muerta toma un relieve que pocos vivos

alcanzan en las páginas de un relato.

Ahí se muestra la intensidad del don poético de Baring que recuerda otra mujer muerta, Magdalena Green la inmaterial protagonista de *Legende*, admirable creación novelesca de la inglesa Clemence Dane. El sentimiento y la emoción son cualidades dominantes en *Daphné Adeane* y tienen, sobria y contenidamente, los acentos del arte perdurable en sus páginas. Baring conserva las directivas eternas de la medida y el buen gusto. Dista de lo patológico y de lo anormal. Salva con finura y poesía lo escabroso de un adulterio y reviste a todas sus creaciones de un carácter humano y hondísimo.

Con la *Princesse Blanche* nombre que tiene en francés *Cat's Cradle* de Maurice Baring, revive el interés de un problema literario: ¿puede existir la novela católica? Baring rehuye con pericia lo polémico y se aleja, por consiguiente, del modo de un Chesterton o de un León Bloy. No acepta, tampoco, el sistema apologético de Bruszet o el místico de Francisco Jammes.

Baring hace novela pura y simplemente. Hace arte y extrae su raíz en la vida real, sobre todo en la de los salones, cuyas costumbres y maneras no ofrecen secretos a tan fino buscador de matices.

Pero Baring, a la vez que un gran novelista es un hombre religioso y sabe presentar lecciones sin deteriorar la parte artística de sus relatos. En «*Cat's Cradle*» que traducido

literalmente significa «cuna de gato» o sea esas cunitas que se hacen con cáñamo, hay un símbolo de como la más pequeña cosa puede cambiar el curso de una vida. Es la vieja tesis católica de que «los actos nos siguen», de que no hay pequeñeces en la vida y que las cosas de apariencia inconsistente, adquieren un valor inmenso y un significado vasto por un accidente cualquiera. Estos actos, tales accidentes suelen modificar el curso de las existencias y arrojar a los humanos por un camino distinto con acontecimientos inesperados.

Para el novelista católico—según Henry Massis—la fe debía ser la única realidad. Es indudable que todo el curso de un relato tiene que ser, para el novelista cristiano, un producto de este sentimiento tan preponderante. Pero la dificultad consiste en la presentación de los hechos para que en ellos, exista verosimilitud artística. Aquí naufraga muchas veces el novelista católico.

Con Baring no acontece nunca tal fenómeno; porque su sensibilidad y tacto lo han equipado maravillosamente para todo evento novelístico. Y llegamos a la conclusión de que todo arte es maestría. La realidad se hace ideal; este es el grado poético. Y Baring sabe, como pocos, sutillar a la realidad y transformarla en poesía delicada.

La Princesse Blanche es una creación en que tres o cuatro generaciones con sus gustos y costumbres, su arte y cultura, y la política y aun las modas, desfilan evo-

cadadas con eximio arte y maestría.

Es curioso cómo Baring hace revivir ambientes tan distintos como el de Roma y el de Londres con las costumbres de los protestantes y de los católicos ingleses. Una palabra, un gesto feliz, un esbozo rápido nos dan el secreto de una vida, el móvil de una existencia.

Cat's Cradle es una visión conjunta de la vida hecha con una precisión realista pocas veces lograda. No tiene la intensidad que las dos mujeres: la viva y la muerta, dan a *Daphné Adeane*; y pueda ser que no alcance su elevada potencia poética. Pero, precisamente, la moderación con que se ve allí todas las cosas, la levedad de la intervención del autor, dan al libro tal carácter de realismo que lo colocan entre lo mejor de la producción inglesa actual.

Este realismo se hace más intenso a medida que transcurren las páginas y, a la vez, una dulce y penetrante poesía nos impregna y subyuga con los mejores secretos sugestivos del arte.

Maurois elogiaba a Baring diciendo que la moderación, el equilibrio y el huir de subrayar las cosas dábanle un encanto indefinible. Entre este juego de realismo y de poesía, en este abandono poético y en este señorío difícil del arte se halla el magistral don de interesar que posee Baring y hace explicable su éxito en el público francés por obra de las traducciones comentadas aquí.—Ricardo A. Latcham.

ENSAYOS

RUSIA, SIEMPRE RUSIA.

(A propósito del libro *Rusia en 1931*, de César Vallejo).

Ningún interés despertaría la aparición de un nuevo libro sobre Rusia, dada la profusión mercantil con que se publican, si él no fuese la obra del escritor peruano César Vallejo, cuyo nombre por si solo es una garantía de seriedad y de comprensión de la experiencia rusa. Vallejo, poeta vanguardista con sus libros «Los heraldos negros» y «Trilce», novelista recio en su obra «El tungsteno» en la cual palpita su eterna inquietud por los problemas sociales en una aspiración de que una efectiva justicia humana clareó en el porvenir, expulsado por los gobiernos de su patria y de Francia por estimar peligrosas sus ideas político-sociales, preséntase ahora en su nuevo libro «Rusia en 1931» (1) como un sociólogo de avanzada, dándonos «la imagen del proceso soviético interpretada objetiva y racionalmente».

«Reflexiones al pie del Kremlin» subtitula Vallejo su libro, y por ello ya sabemos que se trata de un libro de viaje, despertando en nosotros la desconfianza de que un nuevo Paul Morand nos seduzca con imágenes fugaces y superficiales. Pero desde las primeras páginas Vallejo se adelanta a desva-

necernos tal prejuicio, pues nos encontramos con un escritor que va a Rusia premunido de un rico acervo de marxismo, que no irá a la tierra de Lenin a recoger impresiones objetivas, para después interpretarlas arbitraria y sentimentalmente como Panait Istrati. No llega Vallejo a Rusia como turista ni invitado oficialmente por el Soviet; va únicamente como ideólogo que desea extraer enseñanzas y poner—sin desearlo en apariencia—de relieve los dos sistemas de gobierno alrededor de los cuales se polariza actualmente la simpatía de los hombres; el capitalista y el soviético; inclinándose nuestro autor por este último. Por eso, lógicamente, sus observaciones tienen que resentirse de interesadas; pero como se preocupa de presentarnos hechos, nosotros, mal que pese a nuestra mentalidad burguesa, tenemos que reconocer lo mucho que ha caminado Rusia desde el feudalismo medieval en que se hallaba sumida en el régimen zarista hasta el vapuleado soviétismo de hoy día. Además, presenta los problemas artísticos y cinematográficos que, con tal novedad e interés, no obstante su marxismo, nuevas revelaciones superiores a la de los países capitalistas, tenemos que aceptar, en lo que a dichos problemas se refiere.

No encontramos en esta obra ninguno de esos detalles gráficos que los viajeros acotan en su libro de observaciones: que el tren marcha lento, que en la aduana no atienden bien, que los grandes pala-

(1) Ediciones Ulises.—Madrid.

cios están en ruinas, etc., etc., Vallejo penetra en la esencia de las cosas y todo lo ve en función del régimen soviético. Este libro no nos presentará un aspecto panorámico y visual del pueblo ruso, sino que nos dará los basamentos en que descansa la organización soviética. Así por ejemplo, al referirse a la edificación que, por su novedad, posee un estilo propio, soviético, según Vallejo.

Sobriedad de concepción, líneas simples, ángulos rectos, material sólido, ingeniería despreocupada del absorbente mito monumental y decorativo de la arquitectura de occidente.

A fin de formarse un juicio exacto y veraz de la forma cómo el propio obrero ruso aprecia la nueva sociedad en gestación, acude a menudo Vallejo a hacer entrevistas; va a las fábricas, a los sindicatos, a los centros culturales e interroga a cualquier obrero, reproduciéndonos, al parecer, fielmente los diálogos que con ellos tiene y en los cuales se puede advertir que hay en el interrogador el deseo de objetar; pero es la dialéctica marxista por boca del obrero quien a la postre vence en su argumentación. ¿No será el propio Vallejo quien argumenta por boca del obrero ruso?

Como se ha dicho, reiteradamente,—y esto no lo comprende quien no penetre en la complejidad social e histórica que significa el desarraigo de una organización de andamiaje tan férreo como la capitalista—en Rusia no hay igual-

dad económica: existen proletarios, *nepmans*, o sea pequeños comerciantes y burgueses, que son en su mayoría los técnicos, generalmente extranjeros. El Estado soviético reacciona frente a esta desigualdad económica como corresponde a su espíritu comunista: para el *nepman* y para el burgués la vida es muy cara, debido a los fuertes impuestos que pesan sobre los artículos que sólo ellos consumen y por no aceptar el sistema de cooperativas. (Los turistas también pagan cara su curiosidad). En cambio, para el proletariado el coste de vida es muy bajo. Según *El Economist* de Londres, en *el standard of life* obrero en los principales países industriales del mundo, en 1930, el salario real más equilibrado corresponde al trabajador soviético. Advirtiéndole Vallejo a uno de sus entrevistados la manifiesta desigualdad que hay en el coste de vida, respondióle éste diciéndole:

que precisamente para eso está el Soviet, para servir al campesino y al proletariado por sobre las demás clases sociales; el régimen es un régimen de excepciones y privilegios de las clases trabajadoras sobre las demás clases; a la inversa de lo que sucede en los países capitalistas, donde es el burgués quien goza de privilegios.

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿cuál de los dos regímenes se acerca más al ideal de justicia social, el del proletariado que labora silenciosamente la riqueza que pasa a la colectividad, o el del capitalista en que son muy pocos los que disfru-

tan de la riqueza y que generalmente ni han contribuído a amarlarla?

Otro tanto puede decirse en el aspecto político, a pesar de que en Rusia existe el sufragio universal, con las siguientes excepciones: sacerdotes, comerciantes, propietarios que pudiendo trabajar no lo hacen, empleando mercenarios (estos propietarios forman en el campo el grupo de los *kulaks*) y cierto número de antiguos oficiales y funcionarios que son sospechosos. Seguramente tales restricciones hieren nuestros sentimientos democráticos. ¿Por qué estos grupos son rechazados de la comunidad cívica?

Porque sus miembros—afirma Pierre Dominique—están en oposición de principio con las leyes fundamentales del Estado. En Francia sentamos que la propiedad es legítima y todas nuestras leyes están orientadas a la propiedad. Así encarcelamos, y, llegado el caso, privamos de sus derechos cívicos a quien la niega. De igual modo se procede allí, sólo a quien se priva de sus derechos cívicos es al sacerdote, porque el Estado es laico y se basa en una filosofía materialista. Al rentista, al patrono y al comerciante, porque su sola existencia mina los fundamentos materiales del Estado, como, por añadidura, la sola existencia del sacerdote mina sus fundamentos espirituales y el antiguo funcionario o el antiguo oficial, porque son una amenaza constante (en el fondo, es el caso de nuestros pretendientes a la corona) para las instituciones.

De esta defensa de la propia existencia del Estado soviético ha nacido la idea de la implacable e

inhumana tiranía rusa. ¿Debemos extrañarnos de que un gobierno defienda su existencia, cuando sabe que la inmensa mayoría de individuos está con él y sólo una minoría refractaria al nuevo orden de cosas quiere destruir esa organización que beneficia a las mayorías? Por lo demás, como lo dice Dominique, en los países más liberales se procede en una forma más o menos idéntica. Así, por ejemplo, en la España republicana se ha dictado una ley de defensa de la República. En Chile, después del 26 de Julio de 1931—fecha grata porque cayó un dictador ignorante que sólo benefició a sus secuaces—se ha querido dictar una ley que prohiba la venta de libros, folletos, etc., etc., que propaguen ideas contrarias a la actual organización de la sociedad. Y de la propia Francia, cuna de la libertad, igualdad y fraternidad, se expulsó al autor de este libro, cuyas acotaciones marginales hacemos, por estimar que sus ideas iban en contra de la organización social allí existente. En Rusia existe una tiranía; los rusos no la niegan, pero no es una tiranía para el proletariado, sino del proletariado para la defensa de sus intereses. La filosofía política del Soviet no acepta el concepto ya romántico de la libertad individual que en los países capitalistas mantiene en la miseria a un sector inmenso del conglomerado humano. La vida del pueblo ruso está regida por este principio de verdad inconcusa:

la libertad individual acaba donde empieza el interés social.

Se ha dicho profusamente que en Rusia existe un especie de trabajo forzado, en virtud del cual el obrero trabaja inhumanamente compelido por el látigo de la autoridad soviética. Si fuese efectivo tal aserto, sólo podríamos explicárnoslo ahondando en la psicología del pueblo ruso, cuya indolencia e inclinación a los vicios han sido sus características raciales. Además, la Rusia zarista era un país exclusivamente agrario, y su industria y comercio eran de importación. Lenin comprendió que si Rusia no se hacía industrial tendría que estar siempre a merced de sus enemigos capitalistas, porque serían ellos quienes la aprovisionarían de las máquinas indispensables para su desarrollo agrícola, viviendo, en consecuencia, en un permanente estado de tutelaje industrial. Por eso concibió el Plan Quinquenal que bajo la férrea voluntad de Stalin se está realizando con la expectación admirada y recelosa de Estados Unidos y del resto del mundo capitalista. Tal tren de actividad ha exigido del pueblo ruso un esfuerzo superior al de su propia naturaleza, esfuerzo que el Estado, como único empresario, controla y vigila atentamente, porque del fracaso o éxito del Plan Quinquenal depende su existencia. Mal que pese, el pueblo ha respondido a esta exigencia, acaso más por la fuerza de los hechos, ya que él necesita del trabajo para ganarse su sustento, que por impulso espontáneo de su voluntad; y por eso conceptuamos de lírico

el elogio que al respecto hace Vallejo cuando dice

que los obreros rusos ponen en su trabajo una abnegación que conmueve y una esperanza exultante.

Hay, pues, exageración interesada cuando se habla del trabajo forzado de que padece el pueblo ruso. La verdad es que existe en Rusia el trabajo obligatorio. Quien no trabaja no come es el principio soviético que ha indignado al rentista burgués de vida sedentaria que ejerce gozoso

el derecho a la pereza.

Y también respecto a la forma cómo se practica el amor en la U. R. S. S. se ha tejido una leyenda sombría y horripilante. En verdad, existe en Rusia el amor libre autorizado por la ley, y el matrimonio legalmente constituido, pudiendo los cónyuges divorciarse con la simple declaración de uno de ellos y sin alegar razones que lo justifiquen. El amor libre existe de hecho en todos los países civilizados y el divorcio en la mayoría de ellos, de suerte que lo único que hizo el Estado soviético fué sancionar mediante la ley una práctica inveterada y desarraigable, porque se basa en la propia naturaleza humana: la simple unión o matrimonio legal desaparece cuando muere el amor que lo generó. Así el matrimonio o unión nace de una real fuerza animadora y no se prolonga falsamente cuando esa fuerza se extingue

El interés social prima en Rusia sobre cualquier otro interés y de este concepto nace una nueva organización de la familia. Ya no es el hogar el centro familiar; y no son las actividades domésticas las que absorben las preocupaciones matrimoniales o de la unión (respecto a los hijos, el Estado corre con su alimentación y educación). Es la fábrica, la actividad social, el interés de la colectividad lo que atrae y retiene al hombre y a la mujer.

La nostalgia de la máquina—ha dicho Gladkov—es más fuerte que la nostalgia del amor.

La inquietud de creación mecánica y social en que vive el pueblo ruso, no ha impedido que él se preocupe atentamente de los problemas científicos y artísticos. Respecto al primero, baste citar el Instituto Central del Trabajo de Moscou, cuyos fines son

el desarrollo científico de la técnica electro-mecánica y la preparación de los obreros para la aplicación y ejercicio de la técnica en el trabajo práctico.

En este Instituto se preocupa actualmente el Dr. Golberg, de renombre mundial como biólogo y químico, de suprimir científicamente la fatiga de los hombres. Lo cual prueba que Rusia no sólo en los problemas sociales marcha a la vanguardia de los países civilizados. Respecto a la creación artística, en Rusia se hace arte, pero un arte nuevo, soviético, del cual aun no se puede dar un juicio definitivo, porque está en su perío-

do de desarrollo, no habiéndose producido todavía la obra genial, definitiva. He aquí cuáles serían los principios fundamentales de esta nueva estética:

Guerra a la metafísica y a la psicología. Sólo las disciplinas sociológicas determinan el alcance y las formas esenciales del arte. La inteligencia trabaja y debe trabajar siempre bajo el control de la razón. Nada de suprarrealismo, sistema decadente y abiertamente opuesto a la vanguardia intelectual soviética. Nada de freudismo ni de bergsonismo. Nada de complejo, líbido, ni intuición ni sueño. El método de creación artística es y debe ser consciente, realista, experimental, científico.

Como vemos, es un arte marxista el que reclama el Soviet con fines exclusivamente sociales; desaparece, por tanto, el arte como mero creador de bellezas con la finalidad de conmover mediante el goce estético. No nos pronunciaremos acerca de la superioridad o inferioridad de este nuevo arte en relación con el viejo arte clásico de occidente. No obstante, tales innovaciones podrían remozar nuestra vida literaria que vive, en el mejor de los casos, en un proustianismo criollo, en un trasnochado realismo o en un imaginismo pedestre, no faltando el ironizante renano, sutil, exquisito... Ya se ha dicho por opiniones autorizadas que las grandes inquietudes contemporáneas están ausentes de las obras de nuestros escritores.

Esta estética soviética hace que el escritor ruso lleve un género de vida muy distinto a la de los pro-

fesionales de las letras tan frecuentes en nuestros países.

El escritor revolucionario— escribe Vallejo—tiene conciencia de que él, más que ninguno otro individuo pertenece a la colectividad y no puede confinarse a ninguna torre de marfil. Ha muerto en Rusia el escritor de bufeté y de levita, libresco y de monóculo, que se sienta día a noche ante un montón de volúmenes y cuartillas, ignorando la vida en carne y hueso de la calle. Ha muerto, asimismo, el escritor bohemio, soñador, ignorante, perezoso.

Ahora comprendemos por qué hay escritores que firman manifiestos de ligas anti-comunistas.

También en el teatro y en el cinematógrafo se está operando un cambio radical, especialmente en este último, que no acepta el cine de alcoba que nos viene de Hollywood.

Al referirnos a los problemas espirituales, no podemos dejar de aludir a la educación soviética; ella, como todas las actividades rusas, se encuentra dentro del marxismo; y en el niño de Octubre, que así se denomina en Rusia la infancia venida después de 1917, cifra el Soviet todo el porvenir socialista.

El niño de Octubre—escribe Vallejo—es más que la esperanza y la fe en el porvenir socialista del mundo, el imperativo de realizar y consolidar este porvenir. Esto último explica el contenido de la educación soviética, cuyos dos polos cardinales están constituidos, de una parte, por la ética revolucionaria, y de otra, por la preparación práctica y científica para crear la nueva humanidad. El Soviet quiere hacer del niño un

esforzado, un luchador, un héroe y, al propio tiempo, un constructor, un técnico.

Así concebida la realidad educacional soviética, fácil es comprender el fuerte impulso que ella ha recibido, tanto la primaria como la universitaria.

De la rápida visión que hemos hecho de la Rusia soviética a través de las páginas del libro de César Vallejo, se confirma en nosotros la idea de que una nueva civilización apunta, como en los primeros días de la Historia, del lado de Oriente. La Europa gemebunda y agostada apenas si débiles mensajes nos envía de su desesperación por sobrevivir al crepúsculo en que yace. Es ahora el momento de que la América del Sur donde también se siente el fracaso del capitalismo tradicional, vibre consciente de sus altos destinos históricos, y mire atenta e inteligente esa nueva civilización que surge de Rusia, no con el espíritu servil de imitarla, sino por el ejemplo que nos da al crearse una nueva filosofía política: el soviétismo, que aunque basada en las ideas socialistas de Marx, se ha adaptado y moldeado a la idiosincrasia del pueblo ruso. Así nosotros, clavemos hondo la mirada en nuestra realidad y creamos, de acuerdo con ella, una nueva estructuración política, donde sean los menos los que padezcan en un deseo unánime de felicidad.

Y es de la tierra de Mariátegui de donde nos llega una vez más esta palabra justa, encendida de clari-

videncia y de humanidad.—*Milton Rossel A.*

CUATRO COMENTARIOS A LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA, por *Gregorio Marañón*.

1.—La Monarquía ha muerto de enquistamiento.—2. Las dos y cinco de la tarde: 14 de Abril de 1931.—3. Una lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad.—4. La flecha de 1898 se ha clavado en el blanco de la libertad.

La Central de Ediciones y Publicaciones de Madrid, ha iniciado con este opúsculo de Documentos Políticos del Dr. Marañón, una serie de libros fundamentales, tales como «La Génesis del Capital», por Marx; «Cómo se realiza el socialismo», por Deslinieres; «El Leninismo teórico y práctico», por Stalin; «Imperialismo y Anti-imperialismo», (con unas cartas inéditas del General Sandino), por Falcón; «La decadencia del capitalismo» por Varga; «Terror Rojo y Terror Blanco», por Krilenko; «Ocho años de poder soviético», por Trotsky; «La Iglesia y el Estado», tres ejemplos de separación, por P. G. la Chesnais, y «Jornadas de Octubre», por Naumov.

Estas ediciones, de precio bajísimo empiezan a circular en el mercado librero americano con éxito evidente, contrarrestando con su difusión popular el precio alzado de la literatura, inalcanzable muchas veces, para el presupuesto modesto de obreros y estudiosos. La Central de Ediciones ha tenido un acierto al escoger cuatro estudios

de Marañón para iniciar esta campaña difusora.

Aunque los cuatro artículos eran conocidos y han aparecido insertos en la mayoría de los diarios americanos, su publicación en este folleto, realza una vez más la sobria y ejemplar obra analítica del maestro hispano, que ha sido el escalpelista paciente del cáncer ibérico y el afortunado controversista de todo espíritu reaccionario. Para los chilenos la obra de Marañón tiene un significado singular y de proporciones valiosas, por cuanto las causas y efectos políticos del último tiempo nos han sido comunes.

Copiada la dictadura de Primo de Rivera, asimilada su marcha conculcadora, verificado su crecimiento falso en el concepto público, también llegamos a la derrota de ese régimen por fuerzas espirituales de irresistible verdad.

Por esa circunstancia, cada palabra de Marañón es un veredicto sobre nuestros propios errores y para probarlo, bastaría sólo comentar marginalmente uno de los cuatro artículos que completan su opúsculo:

una lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad.

Dice Marañón:

Así se fué constituyendo una formidable masa social, en realidad sin una ideología única, pues caben en ella las tendencias socialistas, los intelectualismos avanzados, el criterio conservador y *la más perfecta indiferencia*. Este gran volumen de ciudadanos estaba, por lo demás, al margen de

una organización única. Por todo ello *era muy difícil prever su futura actitud política.*

La tiranía chilena se derrumbó por falta de capitales que sostuvieran su falso prestigio, ya que sólo podía especular en el ambiente de nuestra indiferencia musulmana, sin alcanzar jamás al convencimiento espiritual de nuestras fuerzas sociales. El desconcierto manifestado durante 7 años, no daba el cálculo de las probabilidades futuras, porque tanto la moral como la acción marchaban a la deriva de los acontecimientos.

Y luego el temor, el silencio impuesto por la amenaza, la eterna canción del comunismo como cartel pavoroso, para la burguesía y el capitalismo calculista y abyecto. Dice Marañón:

La otra causa, ésta de tipo reaccional, epidérmico, fué sin duda la molestia que producía el tono de la propaganda monárquica hecha a base de amenazas tan ridículas que presuponían un verdadero cretinismo en sus oyentes y lectores. A muchas de estas gentes, seguramente inclinadas en circunstancias normales hacia la Monarquía, les oí asegurar aquellos días que votarían a la República, sólo como protesta contra los que juraban que el triunfo de las izquierdas iría seguido del asalto de los Bancos, de la violación de sus hijas y de la desaparición de la familia. Si se coteja el número de ejemplares vendidos en Madrid por los periódicos que proclamaban estas desventuras con el número—mucho menor de los votantes por la Monarquía, resulta evidente que una buena parte de los electores de la República estaba formada por lec-

tores de periódicos inhábilmente realistas.

La burguesía ahita de prejuicios y la militarada afanosa de mantenerse en el poder, buscaban el determinativo de un peligro, para amenazar a los timoratos, que son la mayoría desgraciada de los pueblos, ya que el primer paso de vasallaje que ejerce el capitalismo es la confusión de las conciencias y la absorción de la personalidad. Para eso no escatima su propaganda felona.

El párrafo transcrito parece vivido en Chile y su aplicación a nuestro sistema está fabricado sobre medida.

Y finalmente, dice el autor:

Representa, esta revolución, para el futuro social de España la lección severa al «señorito», plaga de nuestra sociedad, que cualquiera que sea el porvenir político del país, será pronto una fauna incompatible con la vida nacional. El señorito «*aristócrata o nó*», porque crece en todas las latitudes sociales, que a costa de capitales improductivos, o de sueldos otorgados por el favor y ganados sin esfuerzo y sin dignidad, pasaba la vida ocioso, cerrado el entendimiento y el corazón a todos los progresos del espíritu y a todas las generosidades, ha sido ahora aplastado por la burguesía trabajadora, su enemigo inmediato. El señorito no se da cuenta de ello, y echa la culpa a los comunistas y anarquistas, que no existen, por fortuna, para él, porque, de existir, otra hubiera sido su suerte. Le es más fácil suponer que su enemigo es un revoltoso iracundo, de los que puede detener la Guardia Civil para que él siga disfrutando de su pere-

za. No ve que es toda una clase social que le pisa los talones, y que con moderación en la forma, pero con energía inflexible le invita a renunciar, cuando aun es tiempo para ello, a un tipo de privilegios que ya no existe en ningún país civilizado.

No merecen mayores comentarios estas observaciones encuadradas perfectamente a nuestra estructura social (por algo bebimos en sus linfas de sangre) y la similitud de nuestros problemas tiene un arraigo conmovedor, tanto en la adaptabilidad del sistema dictatorial como en el azote despiadado que merecemos por la falta de originalidad. Marañón al estudiar el problema español, ha dilucidado un problema indo-americano.

Y hasta en el final de su artículo enjundioso y medular, hay un párrafo, que podría ser el compendio de todo cuanto ha dicho este hombre arrestado, avanzado y vidente desapasionado:

Todo dependerá de que encuentren los hombres capaces de organizar y dirigir esta gran masa y de que no predomine sobre ellos el espíritu cerril que hasta ahora había caracterizado a las derechas españolas. Si éstas tienen instinto de conservación, deben aprender la lección y buscar en adelante el peligro, no en el remoto comunismo, sino en su propia incapacidad de evolucionar.

No hay duda que Marañón habla a la América india, viva de reflejos y de refracciones.—G. L.

ENSAYO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE ESPAÑA, por *Salvador Madariaga*.

El caso de Madariaga es, entre los ensayistas españoles de la hora presente, de singular notoriedad; desde luego, por el punto de vista en que sus viajes y su cultura lo han situado. Me refiero a su visión de España fuera de España, lo que da un carácter excepcional a la perspectiva psicológica de su interpretación.

Evoco el grito angustioso de Larra en los primeros años del siglo XIX, tratando de precipitar con su aguda sátira la tardía evolución de la sociedad española de aquellos tiempos, los ojos vueltos hacia Francia. Evoco a Clarín, desterrado en su lluviosa Oviedo e incomprendido en Castilla, el pensamiento fijo en París, único modelo digno de imitarse.

Y Larra y Leopoldo Alas, como más tarde Ortega y Gasset, germanizando a un país de vehemencias indisciplinables, exageraban la nota sin duda y veían con negros colores el porvenir de España; la salvación, para ellos, consistía en europeizarla rápidamente.

El acercar España al Africa y volverle las espaldas a Europa (la tesis de Unamuno y de Reparaz) a pesar de las poderosas razones étnicas e históricas que la apoyan, es también inaceptable en su exagerada tendencia iberista.

España recibió, es verdad, a fenicios y cartagineses (en el ejército de Aníbal había gran cantidad de iberos) como hermanos, pero las

tribus ibéricas, dominadas por los romanos, se infiltraron de su civilización, la hicieron suya y primero los ibero-romanos y luego los hispano-godos, al convertirse al cristianismo, crearon una nueva civilización, en la cual había elementos orientales, acentuados más tarde con el aporte de la invasión musulmana.

¿Europeización? ¿Deseuropeización?

He ahí un dilema que no tiene solución y que tampoco debe buscársela.

Europeizarla, por completo, es restarle carácter, ahogar la natural expansión de la raza, en la cual persisten, quien sabe si para bien de ella, elementos que los otros pueblos de Europa no poseen. Deseuropeizarla es volverla a una primitividad peligrosa, sin aprovechar las evidentes ventajas organizadoras de la civilización de Occidente.

Desde fines del siglo XVII, los escritores peninsulares, testigos de la decadencia, buscaron las raíces del mal que tan rápidamente precipitó a España en la ruina, a pesar de su reciente esfuerzo en Europa contra los protestantes y de la grandiosidad de la conquista de América. Las causas eran muchas y los remedios no se veían aún. Gracián, Quevedo, Cervantes, ahondaban en la llaga, pero sin curarla. Guerras civiles, profundas divisiones entre la meseta y el Mediterráneo, han desorganizado España y las tendencias subsistentes aún, tornan a encontrarse al advenir la República.

El Occidente, menos vigoroso ahora, vuelve a luchar con el sedimen-

to oriental redivivo. La República recuerda por su aptitud acogedora para judíos y árabes, algo de la política de los Califas, que permitían a los mozárabes continuar en sus costumbres y en la práctica de su religión, siempre que aceptasen a sus dominadores.

Es significativo que su Presidente, Alcalá Zamora, reúna en sus apellidos los elementos étnicos de un mozárabe medioeval. Según se dice, hay varios políticos que descienden de sefarditas.

El problema religioso vuelve a plantearse y esta vez agravado por la propaganda materialista del bolcheviquismo, pero el clero español es otra cosa que el clero ruso. Entre los Jesuitas hay numerosos hombres de ciencia y pedagogos excelentes; y a poco que la República haga efectiva los artículos de la Constitución, que se refieren a expulsión de órdenes religiosas, la guerra civil podría estallar, tan implacable como en los tiempos del carlismo.

Madariaga, espíritu sereno, educado en Francia y en Inglaterra, representa la nueva república o un inteligente espíritu de conciliación. Claridad y acción parece ser su lema político. Algo recio y bien construido, como una obra de ingeniería.

Conocedor de España y del espíritu español, defiende esta unidad en la variedad y esta variedad en la unidad, tan típica de la Geografía de la Península.

En un reportaje que el escritor chileno Alfonso Barros hizo a Madariaga en Suiza, encontramos estas

palabras que aclaran su concepto:

«Ni unitarismo ni federalismo. Los que aspiran a un tipo federal representan un retroceso a las ideas del siglo XIX, tan poco de acuerdo con la solidaridad internacional del siglo XX. Tal vez se llegue a una República suficientemente centralizada, pero con la elasticidad necesaria para permitir a cada región una vida desahogada. Una República pactada. Y una República de tipo francés en que el Presidente (ecuanimidad, cordura, conciliación sea más bien Presidente del Consejo de Ministros antes que Presidente de la República. Por otra parte, es de esperar que las Cortes no se dejarán asustar por las palabras. La denominación es lo de menos. En Francia, Gran Bretaña, Escocia, Inglaterra, Irlanda, Gales, se llaman naciones y eso no impide la unidad histórica. Lo esencial es la unidad cordial y no las palabras que se emplean para designarla.

Madariaga, como Erasmo en el siglo XVI, es un enamorado de la cultura Occidental. Me hace pensar en Juan de Valdés tan claro y equilibrado como él, recordando a su España en Nápoles y viéndola, desde el Mediterráneo, con su grandeza y con sus defectos. Madariaga comprende la inutilidad de una lucha religiosa y su espíritu ecuaníme prevé la tragedia y trata de evitarla.

De ahí que se inclina a dar luz sobre el problema, a acumular argumentos para sortear el choque, sin discutir. Desde *Ingleses, Franceses y Españoles*, hasta *España*, su último libro, su actitud es la de un

equilibrio, pleno de buen sentido. En el sustraerse a la esterilidad de la polémica, tan del gusto de los españoles, estriba su originalidad. Discutir es enturbiar; no actuar. El trata de comprender y hacer comprender. Esta es su fuerza.

«La historia es de tan poca satisfacción para el hombre de ciencia como para el artista, aunque exige para su manejo armas de ambos arsenales».

Y Madariaga permanece fiel a este principio, a pesar del carácter de esquematización de su último libro (1). El mismo confiesa que forma parte de una colección de monografías de naciones contemporáneas, publicadas en inglés.

Constituye su obra un panorama político de la España actual. Es, al mismo tiempo, un ensayo psicológico y una interpretación histórica. El admirable prosista que hay en Madariaga da vitalidad y amenidad a problemas tan estériles como la cuestión agraria, la cuestión obrera y el problema catalán. Abundan los retratos, maestramente dibujados algunos. El del Rey Alfonso XIII y el de Romanones, por ejemplo.

Cada uno de los capítulos del libro merecería un comentario especial, tan nuevos son los puntos de vista con que Madariaga ha enfocado los distintos aspectos de la historia peninsular durante el siglo XIX; pero el espacio de que dispongo me impide hablar de cada uno de ellos particularmente.

No dejaré sin comentarios el ti-

(1) España. Editorial C. I. A. P.—1931.

tulado *Galdós y la Generación del 98*, en que se da al gran novelista español el papel que le corresponde en el despertar de la conciencia española de fines del siglo XIX y de principios del XX. Ciertamente es que Azorín y Pérez de Ayala habían comprendido ya la trascendencia de la obra galdosiana en ese período de la evolución española.

Madariaga lamenta el desconocimiento que en Europa y en América existe sobre la significación histórica de Galdós y aun sobre su maravillosa potencia creadora. Yo añadiría a España. Se le ha considerado como un novelista para obreros. Demasiado elemental, poco refinado en la forma. Las confesiones enfermizas y las metáforas artificiales estaban de moda; pero los tiempos lo vuelven a colocar en primera línea como a Zola en Francia y como a Gorki en la Rusia soviética. Galdós iba al corazón del pueblo español, porque del corazón de España nació su obra colosal. Fué un símbolo de la meseta y como ella, es grande y tumultuoso. En el vasto panorama de sus novelas y dramas está el épico claro obscuro de la llanura. No hay refinamientos ni escarceos de estilo, sino fuerzas, vendavales desencadenados. La vida de la meseta se reconcentra en Madrid, convertida en gran ciudad a fines del siglo XIX. Galdós pintó la vida madrileña en sus novelas contemporáneas que no eran únicamente descripciones de costumbres, sino interpretación de las virtudes y de las cualidades de la raza.

Así como el Quijote es la muerte

del ideal caballeresco frente al Renacimiento, la obra de Galdós es el espíritu positivo y científico en contraste con el tradicionalismo agónico del siglo XIX en España.

En el siglo XVI pierde España su hegemonía europea; en el siglo XIX, sus colonias. Es también un pueblo anglosajón el que la precipita a una nueva crisis. Entre los palaciegos del siglo XVII y los empleomanos del siglo XIX no hay, en el fondo, muchas diferencias morales.

A los frailes y militares se han agregado, ahora, los abogados convertidos en políticos. El abogado que domina, según Madariaga, el arte de sortear la Ley como el militar el de quitarla de en medio.

Así se unen, en el tiempo, los dos más grandes creadores de vida que ha tenido la literatura española.

Galdós viene de Canarias a estudiar jurisprudencia a Madrid. No vuelve más a su isla y muy pocas alusiones hace a ella en su vasta galería de novelas. Castilla lo ha conquistado y a su interpretación histórica y psicológica va a dedicar toda su vida.

Giner de los Ríos intentó renovar la caída moral de España. Galdós reconstruyó su epopeya en sus episodios nacionales y en sus novelas contemporáneas.

Un profundo optimismo inspira su creación. En esto se diferencia de Cervantes, cuyo humorismo fué amargo y desconsolador. Galdós tiene fe en su raza y sobre todo, fe en el amor, remedio de todas las amarguras y de todas las incomprendiciones. Incluso insinúa soluciones, a

base del amor. Así, en *La Loca de la Casa*, al unir a Cruz, el luchador sano y fuerte, de raigambre popular, con la aristócrata que se ha salvado de la ruina de una familia y va instintivamente hacia éste hombre rudo, símbolo de la virilidad de la raza.

Esta es su importancia en la generación desalentada y pesimista del año 98. Su anticlericalismo, tan utilizado por sus enemigos para desprestigiarlo, es sólo un accidente en su enorme concepción social y ética; en el fondo, es un español convencido y la fe en el porvenir de su raza es la savia que fecunda su creación.

Contribuyó con Giner de los Ríos, con Joaquín Costa, con Ganivet, con Unamuno y Ortega y Gasset a plasmar la nueva conciencia colectiva. España supo por ellos el error de su falsa política y por ellos ha encontrado ahora su verdadero camino.—*Mariano Latorre.*

VIAJES

MUJERES, PAISAJES Y TEMPLOS,
por *Eugenio Orrego Vicuña.*

Otra obra en la lista ya larga de publicaciones de Eugenio Orrego. El nieto, que parece quisiera heredar la inalcanzable fecundidad del abuelo historiador, ha abarcado los temas más disimiles en su nutrida producción literaria. «Historia y crítica», «Viajes», «Socialismo», «Teatro», son los acápites en que el propio autor encasilla sus obras y en todos ellos hay más de un título.

Esta última obra (1) es de «Viajes», pero es preciso señalar que por encima de las clasificaciones que haga el autor de sus obras, si se examinan ellas con cierto criterio crítico aunque este no sea muy estricto, se ve que en el fondo, salvando las vallas de la diversidad de materias en todas las obras de Orrego sólo hay un continuado monólogo de un escritor de teatro, que ha desviado sus naturales facultades. Un autor de teatro porque su característica más principal es el espectáculo, la nota expectante. El autor de dramas y comedias que desea tener suspenso a los espectadores ante una situación dramática determinada, que pretende ahincar el estudio de determinados conflictos pasionales, es el mismo viajero incansable que del Extremo Oriente nos relata los pintorescos espectáculos de las costumbres exóticas, de sus impresiones personalísimas; el mismo aficionado a la sociología que apasionadamente nos desparrama en imágenes de la nueva Rusia las excelencias de un determinado credo social; el mismo ensayista de historia que entre papeletas viejas y personajes estudiados le dió rienda suelta a la imaginación generosa y nos regaló, en consecuencia, una nueva visión de este personaje, de aquel acontecimiento, de esa época..... En todas sus producciones Eugenio Orrego ha guardado su nota personal, su íntima fusión con todo aquello que escribe, su

(1) Edit. Impresora Uruguaya. Montevideo, 1931.

virginidad completa y emocionante ante las carillas en blanco. Por esto, acaso, las producciones de Eugenio Orrego pueden discutirse, por esto algunas de ellas están marcadas por defectos y por esto también, todas ellas tienen cualidades encomiables.

Con una nutrida experiencia viajera, Eugenio Orrego ha salido poco de sí mismo, al menos esta impresión dejan sus obras y especialmente esta última. Acaso es mejor que así sea. Su viaje a Oriente, resulta una interpretación de Oriente a través de Orrego. Con esto su libro, queda fuera de todas las anotaciones descriptivas del «baedeker» lo que es una cualidad primigenia, pero no alcanza a crear una interpretación original de lo visto, lo que pudiera considerarse como un defecto. Son impresiones particulares de aspectos determinados de la vida de Oriente en las que el autor ha puesto una observación fina, y en todas una dosis apreciable de literatura. Es tal vez este el reparo más serio que puede hacerse al libro de Eugenio Orrego; excesivamente retórico, demasiado literaturesco. Sin duda que la observación que motiva el arranque retórico es exacta, que hay anotaciones que constituyen hallazgos de perspicacia traducidas en el libro en frases emocionadas y simpáticas, pero perdidas en muchos párrafos exclusivamente retóricos:

Vemos en una visión de una ramera del Yoshiwara:

¡Ah, Midzu-San, dulce y pobre Midzu-San! Mujer que encadena-

ron sumisiones torturantes, provocadas por las disciplinas feudales de las organizaciones sociales que aun subsisten en el Japón. Cabeza que nunca atormentó la fatiga de pensar. Cuerpo que poetizaron el loto simbólico y la flor del cerezo en la seda de sus kimonos fantásticos.....

Midzu-San!

De las escasas líneas transcritas, aparte de la extemporánea referencia sociológica, sólo podemos recordar un párrafo exclusivamente retórico. La impresión ante la desdichada mujer, pudiera trasladarse a una cortesana de Occidente, quitándole el kimono, el loto, la flor del cerezo, es decir los motivos de retórica oriental, muy gastados y profusamente repartidos en la gran mayoría de los libros que «miran a Oriente».

Y formulamos este reparo exclusivamente formal al libro de Orrego, por una sencilla razón. Es la siguiente: el autor, acaso menos que nadie, necesita para componer su prosa de receta retórica alguna. La mejor prueba de ello es este mismo libro y su obra en general. Dotado de un estilo rico y armonioso, con una facilidad extraordinaria para expresar la plasticidad de las palabras que sirven para expresar emociones, para describir paisajes o siquiera las que se usan en la pintura achafarrinada de escenas de coloridos recargados, Eugenio Orrego, bien pudo prescindir del aparato retórico en muchas de sus impresiones. Prueba de ello son las que forman este libro donde hay páginas que quedarán entre las mejores del autor. Todas las

que relatan antiguas consejas niponas están escritas en un estilo límpido, cuidado, elegante, fácil. El encanto de las viejas leyendas ha sido transportado a nuestra lengua por un artista de sensibilidad aguda y superficial, en la que la nota artística se encuentra plenamente conseguida y perfectamente bien trazada. Otras impresiones como esa inolvidable «Llueve en Niko» (pág. 131), están marcadas por un deseo de objetivar hasta donde sea posible, la impresión que puede producir en un paseante apresurado la belleza efímera y pasajera para los ojos del viajero, de la ciudad nipona, adornada en estas páginas por la lluvia «que no da un punto de tregua» y que simula al lector el gotear incesante en el espíritu, de un recuerdo hermoso.

Muchas otras sugerencias podría provocar un estudio más detallado de este último libro de Eugenio Orrego. Acaso algún día las intentemos. Por ahora sólo nos resta agradecer al autor por su compañía en este viaje a través de Oriente, por su amable compañía que sin hacérsenos sentir en la pesadez y majadería de los «cicerones», ha tenido la delicada virtud, y la ha conseguido plenamente, de mostrarnos algunos paisajes exóticos, y lejanos, y algunos estados anímicos de todas las latitudes, con viveza y en un estilo poético y teñido en ocasiones de una vaga ensoñación de idealidad.—*Abel Valdés A.*

UN VIAJE A EGIPTO, por *Carlos Orrego Barros.*

El autor es también por familia, hombre de letras; sus padres, sus tíos, su familia toda se ha distinguido como cultivadora entusiasta de las mejores disciplinas espirituales y hoy, con la experiencia adquirida en muchas lecturas, en algunos viajes y en una vida intensa y fructíferamente trabajada nos da este libro, «primer ensayo literario», según afirma (1).

Son más o menos trescientas páginas en que el autor cuenta un viaje a la tierra de los Faraones desde la capital británica. Interesado en profundos estudios acerca de la civilización egipcia ha querido exponer sus diversos conocimientos; sus trabajos practicados en el Museo Británico, en el Louvre y en los centros de egiptología europea y al efectuar el viaje que relata en su libro, casi creemos que el viaje es un pretexto hábilmente buscado para exponernos las ideas acerca de la fenecida civilización faraónica.

Esto antes que otra cosa es el libro: un muestrario de los conocimientos del autor acerca de la civilización egipcia materia de sus estudios y de sus predilecciones científicas, pero este muestrario no es aburrido ni monótono. Para librarse de la monotonía casi inevitable en una obra orientada en una

(1) Edit. Imprenta de la Universidad de Chile, 1931.

posición determinada, el autor ha viajado en compañía de un nutrido grupo de personajes imaginarios: Felipe Gómez, John O'Clérk, Max Meyer, Sir Herbert Malville, y su esposa, Santiago Sargo, etc. Todos estos personajes de distintas nacionalidades tienen algunas particularidades comunes: conversan interminablemente y ostentan una prodigiosa erudición histórica, especialmente egiptológica, tienen es decir, un defecto capital que el autor ha notado en el prólogo del libro mejor que nadie: no tienen vida propia ninguna, y se parecen demasiado al único viajero, es decir, al autor.

Las especialidades cultivadas en la forma que lo ha hecho el señor Orrego Barros con la egiptología, tienen el inconveniente que puede suponerse: se hace una abstracción completa del mundo, de las ideas que imperan, de la sensibilidad que reina y se confina el espíritu en la especialidad predilecta sin importarle a los especialistas que algunos lectores bostezan y otros cierran el libro con impaciencia y ya no lo vuelven a abrir.

Pero los que así proceden han de ser espíritus de poco carácter y ajenos a los encantos de la ciencia egiptológica. Con un poco de esfuerzo podemos terminar el libro, decirle adiós a los eruditos viajeros y efectuar un balance rápido de conocimientos. Encontraremos que en materias egiptológicas tenemos ideas concretas y datos seguros de que antes carecíamos: habríamos acrecentado nuestro escaso acervo cultural y esta obra es la que debe

motivar los agradecimientos de los lectores y la que habrá justificado los tenaces esfuerzos del autor por hacer una obra literaria, esfuerzos manifestados a través de una espesa hojarasca retórica y no siempre conseguidos en su última finalidad.—*Abel Valdés A.*

EL MUNDO DE LOS LIBROS A VUELO DE PAJARO

CALLE MAYOR, por *Sinclair Lewis*,
Cenit (Madrid).

Con un estilo seco, perentorio como el de los libros de cuentas, que muy pocas veces se empencha de un lirismo risueño, Sinclair Lewis ha descrito la inmensa, la hormigueante vida americana. Es un libro compacto, numeroso y sólido. Tiene la arquitectura unánime de un rascacielo. Así de grande y lleno de pequeñas vidas.

TUNGSTENO, por *César Vallejo*,
Cenit (Madrid).

La preocupación por el indio y sus problemas, va creando en el Perú una literatura autóctona. No sólo los ensayos del inolvidable Mariátegui lo revelan. Novelas como «Aves sin nido», de la Turner, los «Cuentos Andinos», de López Albuja, «La Venganza del Cóndor» de García Calderón, «El Pueblo del Sol» de Aguirre Morales, «Los Hijos del Sol», de Valdelomar y últimamente esta breve novela de Vallejo, empapada en esta congoja revolucionaria, en esta viril protesta por el indio opri-

mido y este enjuiciamiento del gamonal y el gendarme. Si Vallejo hubiese olvidado un poco más su tesis habría hecho acaso una novela decisiva.

FRAILES Y MUJERES, por *Joseff Kallinnikow*, Cenit (Madrid).

Asombra ver crecer en la estepa rusa esta inmensa floresta de novelistas. Y asombra más ver la fuerza virgen, impetuosa, salvaje de las vidas que pintan. Demasiado densa quizá —unas 700 páginas de letra apretada— esta novela pinta la vida de los conventos rusos, sus pasiones, sus miserias. Juntas van, como las llamas de una hoguera, la pasión carnal y la locura religiosa.

LES DOUZE PAROLES DU TZIGANE, por *Costis Palamas*, Stock (París).

Se trata de una obra rara ya en estos tiempos de radio y creacionismo. Resucitar la vieja épica en un poema que canta la llegada a Tracia del pueblo gitano, en la decadencia del imperio bizantino. Hay fuerza lírica en el poema. La arquitectura es bien simple en sus líneas generales, pero en su realización es donde el poeta muestra sus dotes. Hay momentos, fulgores breves en que uno recuerda a los viejos inmensos Esquilo, Eurípedes. Palamas es el mayor poeta vivo de la Grecia de hoy.

PRECOCE AUTOMNE, por *Luis Bromfield*. Stock (París).

Esta sorprendente novela ha obtenido el premio Pulitzer que es

la más alta recompensa literaria de los Estados Unidos. Sin ser viejo Bromfield se ha situado ya entre los más leídos y admirados novelistas americanos de hoy. Hay una nueva vida en estas novelas donde el detalle minucioso no hace sino dar una mayor vivacidad al relato.

MISTER WHISKY MI RIVAL, por *Lucio D'Ambra*. Cervantes (Barcelona).

Es esta la historia prolija apasionante, minuciosa y vívida de una pasión fatal. Ella es la mujer complicada que bebe y carece de sentido moral. Cambiadiza, huidiza, inencontrable, su imagen se fragmenta siempre como la de los espejos trizados. El se envilece en el amor que todo lo exige y lo destruye todo. Desciende, poco a poco, a todas las miserias. Perdona todo por impotencia. Hasta que llega el momento en que no tiene más remedio que matar. Estupendas condiciones de narrador y de psicólogo en este novelista italiano, por primera vez traducido al español.

CINEMA DE LOS SENTIDOS PUROS, por *Enrique Peña* (Lima).

Peña es de los jóvenes poetas del Perú uno de los de mayor porvenir. Recuerdo con alegría aquel librito «Ventanas al campo y al mar» que le premiamos en un concurso de la Universidad Católica de Lima y en el que me cupo ser jurado. Era aquella una poesía fresca, de vestidura sencilla, con honda, entra-

ñable raigambre en la tierra. En este nuevo libro, Peña tienta el poema creacionista con sus obscuridades y sus nuevas imágenes acaparadoras, de dobles, triples fondos.

ROMANCERO DE SIMÓN BOLÍVAR,
por *Ildefonso Pereda, Valdés, Montevideo.*

El ágil poeta uruguayo, ha tratado de escribir en romances algunos episodios de la fulgurante vida del Libertador de América. Ninguna figura más llena de dramatismo, de pasión, de grandeza para ser cantada en ese metro en que los viejos trovadores castellanos inmortalizaron sus glorias y sus héroes. Tiene fuerza, colorido y soltura este romancero bolivariano que contribuye a la mayor gloria del grande entre los grandes de América.

BARULA, por *Carlos Vattier Bañados, Santiago.*

Concluído el libro, que se bebe de un sorbo como esos exquisitos vasos minúsculos del señor Des Esseintes, uno se queda pensando ¿y este es el libro de un niño, de un adolescente? Porque la verdad es que hay una maestría increíble en el estilo de agilidad imprevista, en el relato conducido sin fatiga a través de todas las emboscadas, en la escena tan llena de un espíritu nuevo. Sí, yo clasifico «Barula» como uno de los más felices, de los más ágiles, de los más deliciosos ensayos de novela nueva en

Chile. Que los Códigos, que los años, que los críticos, no pongan plomo en las alas de este pájaro burlón, nacido esta mañana y cuyo vuelo es ya tan alto, tan seguro.

MUJERES, PAISAJES Y TEMPLOS,
por *Orrego Vicuña, Montevideo.*

Más sabor de Asia hay en este libro delicioso que en los tantos elegantes y envaselinados tomos de un Gómez Carrillo, por ejemplo. Hay el sabor de la cosa vista y viva no imaginada en un viaje aladinesco, digo, con la lamparita de la imaginación. Orrego Vicuña, que es un espíritu de vanguardia, tanto en ideas como en estética, no perdió el tiempo en zalemas bajo el casaquín diplomático sino que se guardó en un libro diario, todos los templos, todas las sonrisas, todos los panoramas que fué recogiendo el ojo ávido. Y aquí está ahora la cosecha como en un maravillante kaleidoscopio.

LA VIUDA DEL CONVENTILLO, por
Alberto Romero, Buenos Aires.

Romero, que tiene indudables dotes de narrador y novelista, ha descrito en esta novela los bajos fondos del pueblo, del conventillo. Tiene un fuerte sabor y un vigoroso colorido. Los diálogos son tan vívidos que parecen taquigrafiados. Muy superior este libro a «La Novela de un perseguido» que me parece débil y escrita en periodista.

TAUROBOLIOS Y VERDADES CONTRASTADAS, por *Eugenio Noel Nascimento* (Santiago).

Desde el título se confunde uno con este estilo rebuscado, con ínfulas de viejo estilo y alardes de casticismo «demodé». Nosotros los americanos que hemos dado flexibilidad y modernidad al rancio y bello idioma de Castilla nos tenemos que sentir enfadados con estos rebuscamientos en los viejos arcones. Esto en cuanto al estilo. Ahora bien, no se le puede negar a Noel un vehemente amor por sus cosas españolas, una gran cultura, un vigoroso hálito dramático. Este libro es una interesante colección de artículos de temas variados.

SUR, revista trimestral, por *Victoria Ocampo*, Buenos Aires.

Editada a todo lujo, en bella y puicra presentación ha venido ya hasta el cuarto número esta revista que quiere ser el cartel de «todos los que han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América». Hermoso, ambicioso programa. Ojalá se realice. Así este Continente adiestrará sus posibilidades, hasta adquirir plena conciencia de su futuro. Se le ha hecho a esta revista el reproche de mirar poco hacia América de no ser todo lo americana que debiera. Mucho tiempo hay hacia adelante para alistar en esta hermosa carabela todas las nuevas, las fuertes voces jóvenes de América.—*Alberto Guillén*.

PINTURA

EXPOSICIÓN REBOLLEDO CORREA

En la galería Calvo-Mackenna nuestro pintor nacional, Benito Rebolledo, ofrece al público un grupo de treinta y cuatro telas, medianas y pequeñas, recientes y de años anteriores, de asunto rústico, uniformemente tratadas con esa nota colorida, resplandeciente, que da a las obras de este artista una emanación característica de vigor, de salud.

La variedad de asuntos campestres y marinos que gusta pintar Rebolledo se resuelve en dos asuntos favoritos: los animales en libertad; los niños en sus juegos. Hay dos o tres apuntes breves de cabras que tienen el acierto feliz de esas obras en que coinciden la observación y la simpatía. La independencia natural y la agilidad muscular de estos animales responde a rasgos de la naturaleza que el pintor sabe amar y comprender.

A los niños los encontramos en todas las edades y todas las actitudes dentro del período infantil; pero prefiere Rebolledo pintarlos

en el baño al aire libre, gloriosamente desnudos.

Lo que quisiéramos llamar la parte decorativa de la pintura de Benito es el paisaje tan chileno de la región de «la Frontera» y aún más allá hasta Valdivia. Robledales oscuros y ralos, tierras onduladas y como impregnadas de humedad, rocas salpicadas por las olas, cielos oscuros, o avellana-dos por las nubes de primavera.

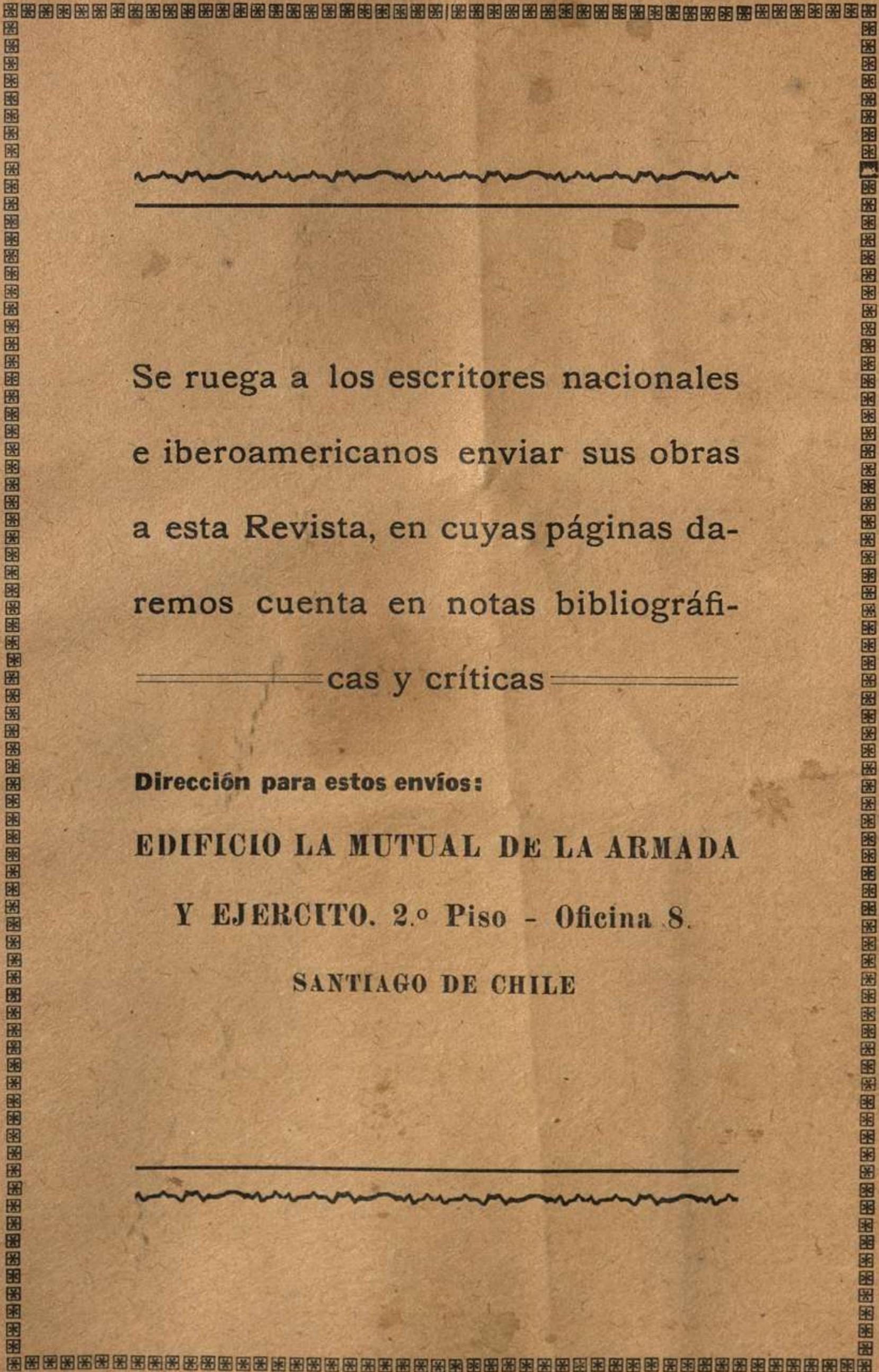
Es el itinerario pictórico, de Rebolledo, las hojas dispersas de un cuaderno de apuntes de viaje. Esos esbozos se desarrollan luego en el apunte pequeño, que forma así como la mitad de esta exposición, y cuyos asuntos pasan más tarde al cuadro grande que representa al pintor en casi todas las casas grandes o acomodadas de Chile.

La luz es el rubro artístico de Benito-Rebolledo ella hace de lejos el efecto de la firma con que el pintor marca todas las obras. No importa que los cielos sean turbios, como ocurre en el Sur; el artista concentra la luz que encuentra en las figuras del primer

plano, haciéndolas más luminosas que su mismo ambiente, haciéndoles que reflejen mucho más claridad de la que absorben.

Con esto, la pintura de Rebolledo sigue a través de los años, fiel a su temperamento, clara, sencilla, sin complicaciones psicológicas o literarias. Por un tiem-

po quiso arrastrarlo el simbolismo, pero el seguro instinto de una naturaleza extraordinariamente equilibrada, lo apartó de ese camino. Sigue, pues, dispensando su nota de color fuerte, sus asuntos campestres o juveniles, sus paisajes donde el alma chilena se siente en lo suyo.—*E. M.*



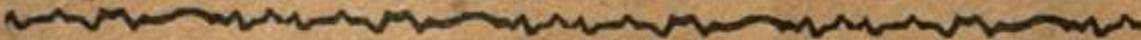
Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA

Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.

SANTIAGO DE CHILE





DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago

MCD-2018

